

HARLEQUIN
Deseo
Las leyes de la pasión
Linda Conrad



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Las leyes de la pasión, n.º 5557 - marzo 2017
Título original: The Laws of Passion
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.:978-84-687-9353-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Savannah Spectator Crónica Rosa

Los ricos y poderosos no escapan al escándalo, y no es ningún secreto que en los últimos meses una de las familias más destacadas de Savannah ha sufrido su azote en varias ocasiones. Sin embargo, es el último escándalo desatado, que arroja sombras sobre la hasta ahora impoluta reputación de la familia, el que puede echar a perder las posibilidades del cabeza de familia de ser elegido senador por el estado de Georgia. ¿Logrará levantar cabeza después de que su hijo menor haya sido acusado de estar implicado en una red de tráfico de drogas?

Y eso no es todo. Este mismo hijo, hasta ahora soltero, está a punto de anunciar su compromiso, aunque no sabemos cómo podrá celebrarse el enlace con el novio entre rejas. Ya sólo faltaría que se destapase un embarazo no deseado en la familia, para tener la clase de escándalo por el que pagarían novelistas y cineastas. De hecho, seguro que algún productor de Hollywood estaría interesado…

Prólogo

Aquel niñato no sabía con quién estaba tratando si creía que iba a permitir que le dijese cómo tenía que hacer su trabajo. ¡Que un simple auxiliar administrativo hubiera teniendo la desfachatez de decirle que tendría que ponerse una ropa un poco más «apropiada» para aquel caso…!

–Escuche, agente Aldrich –insistió el administrativo, midiendo sus palabras–: sólo digo que su sospechoso está acostumbrado a salir con modelos, y le resultaría más fácil sonsacarle si se vistiera como si lo fuera.

Antes de que Dana pudiera abrir la boca para decirle que se metiese sus sugerencias por donde le cupiesen, la puerta del despacho se abrió y entró un hombre cuya opinión valía más para ella que la de cualquier otra persona: su superior, Steve Simon, que estaba al mando del departamento del FBI en Atlanta.

–¿Hay algún problema, agente Aldrich?

–No, señor –contestó ella irguiéndose–. Había venido a recibir las instrucciones para mi nuevo caso, pero este patán…

–¿Querría dejarnos a solas un momento, señor Renuart? –le dijo su jefe al administrativo, lanzándole antes a Dana una breve mirada para callarla.

Después de que Renuart hubiera salido cerrando la puerta tras de sí, se volvió hacia la joven.

–No es propio de ti cuestionar las órdenes, Dana –le dijo–. Marcus Danforth, el sospechoso de este caso que se te ha asignado no es un cualquiera. Su padre es un importante magnate, y además se presenta como candidato en las elecciones estatales al Senado.

–El que sea hijo de Abraham Danforth no implica que esté por encima de la ley –replicó ella–, y él, que es el abogado corporativo de la empresa de su familia, debería saberlo mejor que nadie.

–Estar acusado de algo y ser culpable son dos cosas distintas, Dana, y lo sabes.

Sí, lo sabía muy bien, pero también sabía que a veces los hijos

de la gente rica solían acabar corrompidos por el dinero o el poder. Quizá el hijo menor de Abraham Danforth, en un deseo desesperado por amasar tanto dinero como habían amasado sus hermanos con sus respectivos negocios, había decidido que no importaba el modo de conseguirlo y eso había sido lo que lo había empujado a implicarse en una red de tráfico de drogas.

–Lo que sé es que llevamos mucho tiempo detrás de ese cártel, que nuestros informadores nos han dicho que está usando a los proveedores de café como tapadera para blanquear el dinero de sus actividades ilegales, y que es probable que estén utilizándolos para introducir la droga en el país, aunque no tengamos pruebas para demostrarlo.

Su superior asintió.

–Así es. Y, por desgracia, cada vez que parece que estamos a punto de descubrir algo para incriminarlos, nuestros informadores mueren, lo cual no anima precisamente a otras personas que podrían ayudarnos a contar lo que saben.

–Si Marcus Danforth sabe algo, se lo sacaré –respondió Dana. Ésa era su misión: encontrar informadores y ofrecerles un trato a cambio de lo que sabían–. ¿Se ha decidido ya cuál será mi tapadera?

–Tus credenciales y todo lo que necesitas saber está ahí –le dijo su superior, señalándole una carpeta sobre la mesa de Renuart.

Dana la tomó. Estaba ojeando su contenido cuando su jefe le puso una mano en el hombro.

–Mantente alerta, Dana –le dijo–. No creo que Marcus Danforth sea violento; de hecho más bien creo que su vida podría correr peligro; pero la política y las drogas pueden ser una combinación letal… y no querría perder a una de mis mejores agentes –añadió con una sonrisa.

–No se preocupe, señor –contestó ella, tomando su chaqueta vaquera–. Mientras no tenga que ponerme tacón de aguja, nada impedirá que haga hablar a ese tipo.

Que se preparase ese niño rico.

Capítulo Uno

–Dios, necesito una ducha –le dijo Marcus Danforth a su hermano Adam cuando salían de la prisión del condado y se dirigían al aparcamiento.

–Enseguida estaremos en casa –le respondió Adam, tendiéndole su abrigo–. Ten, póntelo; el tiempo se ha puesto frío de repente. Siento haber tenido que aparcar tan lejos.

A Marcus, sin embargo, tras haber dejado atrás los muros de la prisión, el fresco aire de principios de octubre le pareció maravilloso, mejor que cualquier aire que hubiese respirado en su vida, e inspiró profundamente, llenándose los pulmones con él y saboreando la sensación de recobrada libertad.

–Tranquilo; de todos modos necesitaba estirar las piernas –contestó metiéndose las mangas del abrigo–. Nunca imaginé que unas pocas horas pudieran hacerse tan largas en la celda de una prisión. Gracias por venir a sacarme.

–No hay de qué –respondió Adam–. Papá vino también y ha estado aquí un buen rato, pero empezaron a llegar reporteros y lo convencí para que se fuera. Me ha dicho que hablará contigo más tarde.

–Supongo que no estará muy contento conmigo –farfulló Marcus.

Probablemente su padre estaría echando humo por el efecto negativo que su arresto tendría sobre su candidatura al Senado.

–Ian está con él –continuó Adam sacando las llaves del coche de su bolsillo y señalándole a Marcus la dirección en la que estaba el vehículo–. Toda la familia tiene muy claro que esto es un montaje del cártel contra nosotros. Después de todo, Ian lleva casi un año negándose a ceder a su chantaje. Primero las amenazas, luego la bomba que pusieron en sus oficinas… y ahora esto. Papá sabe muy bien que eso nada tiene que ver con su campaña.

Marcus asintió y dejó escapar un suspiro. Desde hacía un año nada le había importado demasiado, pero la familia seguía

contando, y mucho, para él.

–Supongo que habrás pensado en buscarte un buen abogado –comentó Adam–. No digo que ese amigo tuyo del Colegio de Abogados al que le pediste que te representara en el juicio para fijar la fianza no lo fuera, pero necesitarás a un abogado penalista de peso para ganar la causa.

Marcus se pasó una mano por el cabello e hizo una mueca el rostro.

–Lo único que tengo claro es que no lo haré yo. Soy bueno como abogado corporativo, pero no soy un experto en derecho penal. Y, aunque lo fuera, defenderse a uno mismo es arriesgado.

–Siendo así siempre puedes pedirle a papá que te recomiende algún bufete de prestigio, y en cualquier caso todavía tienes unos cuantos días por delante para serenarte antes de tener que empezar a preocuparte por eso.

–Ni hablar –replicó Marcus, deteniéndose en medio del aparcamiento y volviéndose hacia su hermano–. No voy a quedarme de brazos cruzados. Pienso buscar pruebas para demostrar mi inocencia, y tengo que hacerlo antes de que el cártel las elimine y no me quede salida.

La decisión que había en su voz lo sorprendió incluso a él mismo. Durante el último año había ido por la vida como un zombi, dedicándose únicamente a su trabajo, pero ya no podía seguir lamiéndose las heridas y sintiendo lástima de sí mismo. Estaba en juego su libertad.

En ese momento se oyó un chirrido de neumáticos, y los dos hermanos giraron la cabeza. Un coche había tomado la curva de la entrada al aparcamiento como si estuviera en un rally, y se dirigía hacia donde se encontraban. Dieron un paso atrás para dejarlo pasar, pero el vehículo aminoró la velocidad al acercarse, y se detuvo justo delante de ellos. Era un sedán blanco de cuatro puertas de fabricación nacional, la clase de coche que conducía la policía secreta, y Marcus emitió un gruñido de disgusto, preparándose para otra discusión.

La puerta del conductor estaba en el extremo más alejado de ellos, así que no podían ver a la persona que iba al volante, y por eso su sorpresa fue mayúscula cuando quien se bajó del vehículo fue una mujer joven. Era alta y delgada, e iba vestida con tejanos,

camiseta, botas, y una chaqueta vaquera. Su aspecto serio, de chica dura, contrastaba poderosamente con el largo cabello negro rizado que le caía hasta la mitad de la espalda.

Si aquella belleza era una agente de policía, se dijo Marcus, no le importaría volver a ser arrestado, y si pudiera adivinar los pensamientos que estaban cruzando por su mente en ese instante, seguramente lo sería.

–¿Marcus Danforth? –inquirió la mujer. Su voz sonaba dulce y aterciopelada.

Marcus cerró la boca y asintió con la cabeza.

–Soy yo –respondió. Y, recordando que Adam seguía a su lado, añadió–. Y él es mi hermano, Adam.

La mujer rodeó el coche y le tendió la mano.

–Mi nombre es Dana Aldrich –dijo.

Marcus le estrechó la mano, y mientras Adam hacía otro tanto, se preguntó cómo un apretón de manos firme y formal podía haberle resultado erótico.

–¿Es usted policía? –inquirió Adam.

–No –respondió ella con una leve sonrisa–. Soy detective privado y he trabajado en algunas ocasiones con el guardaespaldas de su padre, Michael Whittaker. Me ha contratado para que proteja a su hermano hasta el juicio.

–¿Cómo ha dicho? –exclamó Marcus, sin dar crédito a sus oídos–. No necesito que nadie me proteja, y no se ofenda, señorita, pero, aunque lo necesitara, no me pega demasiado como guardaespaldas.

–¿Puede mostrarnos sus credenciales, por favor? –le pidió Adam, ignorando a su hermano pequeño.

–Claro –respondió ella. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, y sacó una cartera de cuero–. Y soy una excelente guardaespaldas, si se me permite decirlo.

Marcus observó por encima del hombro de su hermano el carnet de detective privado y el carnet de conducir que le había entregado, y al cabo de un instante Adam se los devolvió a la joven.

–¿Nos perdona un momento, señorita Aldrich? –le dijo.

Tomó a Marcus por el codo y lo llevó unos coches más allá.

–¿Crees que sea quien dice ser? –le preguntó cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que ella no los oyera.

–Sí, supongo que sí –respondió Marcus vacilante–. ¿Por qué iba a mentir?

–Por muchas razones –contestó Adam–. De hecho, podría ser una reportera de alguna publicación sensacionalista.

Marcus sopesó esa posibilidad.

–No me da esa impresión –dijo finalmente–. Pero si te preocupa, llama a Michael y pregúntale si de verdad la ha enviado él.

–Eso es precisamente lo que voy a hacer –respondió Adam, sacando el teléfono móvil de la funda en su cinturón–. Mientras tanto, vuelve con ella y entretenla.

–De acuerdo. Tómate tu tiempo.

Dana miró en el espejo retrovisor antes de girar a la izquierda. Ya había pasado la hora punta, pero algunas carreteras seguían teniendo retenciones.

Mientras tomaba la carretera interestatal, la joven pensó en lo fácil que había sido convencerlo de que le permitiera convertirse en su guardaespaldas. Su hermano Adam se había mostrado más suspicaz, pero había cedido después de que, al telefonear a Michael Whittaker, éste confirmara su historia.

Su superior le había dicho que Michael Whittaker había estado con él en el ejército, y que había logrado convencerlo de que el FBI respetaba la presunción de inocencia de Marcus, y de que, si bien su investigación iría encaminada a recabar información sobre el cártel, cabía la posibilidad de que pudiesen desmentir su culpabilidad… si realmente no era culpable.

Además, era prudente proteger a Marcus Danforth para mantenerlo vivo hasta que se celebrase el juicio, y lo haría, pero también estaba decidida a hacer todo lo que estuviera en su mano para encontrar las pruebas necesarias para incriminarlo definitivamente. Su jefe creía en su presunción de inocencia, pero ella estaba segura de que aquel playboy millonario estaba implicado de algún modo en el blanqueo de dinero del cártel.

Aunque su familia contratara a una legión entera de abogados e investigadores privados, ella encontraría antes esas pruebas, y las utilizaría para hacerlo cantar, para que le contara todo sobre sus amigos del cártel y se convirtiese en informador del FBI. Claro que,

para eso, primero tendría que centrarse en el caso y olvidarse de sus intensos ojos castaños.

Había estado recopilando información sobre él, pero ni una sola línea de los papeles de su dossier decía que Marcus Danforth tuviera unos ojos tan fascinantes y profundos… ni que tuviera una cautivadora voz de barítono que la hacía estremecer por dentro cada vez que lo oía hablar. Dana sacudió la cabeza, intentando apartar de su mente esos pensamientos. Que se estuviese sintiendo atraída por un sospechoso estaba totalmente fuera de lugar.

–¿Tienes hambre? –le preguntó a Marcus, que iba junto a ella, en el asiento del acompañante. Había insistido en que se tuteasen, y en que lo llamase Marc, pero no podía evitar que le resultase raro tutear a un sospechoso–. Podríamos parar a comer algo, y esperar a que las carreteras se descongestionen un poco.

–Por suerte no he tenido oportunidad de llegar a probar la comida de la cárcel, así que la verdad es que estoy muerto de hambre –contestó él con una sonrisa–, pero lo que quiero hacer ahora mismo es irme a casa. Podría preparar unos huevos fritos para los dos… después de darme una ducha, por supuesto.

–De acuerdo –accedió Dana–, pero tendrás que decirme por dónde tengo que tomar.

–Aún hay que seguir en dirección sur unos treinta kilómetros–dijo Marcus–. Te avisaré cuando tengamos que dejar la interestatal.

Al mirar de nuevo por el retrovisor Dana vio que la ranchera negra que había visto hacía unos minutos detrás de ellos todavía los seguía.

–Espero que no te importe que tomemos un desvío –le dijo a Marcus–. ¡Agárrate!

Dio un volantazo hacia la izquierda y pisó el acelerador.

–¿Qué diablos…? –masculló Marcus, girando la cabeza hacia ella, mientras zigzagueaban entre el tráfico.

Marcus maldijo entre dientes cuando Dana puso el coche sobre dos ruedas al pasar a un coche a más de ciento veinte, tomó la primera salida de la autopista, y bloqueó los frenos. Se esforzó por mantener el equilibrio mientras la joven maniobraba de nuevo entre los coches, y se saltaba un stop.

Finalmente aminoró la velocidad hasta llegar al límite permitido, y giró un momento el rostro hacia él para preguntarle:

–¿Tienes idea de dónde estamos?

–¿Qué pretendías, matarnos? –le espetó Marcus enfadado–. ¿Por qué diablos has hecho eso?

–Para salvarte el trasero. El tipo que venía detrás de nosotros llevaba un buen rato siguiéndonos.

–¿Un coche estaba siguiéndonos?

Dana asintió con la cabeza. Salió de la carretera para detener el vehículo en el aparcamiento de la tienda de una gasolinera, apagó el motor, y se giró en el asiento hacia Marcus.

–Según creo tienes alguna relación con un cártel de la droga –le dijo–. He visto la clase de coches que conducen esos tipos, y el que nos ha estado siguiendo desde que salimos de la cárcel era así. Por eso teníamos que quitárnoslo de encima.

¿Estaba bromeando?

–¿El cártel? ¿Por qué diablos iban a seguirme?

–Quizá tus amigos del cártel teman que puedas darle información sobre ellos al gobierno. ¿Te han ofrecido ya los federales algún trato a cambio de que te conviertas en su informador? –inquirió ella con toda la intención, para sondear cómo reaccionaría si lo hicieran.

–Han estado interrogándome varias horas, pero nadie mencionó nada de un trato –respondió Marcus–. De hecho, tuve la sensación de que ya tenían bastantes pruebas en mi contra. Y en la vista para fijar la fianza no me pareció que el fiscal federal estuviera interesado en recabar más información… ni en ofrecerme ningún trato y… –de pronto se quedó callado y frunció el ceño–. Un momento… ¿Por qué has dicho «tus amigos del cártel»? No tengo nada que ver con esa gentuza. Ni siquiera los conozco. ¿Qué se supone que significa eso?

–Bueno, te arrestaron por implicación en una red de tráfico de drogas, ¿no?

–Sí, pero soy inocente; han hecho un montaje para incriminarme –contestó él irritado. Al ver que ella lo miraba escéptica, añadió–. ¿Sabes?, si crees que soy culpable quizá sería mejor que me buscara otro guardaespaldas.

Dana se giró un momento en el asiento para mirar hacia atrás, y giró de nuevo la llave en el contacto antes de responderle.

–No me pagan por creer nada, amigo, sino por mantenerte con

vida.

Dio marcha atrás para sacar el coche y, sin mirarlo, añadió en un tono firme:

–Necesitas a alguien que te proteja y por eso estoy aquí. Mi opinión no cuenta para nada.

Marcus le puso una mano en el antebrazo.

–Para mí sí –le dijo–. ¿No me vas a dar siquiera la oportunidad de demostrarte que soy inocente?

Dana detuvo el coche y bajó la vista a la mano de Marcus.

–Sólo soy tu guardaespaldas. Estaré a tu lado hasta que se celebre el juicio, así que si logras encontrar alguna información que pruebe que no eres culpable, estaré aquí para verlo.

Alzó la vista un momento, antes de apartar el brazo, y Marcus vio una extraña expresión en su rostro. Al principio le había parecido que era una chica dura de cara bonita, pero en lo profundo de su mirada se ocultaba algo más.

Aquella expresión sugería ansias y deseos reprimidos, y no se correspondía con la imagen de persona fuerte y con perfecto control sobre sí misma que parecía querer proyectar. De pronto había visto en sus ojos a una niña asustada, una niña que buscaba a alguien que la quisiese, a alguien a quien le importase, y sintió ganas de protegerla él a ella.

–No tenemos tiempo para discusiones –dijo Dana–, ya hablaremos de esto en otro momento.

La chica dura y sexy había vuelto, y los impulsos protectores de Marcus se convirtieron en algo más primitivo. Su mente se llenó de visiones de ella en su cama, hecha una amalgama de brazos y piernas con él.

–Claro, cómo no, en otro momento –farfulló.

Si es que conseguía apartar de su mente esos pensamientos y controlar la excitación que estaba sufriendo cierta parte de la mitad inferior de su cuerpo…

–Si voy en dirección sur por aquí, ¿crees que podríamos llegar a tu casa por alguna carretera secundaria? –le preguntó Dana.

Marcus, incapaz de articular palabra en ese momento, se limitó a asentir con la cabeza. ¿Cómo podía ser que, después de la dolorosa traición que había sufrido, cuando había creído que había perdido por completo la capacidad de sentir, de pronto estuviese

experimentando ternura por una mujer a la que apenas conocía, y teniendo fantasías sexuales con ella?

Aquello era una locura… y tenía que ponerle freno. Si quería conservar su libertad y demostrar su inocencia, tenía que mantenerse centrado, y no permitir que la atracción por su guardaespaldas le nublase la razón.

–¿Aquí es donde vives? –inquirió Dana, sin poder ocultar su asombro, cuando cruzaron el arco que marcaba la entrada a una pequeña finca.

–Sí, aquí es. Y no te haces una idea de la alegría que me da volver a estar en casa –respondió él, reprimiendo un suspiro.

Dana estudió el lugar a través del parabrisas. Toda la propiedad, una extensión de unas cuantas hectáreas donde había algunas ovejas pastando, estaba rodeada por un vallado, y en el centro se alzaba, en medio de un rectángulo de césped cercado por una bonita verja blanca, una vivienda de una sola planta.

Siendo como era un miembro del clan Danforth, no había imaginado que Marcus viviría en una casa pequeña. Comparada con Crofthaven, la mansión de la familia, era desde luego bastante modesta.

Mientras avanzaban con el coche por el camino asfaltado, estudió la fachada, cuyas líneas sencillas y revestimiento de estuco daban a la casa un aspecto demasiado común para ser la casa del hijo de un hombre rico. Parecía bastante nueva, y dedujo que probablemente tendría tres o cuatro habitaciones, lo que la llevó a replantearse su anterior calificación de «pequeña». Ciertamente no era un palacio, aunque para ella lo era, si lo comparaba con el minúsculo apartamento de las afueras de Atlanta donde había crecido.

–¿Para qué quieres todo este terreno? –inquirió, advirtiendo un edificio tras la casa, que pensó debía ser un establo o un garaje.

Marcus se rió al oír la pregunta.

–Bueno, tengo un pequeño huerto y…

–¿En serio? ¿Quieres decir que cultivas cosas? –lo interrumpió ella asombrada–. ¿Cosas que salen del suelo?, ¿como zanahorias… o patatas?

Cuando detuvo el coche frente a la casa, apagó el motor y, al girarse para ver por qué Marcus no le había respondido todavía, se lo encontró sonriéndole de un modo tan encantador que hizo que casi se lanzara a sus brazos.

Marcus se rió de nuevo y Dana se irguió en su asiento.

–¿Qué pasa? –exigió saber, cruzándose de brazos irritada.

–Nada, nada… es que me ha hecho gracia eso de «cosas que salen del suelo» –contestó él–. En fin, tampoco es un huerto en el sentido estricto de la palabra. Tengo un par de melocotoneros, el verano pasado cultivé tomates y calabacines… y también intenté plantar algunas mazorcas de maíz –le explicó–. Y luego tengo unas cuantas ovejas y unas pocas gallinas –añadió, volviendo a reírse, aunque esa vez de sí mismo–. No es nada del otro mundo, pero soy feliz aquí.

Abrió la puerta del coche para bajarse, y una vez fuera se estiró.

Dana estaba desconcertada. No podía creerse que a un hombre al que le sobraba el dinero pudiese ser feliz llevando una vida tan sencilla, y al instante sus instintos de investigadora se activaron. Durante los años que llevaba trabajando para el FBI, había aprendido a no fiarse nunca de las apariencias, y por eso mismo aquella escena tan hogareña le puso las orejas tiesas. ¿Qué estaría haciendo realmente un hombre como él allí, en medio de ninguna parte?

Dana sacó las llaves del contacto y se bajó lentamente del coche. El sol del atardecer proyectaba sombras sobre la casa y los matorrales, y la joven miró en derredor nerviosa, preguntándose quién más podría andar por allí. Se volvió hacia el coche para cerrarlo, y justo en ese momento oyó un fuerte alboroto detrás de ella. Antes de que pudiera darse la vuelta para averiguar qué pasaba, oyó a Marcus gritarle:

–¡Dana!, ¡cuidado!

La joven giró sobre los talones al tiempo que sacaba la pistola de su funda, y la apretó con fuerza entre sus dedos antes de…

–¡No! ¡Por amor de Dios, Dana, no le dispares!

Y antes de que pudiera reaccionar, la joven se encontró tirada en el suelo, con una mandíbula de feroces dientes apretados ante sus ojos.

Capítulo Dos

–¡Laddie, perro malo! –gritó Marcus–. Quítate de encima de ella, pedazo de bestia.

El perro se hizo a un lado, y se sentó jadeante sobre las patas traseras moviendo la cola. Dana se incorporó y volvió a guardar el arma.

–Lo siento –le dijo Marcus–. ¿Estás bien?

–Sí, sí, tranquilo –respondió ella–. ¿Qué lo ha hecho saltar así sobre mí? ¿Lo tienes adiestrado para que ataque? Nunca había oído de nadie que usara a un collie de perro guardián.

–Oh, no, es sólo que es muy juguetón. Lo compré porque los de esta raza son buenos perros ovejeros –le explicó Marcus inclinándose para acariciarle la cabeza al animal y darle un abrazo–. ¿Me has echado de menos, chico?

Luego se irguió, y se volvió hacia Dana.

–En realidad es como un cachorro grande. He intentado regañarle y enseñarle que no debe saltar sobre las visitas, pero por lo que se ve tendremos que seguir trabajando en ello.

–Bueno, no pasa nada –dijo Dana encogiéndose de hombros–. No me ha hecho daño.

Marcus se quedó mirándola pensativo un instante. Aquella joven era mucho más que una guardaespaldas, estaba seguro de ello.

–¿Dónde aprendiste a desenfundar así? –le dijo admirado–. Eres rápida.

Dana se puso bien la chaqueta antes contestarle.

–¿Me creerías si te dijera que con un poco de práctica cualquiera puede hacerlo?

Marcus entrecerró los ojos.

–No, ya veo que no –dijo Dana con un suspiro–. Supongo que podría decirse que el manejo de un arma es uno de mis muchos talentos.

–Ya. ¿Y conducir como en una persecución de cine es otro de ellos? –inquirió él, enarcando una ceja.

–Cuando te preparas par ser guardaespaldas una de las cosas que aprendes es a conducir así –improvisó Dana–. Es útil en caso de que traten de secuestrar a tu cliente.

Marcus frunció el ceño.

–¿Crees que van a intentar secuestrarme?

Dana sacudió la cabeza.

–No he dicho eso, pero nunca se sabe. En mi opinión, si quisiesen evitar que hablases, lo más probable es que intentasen eliminarte de un tiro. En cualquier caso estaremos preparados.

Marcus se estremeció. Qué conversación tan agradable…

–Eh… antes de entrar en la casa tengo que ir a ver a los animales –consiguió decir finalmente tras tragar saliva un par de veces.

Dana lo miró con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas.

–¿Te ocupas de ellos tú mismo?

–Pues claro –contestó Marcus, como si fuera lo más natural del mundo–. ¿Quién si no? Aunque, bueno, tengo un vecino que se hace cargo de ellos cuando yo no estoy. Es granjero, uno de verdad, no un aficionado como yo.

–Ya veo –respondió Dana.

–Bien, pues… ¿quieres te deje la llave y entras en la casa mientras yo les echo un vistazo a los animales?

–No puedo dejarte solo. Soy tu guardaespaldas, ¿recuerdas? –replicó ella–. Iré contigo. ¿Qué es lo que tienes que hacer?

–Enseguida lo verás –respondió Marcus con una sonrisa.

Se desabrochó el primer botón de la camisa y arrojó la chaqueta sobre el banco de madera que había junto a la puerta de la casa. Luego se volvió hacia Laddie.

–Vamos, chico, tendrás que trabajar un poco para ganarte la cena.

Mientras caminaban hacia el redil, no muy lejos del cual estaban pastando las ovejas, le preguntó a Dana:

–¿Tienes algún animal en casa?

–No, no tendría tiempo para cuidarlo.

–Pero de niña habrás tenido alguna mascota –aventuró él.

Dana apartó la mirada y se quedó vacilante, preguntándose cuánto estaba dispuesta a revelar de sí misma. Finalmente claudicó, encogiéndose de hombros.

–En el sitio donde me crié las mascotas eran un lujo –respondió–. Un chico de mi bloque tenía un perro, pero mi padre solía decir al verlo que era un gasto absurdo de dinero y que su familia haría mejor comiéndoselo en vez de tener que darle de comer.

Marcus contrajo el rostro repugnado ante la idea.

–¿Qué sitio es ése donde te criaste?

–Un mundo muy distinto del mundo en el que te criaste tú –le respondió ella sarcástica–. No todos tenemos la suerte de crecer en una mansión, rodeados de toda clase de lujos. Seguro que los cuartos de baño de Crofthaven son más grandes que el apartamento que tenían mis padres.

–Tampoco hace falta que te pongas así. No era mi intención insultarte –le dijo Marcus–. Es sólo que… en fin, no me puedo imaginar a nadie comiéndose a su propia mascota. Yo lo paso fatal sólo de pensar que algún día tendré que vender a algunas de mis ovejas.

–Ya. Bueno, es que mi padre… era un hombre demasiado pragmático –respondió ella, por no decir que no había tenido nunca sentimientos. Después de aquella admisión se hizo un silencio incómodo, hasta que finalmente ella volvió a hablar, cambiando bruscamente de tema–. Entonces, ¿piensas en esas ovejas como mascotas?

–Intento no hacerlo –contestó él–, pero se me hace raro pensar en unos seres vivos como una propiedad rentable.

Habían llegado junto al redil. Marcus abrió la puerta, le silbó a Laddie, y el animal corrió en círculo en torno a las ovejas dispersas, reuniéndolas y dirigiéndolas hacia el redil.

–Vamos –le dijo Marcus a Dana–. Les pondremos algo de forraje y luego te enseñaré a limpiar el gallinero. Verás cómo nos vamos a divertir.

Dana le lanzó una mirada de incredulidad que lo hizo echarse a reír. Fuera donde fuera que se hubiera criado, desde luego no había sido en una granja.

Sin embargo, fue él quien se llevó una sorpresa al ver que la joven no se arredró, y que no le importó mancharse las manos. Nunca había conocido a una mujer como ella.

De hecho, tenía gracia lo distinta que era Dana de la última que

había pasado por su vida, pero el recordar el motivo que había llevado al fin de aquella relación, sin embargo, no lo hizo sonreír en absoluto.

Tras tomar el último plato de manos de Marcus, Dana lo secó, y lo guardó con los otros en la alacena. Luego se volvió hacia él y lo observó mientras limpiaba con el paño de cocina la encimera. Una media hora antes, mientras Marcus se duchaba, había aprovechado para hacer una rápida inspección de la casa. A juzgar por la falta de efectos personales de alguien más, había deducido que vivía solo, y aunque no había tenido tiempo de echarle un vistazo a los papeles de su estudio, se había fijado en que la luz del contestador parpadeaba, indicándole que tenía una docena de mensajes.

–¿Cómo se te ocurrió venirte a vivir al campo? –le preguntó curiosa.

Marcus se volvió hacia ella con una sonrisa vergonzosa y adorable, y Dana sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No alcanzaba a imaginar por qué el azoramiento de Marcus habría de afectarla de ese modo, pero la cosa fue a más cuando notó de pronto cómo un ligero rubor se extendía por sus mejillas.

Era tan encantador que le entraban ganas de comérselo a besos cada vez que lo miraba. Tenía el cabello aún húmedo por la ducha, y se había cambiado los pantalones del traje de ejecutivo por unos vaqueros gastados, pero no se había puesto camisa, ni zapatos.

Los músculos de su espalda se ondulaban bajo la piel con cada movimiento, y Dana sintió un deseo casi irrefrenable de acercarse a él y tocarlo, de aprender con sus dedos cada centímetro de su cuerpo. Nunca antes se había notado temblar por dentro como en ese momento, por ver a un hombre con el torso desnudo.

–Bueno, compré esta finca hace un par de años porque pensé que sería un buen lugar para formar una familia –respondió por fin Marcus mientras colgaba el paño y se sentaba en una banqueta de la cocina–. Pero… eh… el año pasado cambié de idea respecto a eso de la familia. Claro que, me sentía solo, así que se me ocurrió comprar unos cuantos corderos… y aquí me tienes, viviendo en mi propia granja en medio del campo.

–¿Y no te resulta pesado tener que ocuparte de los animales y

del huerto?

–Oh, no, en absoluto. Me relaja. Me he dado cuenta de que me encanta trabajar la tierra y cuidar de los animales. Te sientes más próximo a la naturaleza, en paz, y es algo que no requiere un esfuerzo mental. Además, un lugar pequeño como éste tampoco te roba mucho tiempo.

Dana colgó también el paño con el que había estado secando los platos.

–Sé a que te refieres. A mí también me gusta el trabajo físico, y el ejercicio –le confesó–. Por mi profesión tengo que mantenerme en forma, y cuando hago mi sesión diaria de ejercicios, me concentro en ello y el resto del mundo desaparece.

–Exacto –asintió Marcus.

Ella había hablado de ejercicio, pero no pudo evitar imaginar de pronto su cuerpo esbelto y torneado subiendo y bajando encima del suyo en la intimidad de su dormitorio.

–He estado revisando tu sistema de seguridad mientras te duchabas –le dijo Dana, devolviéndolo a la realidad–. Es bastante bueno.

Marcus se rió suavemente.

–Hice que lo instalaran cuando me mudé aquí, pero la verdad es que siempre se me olvida conectarlo.

–Pues mientras yo esté aquí puedo asegurarte que no se te olvidará.

–¿Vas a quedarte aquí conmigo? –inquirió Marcus.

No se le había ocurrido, pero lo cierto era que la profesión de un guardaespaldas era un trabajo de veinticuatro horas.

–Evidentemente. Los secuestradores y los asesinos no suelen operar a plena luz del día.

–Ya, pero es que…, no puedo tenerte detrás de mí todo el día –replicó él–. Tengo que… bueno, quiero buscar pruebas para probar mi inocencia.

No quería implicar a nadie si tenía que entrar de noche en alguna propiedad privada para conseguir esas pruebas.

–Eso no es problema. Te acompañaré y te ayudaré.

–Pero…

Dana no lo dejó terminar, y le hizo un gesto impaciente con la mano para que lo dejara correr.

–Es parte de mi trabajo –le dijo–. Pienso mantenerte con vida hasta el juicio, y para ello haré lo que sea necesario.

Era adorable cuando se ponía en plan chica dura, pensó Marcus con una media sonrisa.

–¿Recibes correo aquí? –inquirió Dana.

–No, hago que me lo envíen todo a la oficina.

–Bien; así a los del cártel les llevará un poco averiguar dónde vives, y eso nos dará tiempo.

–¿Tiempo para qué?

–Para prepararnos en caso de que vengan a por ti –respondió Dana–. No bastará sólo con el sistema de seguridad y la alarma. ¿Tienes algún arma?

–¿Como qué, una pistola? No, claro que no. Nunca se me ha ocurrido que pudiera necesitar una.

–¿Y qué me dices de Laddie? ¿Ladrará para alertarnos si alguien se acerca a la casa?

Al pensar en el enorme y peludo animal Marcus esbozó una media sonrisa.

–Quizá… si logramos que se quede por la noche fuera de la casa. No le gusta dormir en su caseta, y además tiene el sueño muy pesado.

Dana lanzó los brazos al aire y apoyó las manos en las caderas.

–¡Por amor de Dios! ¿Te has planteado siquiera alguna vez la posibilidad de que intenten secuestrarte? Eres un hombre rico, Marcus. Esas cosas pasan, y si no te andas con cuidado, podría ocurrirte a ti.

La sonrisa se borró de los labios de Marcus, y una expresión sombría cruzó por su rostro.

–Lo sé. Victoria, la menor de mis primos, desapareció hace unos años. De pequeña siempre estaba protestando y llorando, pero al crecer se había convertido en una chica muy guapa y agradable. Al principio, cuando desapareció, la familia creyó que la habían secuestrado, pero nadie ha pedido un rescate por ella.

–¿Quieres decir que no la han encontrado?

Marcus sacudió lentamente la cabeza.

–Quizá simplemente se escapó de casa, pero yo lo dudo. No parecía infeliz –respondió poniéndose de pie y estirándose–. Tal vez tengas razón en que hasta ahora he sido un poco descuidado, pero

supongo que nunca piensas que esas cosas puedan llegar a pasarte a ti.

–No, supongo que no –dijo ella–. En cualquier caso lo mejor será pasar el menor tiempo posible aquí. Dentro de un rato saldré y guardaré el coche en el establo, para que no esté a la vista, cerraremos las cortinas, y bajaremos las luces. Y será mejor que en vez de responder al teléfono dejes que lo haga el contestador. Por cierto… tienes unos cuantos mensajes que deberías escuchar y borrar para que quede espacio para otros.

–Probablemente serán de mis parientes, deben estar preocupados con todo esto.

–Sois muchos de familia, ¿no?

–Muchísimos. Nosotros somos cinco hermanos, mis tíos tienen cuatro hijos, luego está Wes, que es como un hermano adoptivo para mis primos –le explicó Marcus. Se dirigió a su estudio, pero siguió hablándole por encima del hombro–, y hace un par de meses descubrimos que tenemos una hermanastra de la que ninguno sabíamos nada. Ah, y con la ristra de bodas y compromisos que hemos tenido en lo que llevamos de año, la familia está aumentando a un ritmo vertiginoso con los esposos, esposas, prometidos, y prometidas, sin contar con los bebés que vienen de camino.

–¡Cielos! –exclamó Dana siguiéndolo por el pasillo–. ¿No te haces un lío con tantos parientes?

–Bueno, cuando has crecido en una familia numerosa no –respondió él riéndose–, aunque a los nuevos miembros imagino que les costará un poco hacerse a tanta gente –añadió apretando el interruptor del estudio y acercándose al escritorio–. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

De nuevo Dana se encontró ante el dilema de cuánto podía revelarle sobre sí. Extrañamente quería decirle la verdad. Su jefe al menos estaba convencido de que sólo era un peón del cártel. Además, por alguna razón que no acertaba a explicarse, cuanto más tiempo pasaba con él, más quería quitarse el disfraz y ser ella misma.

Y aun así… ¿cómo podía estar segura de que no era de verdad parte del cártel? Al fin y al cabo el fiscal del estado había considerado que habían suficientes pruebas en su contra como para

procesarlo por implicación en una red de tráfico de drogas. Claro que… había algo en él, como la amabilidad con que trataba a los animales, que lo hacía distinto de la mayoría de los criminales a los que había perseguido desde que entrara en el FBI.

Lo cierto era que, si al principio había pensado que Marcus no era más que un niño rico malcriado que se había juntado con aquellos mafiosos para incrementar su fortuna sin esfuerzo, había sido porque eso era lo que le habían enseñado: juzgar primero, y luego pararse en las consideraciones.

Y tenía que ser así, porque a veces la vida de un agente dependía de tomar una decisión rápida, en el momento, con los pocos datos con que contase y arriesgándose a equivocarse.

Hasta la fecha raras veces se había equivocado con ningún sospechoso, pero con Marcus… sencillamente ya no sabía qué pensar.

Cuando el silencio ya empezaba a hacerse incómodo, optó por decirle la verdad.

–No, no tengo ningún hermano. Además, mis padres hace tiempo que murieron, y no tengo otros parientes –le dijo. Se quedó callada de nuevo un instante, antes de continuar–. Pero no me importa estar sola. Me gusta la soledad. Yo creo que eso de que una familia te da amor, apoyo, y comprensión no es más que un cuento. Las únicas familias felices que existen son las de las series de televisión.

Marcus dio un paso hacia ella, levantó una mano, y le acarició la línea de la mandíbula con un nudillo.

–No digas eso –murmuró, pensando que su sarcasmo debía esconder sin duda una infancia desdichada–. Sí que existen familias felices, y gente capaz de dar su cariño sin pedir nada a cambio.

Una mirada amable y preocupada se había instalado en sus ojos, y estando a pocos centímetros como estaban el uno del otro, Dana podía oler el penetrante aroma a salvia de su colonia, y sentir el calor corporal que emanaba de su pecho desnudo.

Mientras continuaba acariciándole suavemente el rostro, Marcus la miró a los ojos, y Dana notó que se estremecía por dentro. El corazón comenzó a golpearle con fuerza contra las costillas, y sus sentidos se pusieron en estado de alerta.

Marcus se inclinó hacia ella, bajando la vista a su boca, y fue

como si se produjera una explosión de calor entre los dos, pero Dana sacudió la cabeza, recobrando el control sobre sí misma justo antes de perderlo. Tenía que recordar que Marcus era un sospechoso.

Dio un paso atrás y apartó el rostro. Nunca se había entregado a un hombre, y el sospechoso de un caso en el que estaba trabajando no iba a ser el primero.

–Será mejor que escuches esos mensajes –le dijo con voz áspera–. ¿No hace calor aquí?

La expresión soñadora se desvaneció de los ojos de Marcus, pero la miró sonriente y, ladeando la cabeza, le dijo:

–Yo no lo tengo. Quizá sea que llevas demasiada ropa encima. ¿Por qué no te quitas algo?

¿Acaso la tomaba por tonta? El que fuera virgen no significaba que fuera una ingenua. No era el primero que intentaba con ella esas tácticas.

Echó los hombros hacia atrás y lo miró con los ojos entornados.

–No tengo tanto calor. Escucha los mensajes.

Marcus se encogió de hombros, pero la sonrisa no se había borrado aún de sus labios cuando apretó el botón del contestador para reproducir los mensajes.

Los mensajes eran, como había predicho, de distintos miembros de su familia preguntándole si podían hacer algo para ayudarle, y que los llamase si necesitaba hablar, o compañía.

Con sólo oírlos se notaba que su preocupación era sincera, y Dana se sintió de pronto melancólica. Quizá después de todo no fuese cierto que no le importaba la soledad.

En ese momento el contestador pasó al siguiente mensaje y se escuchó una voz profunda que la sacó de sus pensamientos.

–Marc, tenemos que hablar. Acabo de recibir una llamada de… bueno, era sobre ti, y creo que deberíamos hablar de ello lo antes posible, pero preferiría que no lo hiciéramos por teléfono. Esta noche voy a quedarme en la oficina hasta las diez, así que si puedes pásate por allí.

Aquél era el último mensaje, y cuando terminó Marcus apretó un botón para borrarlos todos.

–¿Quién era ése? –inquirió Dana.

Si se trataba de uno de los miembros del cártel aquélla podría

ser la oportunidad que había estado esperando para pillar a Marcus y hacerlo cantar.

–¿Te refieres al último mensaje? Era mi hermano Ian.

–¿El que dirige la empresa familiar?

Marcus asintió con la cabeza.

–Parecía algo importante –dijo mirando su reloj de pulsera para ver la hora que era–. Creo que me acercaré a verlo.

De pronto una idea descabellada cruzó por la mente de Dana. ¿Y si la compañía fuese una tapadera de la que se estaba sirviendo la gente del cártel? ¿Y si toda la familia estuviese implicada en el blanqueo del dinero de la droga y estaban utilizando a Marcus como cabeza de turco?

–Voy a ponerme una camisa y unos zapatos… –farfulló Marcus más para sí que para ella mientras tomaba las llaves del coche, que había dejado sobre el escritorio–. Tú haz como si estuvieras en tu casa, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

Ya iba a salir del estudio cuando Dana lo agarró por el brazo y lo hizo volverse.

–Espera. No puedo dejarte ir solo. Soy tu guardaespaldas, ¿recuerdas? Te guste o no, voy a estar pegada a ti hasta que se celebre el juicio, así que será mejor que vayas acostumbrándote.

Capítulo Tres

–¿Por qué no podemos ir en mi ranchera? –protestó Marcus, mientras ocupaba el asiento del acompañante en el sedán blanco, y se abrochaba el cinturón.

–Porque seguramente el cártel lo conoce y para despistarlos tendremos que variar tus rutinas: utilizar distintos vehículos, no salir siempre a las mismas horas, tomar rutas alternativas…

–Bueno, pero al menos podrías dejarme conducir a mí.

–Lo siento, pero no creo que la autoescuela en la que te hayas sacado el carnet te enseñaran a maniobrar en situaciones de riesgo.

Marcus emitió un gruñido de irritación, pero cuando se pusieron en marcha le indicó cómo llegar a las oficinas de Danforth & Co. por una serie de carreteras secundarias y callejuelas de la ciudad. Cuando llegaron, siendo como era de noche, el aparcamiento lógicamente estaba vacío a excepción sólo del coche de Ian.

–Vaya… impresionante –dijo Dana con un largo silbido mientras observaba el enorme edificio en cuya fachada destacaba el logotipo de Danforth & Co. tras salir del coche–. ¿Tenéis un servicio de vigilancia privado, o es uno de esos edificios inteligentes?

Marcus salió también del vehículo y la miró disgustado.

–Ves un edificio histórico, rodeado de unos jardines preciosos… ¿y lo único en lo que piensas es en el sistema de seguridad? –le espetó cerrando la puerta.

Dana se encogió de hombros y cerró su puerta también.

–Deformación profesional –respondió–. Para mí lo demás es irrelevante.

Y echó a andar hacia el edificio.

–¿No te paras nunca a oler una flor, o a disfrutar del paisaje? –le preguntó él, yendo tras ella.

Dana no contestó. Cuando llegaron a la entrada, les abrió el guardia del turno de noche, y mientras se dirigían a los ascensores, Marcus le dijo:

–¿Conoces ese refrán que dice que mucho trabajar y poco

divertirse hace que una persona se vuelva aburrida?

Dana torció el gesto y lo miró irritada.

–Me da igual ser aburrida. Me basta con la emoción que tiene mi trabajo.

Subieron al quinto piso, y Marcus la condujo por un largo pasillo hasta el despacho del director general, y le indicó cuando pasaron cuál era el suyo.

Ian estaba esperándolo sentado tras su escritorio, y se puso de pie cuando se abrió la puerta, pero lanzó a Dana una mirada desconfiada.

–Ian, te presento a mi nueva guardaespaldas, Dana Aldrich –le dijo Marcus.

–Adam me ha hablado de ella –contestó Ian saliendo de detrás de la mesa–. ¿Cómo está, señorita Aldrich? –le dijo tendiéndole la mano–. Michael Whittaker nos ha dicho que no la conoce personalmente, pero que cuenta con excelentes referencias. Me alegra saber que mi hermano está en buenas manos.

Dana le estrechó la mano.

–Y a mí poder ayudar –respondió.

–Bien –murmuró Ian–. Ahora, si no le importa, tengo algunas cosas que decirle a mi hermano… en privado. Puede esperar en el área de recepción. No creo que nadie intente atentar contra su vida mientras está en mi despacho.

Dana se irguió, pero no se movió.

–Si lo que va a decirle tiene alguna relación con su arresto, o con los cargos de los que lo acusan, creo que ahorraríamos tiempo si me quedo y escucho, en vez de que Marcus tenga que contármelo luego –le dijo a Ian.

–Déjala que se quede –intervino Marcus–. Si va a acompañarme cuando vaya en busca de las pruebas necesarias para probar mi inocencia, será mejor que sepa exactamente a qué nos enfrentamos.

Ian le puso una mano en el hombro.

–Está bien. Supongo que en este momento necesitas tanta gente de tu parte como puedas conseguir. Si es lo que quieres, puede quedarse.

Les señaló los asientos que había frente a su mesa, y Marcus y Dana se acomodaron en ellos mientras Ian volvía a su sillón giratorio de cuero.

–No va a gustarte lo que te voy a decir –le advirtió a Marcus, pasándose una mano por el cabello.

Marcus se inclinó hacia delante preocupado.

–¿Le ha ocurrido algo a alguien de la familia?

–No, no, están todos bien –lo tranquilizó Ian–. Verás… hace un par de horas he recibido una llamada de…

–No me lo digas; me apuesto el cuello a que era de nuestra némesis: Sonny Hernández. Ese hijo de… ¿Qué es lo que quería?

–Perdón por interrumpir, pero… ¿quién es Sonny Hernández? –inquirió Dana.

Marcus se volvió hacia ella.

–Es un tipo oscuro, una rata que tiene tratos con un cártel colombiano de la droga. Ha estado intentando presionarnos para que dejemos a nuestros proveedores habituales de café y hagamos negocios con uno que él pretende imponernos.

–¿Qué clase de negocios? –inquirió Dana.

–Pensamos que lo que le interesa no es que transportemos el café de ese proveedor –le dijo Ian–, sino que quiere usar nuestra empresa para blanquear el dinero obtenido mediante el tráfico de drogas.

–¿Y cómo han intentado presionaros? –le preguntó Dana a Marcus.

–En febrero empezamos a recibir amenazas –contestó él–, y luego en abril sus amenazas empezaron a materializarse cuando pusieron una bomba en nuestros almacenes.

–¿Una bomba? ¡Cielos! ¿Y resultó herido alguien? –inquirió Dana con aire inocente.

Estaba al corriente de todo aquello por el dossier que su jefe le había entregado, pero quería oír la versión de los hermanos, y quién creían que lo había hecho.

Ian sacudió la cabeza.

–Por fortuna no. La policía no logró encontrar ninguna prueba que pudiera dar una pista sobre quién la puso, pero nosotros sabemos perfectamente quién está detrás de todo esto.

–¿Quiere decir que cree que los importadores de café pusieron esa bomba en su edificio para obligarle a hacer lo que querían?

Ian frunció el ceño.

–Sí y no. Sí pienso que quien puso la bomba pretendía asustarme

para que hiciera lo que querían, pero dudo que fueran los importadores de café. Como estaba diciendo Marc, no son más que una tapadera de un cártel colombiano de la droga, el cártel que lleva meses amenazándome, y que ahora ha organizado un montaje para incriminar a mi hermano.

Marcus se irguió en su asiento antes de preguntarle a Ian:

–¿Y qué es lo que tenía que decir esta vez el bueno de Sonny?

–Ésa es la cuestión; no era Hernández quien llamaba, sino el pez gordo del cártel: Ernesto Escalante.

Dana abrió la boca atónita, pero se apresuró a cerrarla y tragó saliva. ¿Había oído bien? Ernesto Escalante era uno de los capos de la droga más peligrosos del mundo. El FBI llevaba detrás de él desde hacía casi una década, y cada vez que pensaban que estaban a punto de atraparlo desaparecía en las selvas colombianas, que eran los dominios de su cártel. ¿Y había llamado a Ian Danforth en persona aquella noche? De pronto todo había dado un giro de ciento ochenta grados en la mente de Dana. Si lo que Ian y Marcus habían dicho era cierto, los Danforth tenían un problema mucho más grave de lo que pensaban… y ella había dado con algo mucho mayor que una acusación por implicación en una red de tráfico de drogas.

Sin embargo, seguía sin tener la total certeza de que Marcus y su familia fueran inocentes. ¿Y si Marcus hubiera cedido al chantaje del cártel para proteger a su hermano? Bueno, en el caso de que así fuera, al menos sería un buen informador. Dana mantuvo la boca cerrada y continuó escuchando a Ian, que le estaba hablando a Marcus en ese momento, al tiempo que sacudía la cabeza en un gesto desesperado.

–No sé cómo podría ayudarte, Marc. Escalante me ha dicho que si les ayudara a blanquear el dinero de la droga mediante los proveedores de café, te sacarían de ésta, pero…

–¿Ese bastardo llegó a admitir durante vuestra conversación que han sido ellos quienes han hecho este montaje contra mí? –lo cortó Marcus.

Ian asintió.

–Yo… yo no sé qué hacer, Marc. No quiero tener tratos con esa gentuza, pero tampoco puedo quedarme sentado viendo cómo te condenan a varios años de prisión cuando eres inocente –le dijo

contrayendo el rostro e inspirando–. Además, sé que no se detendrán ante nada. Si no claudico son capaces de empezar a matarnos… uno a uno.

–¿Estás pensando en rendirte y darles lo que quieren? –farfulló Marcus sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo–. No lo hagas, Ian. No voy a ir a la cárcel por algo que no he hecho. No te preocupes; encontraré las pruebas necesarias para demostrar mi inocencia. Sólo necesito que me des un poco de tiempo –le pidió inclinándose hacia delante–. ¿Y si se lo contáramos a la policía? Esta vez tendrán que creernos.

–Estoy seguro de que nos creen, Marc, pero sin pruebas están atados de pies y manos. Las pistas que han seguido los han llevado cada vez a un callejón sin salida, y el cártel tiene demasiado poder –respondió Ian–. Además, esa gente es peligrosa, y no voy a dejar que tú o cualquier otro miembro de la familia sufráis sólo por comportarme con honor y no ceder a su chantaje. No merece la pena.

–Ian, por favor –le suplicó Marcus–. Dame al menos unos días para encontrar esas pruebas. Te juro que voy a encontrar la manera de detener esto. No tengo ninguna intención de ir a la cárcel.

Ian se frotó la nuca con la mano, como considerándolo, pero antes de responderle giró la cabeza hacia Dana.

–Me preocupa que mi hermano pueda actuar de un modo imprudente, pero si usted me garantiza que llegará con vida al juicio si investiga a ese condenado traficante, estoy dispuesto a concederle el tiempo que me pide.

Dana vaciló un instante, pero luego le respondió con seguridad:

–Mientras yo viva, Marcus estará bien. No permitiré que le ocurra nada.

Ian suspiró y se puso de pie.

–Bien –dijo, comenzando a pasearse por el despacho–. De acuerdo, Marc. Supongo que podré convencerlos para que me den un par de semanas para decidirme, pero si pasado ese tiempo no has conseguido nada me tragaré mi orgullo y aceptaré su chantaje. No vas a ir a la cárcel por un delito que no has cometido, no si puedo impedirlo.

Marcus se levantó también y se acercó a su hermano para ponerle una mano en el hombro.

–No te preocupes, Ian. Los venceremos –le dijo. Luego se volvió y sonrió a Dana–. Estaré bien; tengo a un ángel de la guarda a mi lado.

Estaban ya de nuevo en el aparcamiento, sentados en el coche, cuando Dana, que acababa de poner la llave en el contacto, murmuró:

–Hay algo que debes saber… acerca de mí.

Marcus la observó un instante en silencio.

–No eres guardaespaldas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces, ¿quién…?

–Soy agente del FBI –contestó ella, sin dejarle terminar–. Me asignaron este caso para ofrecerte un trato a cambio de cualquier información que pudieras proporcionarnos sobre el cártel.

–¿Que eres del FBI? –balbució él aturdido–. Supongo que podrás probarlo.

–Bueno, la verdad es que no –respondió Dana–… en este momento, quiero decir –se apresuró a añadir–. No tengo mi placa conmigo porque ésta era una misión encubierta… por eso me estaba haciendo pasar por guardaespaldas… pero puedo llevarte a ver a alguien que puede confirmarlo, alguien con quien creo que deberías hablar. Podrías…

–Espera, espera un segundo –la interrumpió Marcus, que no había tenido tiempo de procesar todo lo que le estaba diciendo–. ¿Por qué me cuentas esto precisamente ahora? ¿Qué es lo que ha cambiado?

–Mi opinión ha cambiado –respondió ella, bajando la vista para rehuir su intensa mirada–. Yo… ya no creo que seas culpable de lo que se te acusa.

–Vaya, muchas gracias –dijo Marcus con ironía. Al ver que ella seguía con la cabeza gacha, la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo–. Así que cuando te dije que era inocente, ¿creíste que estaba mintiendo?

Dana echó la cabeza hacia atrás en un gesto orgulloso para liberarse, pero se volvió hacia él en el asiento.

–No es nada personal. Es lo que mi profesión me ha enseñado: a

sospechar de todo el mundo y no confiar en nadie.

¿Que no era personal? Y él que había estado fantaseando con hacer con ella cosas más que personales… Lo cierto era que todavía deseaba hacer esas cosas con ella, y sus dedos, en cuyas yemas permanecía todavía el tacto aterciopelado de su barbilla, ansiaban en ese preciso instante volver a tocarla.

–De acuerdo –le dijo–. Vayamos a ver a ese hombre que puede demostrar quién eres.

Marcus no abrió la boca en todo el trayecto. Estaba furioso, y se sentía como un idiota cada vez que recordaba que en un principio no le había parecido que hubiera motivos para desconfiar de ella.

Dana había hecho dos llamadas por su teléfono móvil, pero sus frases y respuestas habían sido tan escuetas que no había captado gran cosa de la conversación.

Cuando finalmente entraron en un oscuro garaje tras un edificio cualquiera de East Bryan Street, y Dana aparcó el coche, Marcus le preguntó:

–¿Dónde estamos?

–En uno de lso cuarteles secretos del FBI. Hemos tenido suerte; mi jefe está aquí, en Savannah. Es la persona a la que quería que conocieras.

Subieron las escaleras traseras hasta la cuarta planta, y Dana lo condujo a lo largo de un oscuro pasillo. Abrió una puerta que había casi al final, y le indicó que pasara. Al hacerlo, se encontró en una sala no muy grande que estaba totalmente abarrotada de aparatos de tecnología punta. También había una pantalla que parecía un radar, y un hombre joven estaba sentado frente a la consola de una máquina llena de luces parpadeantes que emitía pequeños pitidos.

Sin embargo, Dana pasó por delante de él sin siquiera mirarlo.

–Por aquí –le dijo a Marcus, indicándole que la siguiera por una puerta lateral.

–Ya estamos aquí, jefe –dijo después de cerrar la puerta tras ellos.

Estaban en una especie de sala de reuniones, con una mesa alargada.

–Puntual como siempre, Dana –la saludó un hombre de cabello

entrecano, dando un paso hacia ellos–. Usted debe ser Marcus Danforth, imagino. Mi nombre es Steve Simon –se presentó tendiéndole la mano–. ¿Cómo está?

–Pues no estoy precisamente encantado, la verdad –gruñó Marcus estrechándole la mano–. Esta mañana estaba en la cárcel, y ahora tengo la sensación de haber aparecido en una película de espionaje.

–Siéntese, hijo –le dijo el jefe de Dana, señalándole una de las sillas que rodeaban la mesa–. Creo que será mejor que hablemos.

Cuando los tres se hubieron sentado, la paciencia de Marcus se agotó.

–¿Por qué estoy aquí? ¿Y qué es lo que quieren de mí?

–Está aquí, en nuestra oficina de operaciones encubiertas, porque la agente Aldrich ha infringido las reglas del procedimiento habitual y le ha dicho quién es en realidad –contestó el superior de Dana–. Y también porque creemos que podría ayudar a su familia y a su país. ¿Está dispuesto a escuchar y considerar una propuesta que quiero hacerle?

Marcus asintió con la cabeza, pero no dijo nada. No estaba seguro de cómo había acabado metido en aquel lío, pero desde luego tenía claro que solo no podría salir de él.

–Bien –dijo el jefe de Dana–, pero primero permítame que le confirme que efectivamente la mujer que usted creía era una guardaespaldas es la agente especial Dana Aldrich –se recostó en el asiento y estudió a Marcus en silencio–. Dana me ha dicho que su hermano ha recibido hace unas horas una llamada de Ernesto Escalante –añadió–. No quiero alarmarlo, pero si Escalante está decidido a utilizar la empresa de su familia para sus negocios sucios y se niegan a hacer lo que les dice, no podrán escapar de su ira. Es un hombre muy peligroso, y hasta ahora podría incluso decirse que han tenido ustedes suerte.

–¿Suerte? Si por lo que hemos estado pasando estos meses es suerte, que venga Dios y lo vea –masculló Marcus irritado–. Y no me diga que no tenemos ninguna esperanza de derrotarlo. Nada es imposible. ¿Y sabe qué? Pienso conseguir las pruebas necesarias para demostrar mi inocencia.

El jefe de Dana le sonrió.

–Imaginaba que diría algo así, pero podría morir en el intento.

¿Y entonces qué? Escalante seguiría presionando a su hermano para conseguir que haga lo que quiere, y matar a los miembros de su familia, uno por uno, podría ser su próxima jugada.

–Eso mismo dijo Ian –farfulló Marcus lleno de frustración. Se negaba a creer que no hubiese un modo de salir de aquello.

–Escuche, Marcus, yo creo en su inocencia, y tengo una idea que podría poner fin al terror que está sufriendo su familia. ¿Querrá escucharme?

Marcus se irguió en su silla.

–Lo escucho.

Durante la hora siguiente el superior de Dana le explicó un plan según el cual esperarían a que el cártel volviese a ponerse en contacto con Ian o con él y habrían de tratar de convencerlos para que él tuviera una cita con Escalante en persona y así tenderle una trampa. Si saliese bien, el FBI conseguiría por fin capturar a uno de los capos de la droga más buscados, y aquella pesadilla terminaría para su familia. Marcus no podía estar seguro de que aquel plan fuese a funcionar, pero se dijo que bien valía la pena intentarlo. Después de todo, no tenía nada que perder.

Eran las dos de la mañana cuando Dana y él salieron de las oficinas del FBI, y se montaron de nuevo en su coche.

–¿Este coche… es tuyo de verdad? –le preguntó Marcus por curiosidad, ahogando un bostezo.

–No, es del FBI.

–Lo imaginaba –dijo él sarcástico, mientras se abrochaba el cinturón.

Dana esbozó una media sonrisa.

–Tiene unas cuantas modificaciones sobre el modelo original. Pasa de cero a cien en sólo ocho segundos; tiene airbags en los dos asientos delanteros y en todas las puertas; y también está equipado con un trasmisor y un GPS que abarca un radio de hasta quinientos kilómetros.

–Mira qué bien –farfulló Marcus.

Estaba cansado, y cada vez más irritado por el hecho de que Dana le hubiese mentido. Entendía que había tenido que hacerlo porque era una misión encubierta, pero aun así…

–¿Adónde vamos ahora? –inquirió con fastidio.

–A tu casa –respondió ella–. Allí estaremos seguros, aunque no creo que la gente del cártel vaya a intentar quitarte de en medio… al menos de momento. Te necesitan vivo para presionar a Ian porque saben que él no permitirá que vayas a la cárcel si puede impedirlo. Además, pareces al borde del colapso. Te hace falta descansar.

Marcus permaneció en silencio durante los cuarenta y cinco minutos que tardaron en llegar a la granja. Si no hubiesen dado tantas vueltas innecesarias no habrían sido más de veinte, pero claro, no podían tomar nunca la ruta más directa.

Dana aparcó el coche en el garaje, y cuando se dirigían hacia la casa, le dijo a Marcus:

–Por la mañana revisaré tu ranchera para asegurarnos de que no tiene ningún micrófono oculto ni dispositivos de localización. Puede que tengamos que usarla para llevar a cabo nuestro plan.

–Genial –farfulló Marcus.

Y antes de que Dana pudiera dar un paso la agarró por el brazo y la hizo volverse hacia él.

–Has admitido que me mentiste sobre tu identidad, pero querría saber también, si no es mucho pedir, cuáles de las cosas que me dijiste acerca de ti eran la verdad, y cuáles eran sólo parte del juego.

A la pálida luz de la luna, Marcus vio cómo enrojecía de irritación y apretaba los puños.

–No era ningún juego –replicó–. Ya te lo he dicho: se trataba de una misión encubierta.

Intentó liberarse, pero Marcus la agarró con más fuerza.

–A otro perro con ese hueso. ¿Qué es lo que ocultas bajo esa fachada de chica dura?

–Acabamos de conocernos, Danforth. No me busques las cosquillas –le dijo Dana con frialdad–. Estás cansado y no piensas con claridad; eso es todo. Mañana por la mañana verás las cosas de otra manera.

–Tal vez, encanto, pero seguiré queriendo respuestas.

Sabía que era un error pagar su frustración con ella, pero ¿qué diablos?, había estado deseando tocarla desde el instante mismo en que la había oído pronunciar su nombre con esa voz aterciopelada,

y en ese momento estaba sintiendo los músculos de su brazo tensos bajo su mano.

Pero aún le gustaría más poder tocar su piel sin el estorbo de la ropa. Le gustaría verla desnuda, y…

–Suéltame –le exigió Dana, intentando zafarse de nuevo sin éxito–. Y no me llames «encanto».

–Oh, perdóneme, agente –farfulló Marcus burlón. La mirada llameante en los ojos de Dana y sus labios fruncidos lo excitaron, agarrándola por la cintura la atrajo hacia sí de improviso diciendo–: ¡Qué diablos! ¿Por qué esperar? Averigüemos ahora mismo qué es real y qué no…

Capítulo Cuatro

–¿Marcus?

La expresión en el rostro de Dana no parecía de sorpresa por que no se esperase lo que acababa de hacer, ni de temor, porque sin duda estaría entrenada en algún tipo de método de lucha y sería capaz de defenderse sin problemas de un hombre si se sintiese amenazada. No, parecía más bien… azorada, o quizá confundida por cómo de pronto había permitido que la situación escapase a su control.

Él, en cambio, perdido en la sensualidad del momento, se olvidó del arresto, de los cargos de los que lo acusaban, de que Dana era una agente del FBI… Incluso se olvidó de que, después de lo que le había pasado el año anterior, se había jurado a sí mismo que no volvería a rendirse a los encantos de ninguna otra mujer. Se notaba ardiendo por dentro y el pulso acelerado.

–Dana… –murmuró con la voz ronca de deseo, mientras se miraban a los ojos–. Por favor…

La joven nunca había oído a nadie pronunciar su nombre de aquel modo, y sintió como si un cosquilleo eléctrico le recorriera la espalda, haciéndola estremecer.

De pronto escuchó un sonido débil, gutural, y le llevó un instante darse cuenta de que había salido de su garganta. Aquello la sorprendió, casi tanto como cuando, al atraerla él hacia sí había puesto una mano contra su pecho, en un intento por no perder el equilibrio, y había sentido bajo la palma de su mano que el corazón de Marcus estaba latiendo tan rápido como el suyo.

De repente se notó la garganta seca, y cuando al tragar saliva los ojos de Marcus descendieron a sus labios, supo inmediatamente lo que ocurriría después. Marcus inclinó la cabeza para acortar los escasos centímetros de distancia que había entre ellos, y rozó su boca contra la de ella.

La suavidad de sus labios la maravilló, y aunque no podía recordar cuándo había sido la última vez que había dejado que la

besara un hombre, desde luego no tenía comparación con aquello.

Tras la dulzura aparente del beso de Marcus se ocultaba un torrente de pasión contenida, y de sus labios escapó un intenso gemido que la sorprendió de nuevo, porque nunca hubiera imaginado que pudiera responder a un hombre con tanto fervor. Como si tuvieran voluntad propia, sus dedos comenzaron a subir y bajar por el frontal de la camisa de Marcus, y Dana deseó tener el arrojo suficiente para arrancársela, y así poder dejarlos enredarse en el vello de su pecho.

La imagen de Marcus en su mente, desnudo de cintura para arriba, fue tan vívida como cuando lo había tenido descamisado ante sí, unas horas antes en la cocina, después de que se hubiera dado una ducha. También entonces había deseado acariciarlo, deslizar las palmas por aquellos increíbles músculos y…

Marcus bajó una mano hacia su cadera, la apretó contra su pubis, e hizo el beso más profundo, enredando su lengua con la de ella. Dana sintió que la devoraba una tremenda ola de calor, y se derritió contra su cuerpo como se reblandece una vela de cera por la acción de la llama. Jamás en toda su vida se había sentido tan excitada. Lo deseaba tanto; había deseado tanto aquello…, pensó gimiendo dentro de su boca.

Marcus se estremeció al oírla. Luego, cuando las manos de la joven subieron vacilantes a sus hombros, el resto del mundo desapareció para él, y puso las suyas en torno a las redondeadas nalgas de Dana.

Al cabo de un rato interrumpió el beso, acuciado por una necesidad irrefrenable de saborear el resto de ella. Lamió con la lengua la línea de su mandíbula hasta encontrar el sensible lóbulo de la oreja, y lo succionó, maravillándose con las sensaciones que Dana despertaba en él. Luego imprimió besos por todo su cuello, subiendo y bajando las manos por sus costados, ansioso por tomar posesión de sus senos.

Cuando finalmente cubrió con la palma de la mano uno de ellos, sus labios volvieron a atrapar los de Dana, y dejó que se desatara la bestia que llevaba dentro. Quería acariciar, besar, y lamer cada centímetro de su cuerpo, inflamarla de deseo hasta que le permitiese hundirse dentro de ella.

Aquél no era el modo en que un hombre besaba a una mujer a la

que acababa de conocer, pero aquélla era la clase de beso que había soñado siempre con compartir con una mujer, y Dana era la clase de mujer con la que siempre había soñado con compartirlo.

Era tan distinta de cuantas había conocido hasta entonces: tan fuerte y a la vez tan tierna, tan apasionada, tan vibrante… era todo lo que Alicia nunca había sido.

El repentino recuerdo de Alicia fue como un jarro de agua helada que apagó su ardor y adormeció su deseo. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Agarrando a Dana torpemente por los hombros, se apartó de ella mientras trataba de recobrar el aliento. Los dedos de la joven se aferraron a su camisa, y abrió los ojos, observándolo con una mirada ebria, como rogándole en silencio que la besara de nuevo.

No había nada que desease tanto en ese momento. Sí, quería volver a besarla… y hacer mucho más que eso, pero… Cerró los ojos y maldijo entre dientes.

Dana parpadeó repetidamente, confundida, pero cuando finalmente recobró el control sobre sus sentidos, bajó las manos de su pecho y dio un paso atrás.

–¿A qué diablos venía eso? –le preguntó enfadada, con voz temblorosa–. ¿Se puede saber qué estabas pensando?

Marcus abrió los ojos y la miró con una expresión tan aturdida y acusadora como la que había en el rostro de ella.

–No estoy seguro –respondió–, pero fuera lo que fuera tú estabas pensando lo mismo.

Dana no dijo nada. No podía negar que había querido que hubiese seguido besándola, pero su lado racional le decía que había sido lo mejor para los dos que Marcus hubiese parado.

Aclarándose la garganta, apretó los labios, que se notaba hinchados y todavía palpitantes por sus besos, e iba a decir algo cuando apareció Laddie, ladrando y meneando la cola. Marcus se iba a agachar para acariciarlo, pero su chasco fue mayúsculo cuando el perro pasó de largo y se fue derecho hacia Dana, saludándola ruidosamente.

–Deberíamos entrar en la casa –murmuró ella cuando el animal se hubo tranquilizado–. ¿Te importaría ir a cerrar la verja? Yo tengo que sacar un par de cosas del maletero de mi coche.

Marcus se puso de pie.

–Está bien. Vamos, Laddie.

El perro, sin embargo, se había sentado sobre sus patas traseras junto a Dana, y no le hizo ningún caso.

–Vamos, chico –repitió Marcus. Pero el animal siguió sin moverse–. De acuerdo, quédate si es lo que quieres –resopló su dueño–. «El mejor amigo del hombre»… –farfulló mientras se alejaba.

Cuando se hubo marchado, Dana inspiró profundamente para calmarse. Aquello era ridículo, se dijo mientras se dirigía a su sedán, seguida de Laddie, para sacar su bolsa de viaje; los hombres nunca la habían puesto nerviosa. ¿Por qué habría de ser Marcus Danforth una excepción?

Durante toda su vida, primero en el instituto de su barrio, luego en los cursos de la academia de policía, y finalmente durante su entrenamiento en Quantico para ingresar en el FBI, había ido catalogando a los hombres que había conocido en dos únicos grupos: amigos, o enemigos. Sin embargo, tenía una regla de oro que aplicaba con todos: mantener las distancias.

Nunca se había dejado intimidar por ningún hombre, y se había esforzado por que sus compañeros la considerasen uno más. De hecho, cada vez que le pedían una cita, su respuesta era invariablemente «no». No iba a cometer el mismo error que su madre. No iba a acabar con una sabandija como su padre.

Después de cerrar el maletero, llamó a Laddie para que la siguiera a la entrada trasera de la casa, y mientras desactivaba la alarma para poder entrar, no pudo evitar preguntarse por qué había dejado que Marcus la besara… y, más aún, por qué le había respondido con tanto afán.

Cuando abrió la puerta, sin embargo, sus pensamientos se interrumpieron de inmediato al ver a Laddie entrar disparado, atravesar la cocina y perderse en el pasillo a oscuras que había más allá. Dana no advirtió nada anormal a primera vista, pero los perros tenían más desarrollados todos los sentidos que los seres humanos, y se llevó una mano al arma bajo su chaqueta por si acaso.

Cruzó la cocina, salió al pasillo, y encendió las luces. Al oír a Marcus girando la llave en la cerradura de la puerta delantera, esperó a que ésta se abriera, y cuando lo vio entrar le hizo una señal para que no hiciese ruido.

–Quédate un momento donde estás –siseó–. Voy a comprobar el resto de la casa.

Marcus la miró sin comprender.

–¿Por qué?, ¿qué pasa? –le preguntó.

–No lo sé –respondió ella–. Cuando abrí la puerta Laddie entró disparado, como si hubiese olido algo –añadió pegándose a la pared, sacando el arma, y dirigiéndose despacio hacia los dormitorios.

–¡Oh, no! –exclamó Marcus.

Y antes de que Dana pudiera saber qué estaba ocurriendo, pasó a su lado corriendo y se metió por la primera puerta a la derecha.

Estupendo, farfulló para sus adentros. ¿Cómo podía proteger a alguien que no le hacía caso? Por la rápida inspección que había hecho aquella tarde, sabía que la habitación donde había entrado era el cuarto de invitados.

–¡Marc, espera!, deja que yo…

–¡No!

Al oírlo gritar, Dana se puso tensa, pero luego le escuchó decir enfadado:

–¡Abajo, Laddie! ¡Abajo! Eres un perro malo.

Dana frunció el entrecejo, guardó el arma, y se dirigió al cuarto de invitados. Cuando llegó al umbral de la puerta abierta, Laddie estaba sentado en el suelo, a los pies de su amo con una expresión culpable en sus ojos tristones.

–¿Qué ocurre? ¿Qué ha hecho? –le preguntó a Marcus.

Él sacudió la cabeza.

–Tiene debilidad por esta cama –le explicó–. Por mucho que intente disciplinarlo para que no se suba a ella, no lo consigo. Es como si pensase que le pertenece. Tiene su caseta, pero… –añadió encogiéndose de hombros.

–Bueno, al menos no se va a dormir a tu cama –lo picó ella–. Peor sería eso, ¿no?

Marcus alzó la barbilla y la miró con una ceja enarcada.

–Pues no lo sé –respondió–. Pero, como aquí es donde vas a dormir tú, te aconsejo que cierres la puerta de noche si no quieres averiguarlo. Es capaz de echarte de la cama, y entonces tendrás que venirte a dormir conmigo.

Dana se puso roja como un tomate. Sin embargo, se lo había

buscado. Había sido ella la primera en hablar de la cama de él. A juzgar por el increíble beso que habían compartido, por la cama de Marcus debían haber pasado unas cuantas mujeres. Para ser tan bueno besando tenía que haber practicado, y mucho.

–En cualquier caso dejaremos que duerma dentro de la casa. Así estaremos más seguros –dijo Dana finalmente–. Ya me encargo yo de volver a conectar la alarma. Tú vete a descansar.

Marcus ladeó la cabeza y entornó los ojos.

–Es justo lo que pienso hacer: echarme a dormir hasta el amanecer –le dijo en un tono sensual.

Avanzó lentamente hacia Dana y, aunque cuanto más se acercaba, más quería la joven salir corriendo, no se movió. Sin embargo, en el instante siguiente Marcus hizo algo que echó a perder su intención de permanecer impasible: extendió una mano, y le acarició la mejilla con la yema del índice, para después pasarle muy despacio el pulgar sobre el labio inferior.

–Pero, si Laddie te da mucha lata y ves que no puedes con él, te guardaré un sitio calentito en mi cama–añadió, guiñándole un ojo y sonriéndole de un modo muy sexy–… por si acaso.

Luego, dejó caer la mano, y pasó por su lado, saliendo de la habitación para dirigirse a la suya, pero antes de doblar la esquina del pasillo, se volvió para ver si seguía plantada junto al umbral de la puerta, observándolo alejarse. Y lo estaba.

Sonrió malicioso, y desapareció tras la esquina, dejándola azorada de nuevo. Según parecía Marcus Danforth estaba destinado a convertirse en su tormento.

Sin embargo, Marcus se pasaría al menos un par de horas dando vueltas en la cama. Después de haberse jurado que no volvería a dejar que ninguna otra mujer lo afectara hasta el punto de perder el control sobre sí mismo, aquello era precisamente lo que acababa de ocurrirle con Dana.

Y lo peor era que, a pesar de lo irritado que estaba consigo mismo en ese momento, no podía hacer nada para evitar lo que le estaba pasando. Había algo en Dana que lo atraía como la luz atrae a las polillas. Con un pesado suspiro dio otra vuelta en la cama, y se dio finalmente por vencido.

Si no podía dejar de pensar en ella sería incapaz de conciliar el sueño, así que decidió que lo mejor sería ir a la cocina a prepararse un vaso de leche caliente. Quizá eso lo ayudaría a dormir, se dijo levantándose de la cama, y echándose la bata encima.

Cuando abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo le entró frío, y se ató el cinturón de la bata. Tal vez debería poner la calefacción o encender un fuego en la chimenea. Las noches del mes de octubre en Georgia podían ser engañosas. Durante el día hacía un calor pegajoso, pero al caer la noche solía refrescar.

Al pasar sigilosamente junto al cuarto de invitados vio que Dana había dejado la puerta entreabierta, probablemente para estar atenta a cualquier ruido que pudiese producirse durante la noche, y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios cuando la imaginó con Laddie tumbado junto a ella en aquella cama en la que apenas cabía una persona. Debería haber aceptado su ofrecimiento y haber dormido con él en su habitación. Su cama era más que amplia.

Sin embargo, al imaginarlos a ambos, tumbados el uno al lado del otro, y sobre todo al imaginar el hermoso cuerpo de Dana yaciendo en su cama, supo que probablemente lo que no habrían hecho sería dormir. Apartando esas imágenes de su mente, tragó saliva y trató de no pensar en absoluto.

Fue al salón y, sin encender siquiera la luz, se dirigió a la chimenea. Se arrodilló frente a ella, dispuso unas ramitas finas sobre la parrilla de hierro, y colocó encima unos cuantos troncos. Luego encendió con una cerilla las ramitas, y acuclillado frente a la chimenea utilizó el atizador para avivar las primeras llamas que prendieron.

Mientras lo hacía, empezó a pensar en cómo le gustaría hacer lo mismo con Dana, despertar el deseo en ella, y avivarlo con abrasadoras caricias de sus manos y sus labios.

De hecho los apasionados besos que había compartido le habían mostrado a la mujer vibrante y sensual que llevaba en su interior. Abstraído como estaba en el recuerdo del delicioso frenesí que los había envuelto, Marcus dio un respingo cuando la lámpara que había sobre una mesita detrás de él se encendió, iluminando el salón. Se incorporó de un salto, y se giró rápidamente sobre los talones, para encontrarse con Dana allí de pie, con la pistola en una mano que colgaba junto a su costado, y la otra sosteniendo el collar

de Laddie.

–¿No podías dormir?

El corazón de Marcus estaba todavía latiendo como un loco por el susto. Asintió con la cabeza y carraspeó para aclararse la garganta.

–Perdona si te he asustado. Es que cuando me levanté me pareció que hacía frío y vine a encender la chimenea.

Dana soltó a Laddie, y Marcus observó cómo le susurraba algo en el oído mientras lo acariciaba. El perro se sentó sobre los cuartos traseros, y sacó la lengua mientras movía alegremente la cola. Con lo que a él le había costado disciplinarlo, en un par de días se había vuelto un manso corderito con la hermosa agente del FBI. El muy traidor…

–No me has asustado –le dijo Dana–, pero Laddie insistió en que nos aseguráramos de que estabas bien –añadió sonriendo al animal.

Le puso el seguro a la pistola y la colocó sobre la mesa, junto a la lámpara.

–¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a dormir? –se ofreció.

A Marcus se le ocurría más de una cosa. Tragó saliva.

–Em… no, gracias. Iba a calentarme un poco de leche en cuanto hubiera encendido el fuego –le dijo–. Aunque, pensándolo mejor, creo que mejor me tomaré un trago de bourbon –añadió. Sí, tal vez eso le calmaría los ánimos.

–Bueno. Si no te importa me quedaré un rato contigo –dijo Dana–. La verdad es que yo también estaba desvelada.

Cuando los primeros rayos del sol comenzaron a alejar las sombras de la noche de la granja, Dana estaba peinándose el cabello, aún húmedo por la ducha que acababa de darse. Tras terminar de peinarse, se puso las zapatillas de deporte, y aunque a esa hora su cuerpo estaba pidiéndole correr, como hacía todas las mañanas, ese día tendría que prescindir de sus treinta minutos de jogging. No podía dejar solo a Marcus.

La noche anterior habían estado sentados en el salón durante casi dos horas, mientras Marcus se tomaba una copa tras otra y, con la mente nublada por su creciente embriaguez, le había relatado de

nuevo lo que el cártel le había hecho a su familia, y luego cada detalle de su breve estancia en la cárcel hasta que su familia lo había sacado.

Lo había visto tan abrumado, tan lleno de frustración por que lo hubieran acusado injustamente, tan vulnerable… que se había enternecido.

Marcus, sin embargo, desearía que le hiciesen un transplante completo de cabeza cuando se despertase y recordase cómo se le había soltado la lengua la noche anterior. Riéndose entre dientes, Dana acabó de vestirse y salió de su dormitorio para ir a hacer café. Marcus iba a necesitarlo con la resaca que tendría…

Sin embargo, precisamente un olor a café invadía el pasillo cuando abrió la puerta de su habitación. Fue a la cocina, pero la encontró desierta. Tenía que haber sido Marcus quien hubiese puesto la cafetera, pero, ¿adónde había ido? Fue a mirar en su cuarto y luego por toda la casa, y al no dar con él, escamada, fue a ver el panel de la alarma. Estaba conectada, pero podían haberla desactivado y luego vuelto a activarla. Se agachó para comprobar el fino hilo de seda que había tendido de un lado a otro de la puerta por si alguien lograba burlar el sistema de seguridad, y no la sorprendió ver que estaba roto. Marcus había salido. Y después de que le hubiera advertido una y otra vez que no debía ir a ningún sitio sin ella…

De pronto cayó en la cuenta de que Laddie tampoco estaba en la casa. Le había ordenado al animal que se sentase en el pasillo a vigilar la habitación de su amo mientras se duchaba, pero a la vista estaba que la había desobedecido.

Salió al porche trasero, y escudriñó el solitario horizonte. Cuando vio a Laddie correteando entre las ovejas, sus hombros se relajaron, pero entonces vio a Marcus hablando con un hombre cerca del establo, y volvió a tensarse.

Dana observó a Marcus mientras le estrechaba la mano al desconocido y regresaba a la casa. El hombre, por su parte, se alejó en dirección a los pastos.

–Dana… ¿Qué haces aquí fuera? –le dijo Marcus frunciendo el ceño cuando llegó junto a ella.

–Eso mismo te iba a preguntar yo –gruñó ella, poniendo los brazos en jarras–. ¿Cómo se te ha ocurrido salir de la casa sin mí y

ponerte a hablar con un extraño?

Marcus la tomó por el codo y la llevó de vuelta a la casa mientras le contestaba:

–Ése no era un extraño; es mi vecino, el señor Stevens, y estaba pidiéndole que se encargue de mis animales durante las próximas semanas. Pero ahora que te ha visto estará preguntándose quién eres y qué estás haciendo en mi propiedad. Y, la verdad, no quiero ser objeto de más especulaciones.

Dana lo miró irritada.

–No veo por qué tienes que molestarte conmigo. Lo más probable es que haya creído que soy una más de las chicas que traes a casa.

Marcus se paró al llegar al pie de los escalones del porche, la soltó, y la miró con el ceño fruncido.

–Estás bromeando, ¿verdad?

Dana no dijo nada, y Marcus contrajo el rostro.

–Dios… ¿lo has dicho en serio? –farfulló con incredulidad–. ¿Me tienes por una especie de playboy o algo así?

–Bueno, en el dossier que me dieron al aceptar el caso, hay un buen taco de recortes de periódicos con fotos tuyas con varias chicas de familias ricas y modelos, a las que estás besando, o achuchando… Supongo que a más de una la habrás traído aquí.

Marcus parecía sumamente irritado. Abrió la puerta, y le dijo:

–Si no te importa, creo que será mejor que entremos y hablemos de ello.

Dana miró hacia atrás.

–¿Y qué pasa con Laddie?

–Stevens me ha dicho que también se hará cargo de él.

Cuando hubieron entrado de nuevo en la casa, Marcus volvió a conectar la alarma, y se sentaron en la cocina con un par de tazas de café.

–Escucha –comenzó Marcus–. Mi familia, por su posición, tiene muchos compromisos sociales, y a menudo tengo que asistir a fiestas benéficas y también a eventos políticos desde que mi padre anunciara su candidatura al Senado, y en algunas de esas ocasiones tengo que ir acompañado, pero te aseguro que por lo general no me divierte, ni tengo una relación personal con esas chicas.

Dana tomó un sorbo de café pero no dijo nada.

–Y a excepción de alguno de mis hermanos o mis primos –continuó Marcus–, puedo asegurarte que no he traído a nadie a esta casa desde que me instalé.

Dana enarcó las cejas y frunció los labios. No era que pensase que lo que le estaba diciendo no fuese cierto, pero resultaba difícil de creer.

–De hecho… –añadió Marcus–… hace más de un año que no he tenido una cita de verdad. Puedes preguntarle a quien quieras de mi familia.

–No creo que me estés mintiendo, Marc –le dijo Dana. Apuró su café y dejó la taza sobre la mesa–, pero me parece raro que un hombre rico y atractivo que está considerado como uno de los solteros más cotizados de la ciudad esté guardando celibato. En fin, cuesta entenderlo. ¿Qué problema tienes?

No podía creer que hubiese dicho algo tan entrometido y grosero, pero lo había hecho de un modo inconsciente. Era una técnica a la que recurría a menudo con los sospechosos, porque le habían enseñado que a veces una pregunta que la otra persona no esperase podía dar pie a una respuesta sincera.

Marcus llevó su taza y la de Dana al fregadero, y al regresar a la mesa, en vez de sentarse de nuevo en su silla, se puso detrás de la de ella, y se inclinó para susurrarle:

–Quizá sólo necesite a alguien como tú que me excite… porque estoy seguro de que anoche te darías cuenta de que no es un problema físico –e inclinándose un poco más le mordisqueó el lóbulo de la oreja y añadió–: Podrías ofrecerte voluntaria para ayudarme a romper mi abstinencia.

El sensual tono de su voz la hizo estremecer, y sintió que una ráfaga de deseo se extendía por todo su cuerpo. Recordaba muy bien lo dura que había notado esa parte de su anatomía cuando se había apretado contra él mientras se besaban, y el solo recuerdo la excitó aún más, pero luchando contra ello se puso de pie y se apartó de él.

–Mira, Marc… vamos a tener que trabajar juntos las próximas semanas para encontrar esas pruebas con las que demostrar que eres inocente, y no creo que sea una buena idea que vuelvas a mencionar lo de anoche. Fue un error, y no volverá a pasar.

Marcus le sonrió, pero no dijo nada, y Dana tuvo la impresión de

que el silencio se hubiera impregnado de la misma electricidad que sentía en su interior. Finalmente se aclaró la garganta y volvió a hablar:

–Sólo estás intentando distraerme para hacer que me olvide de la pregunta –le dijo dando otro paso atrás–. Pues no me he olvidado: ¿cómo puede ser que no hayas salido con ninguna mujer desde hace más de un año?

Marcus apretó los labios.

–Voy a darme una ducha. Tenemos un día ajetreado por delante.

–¿Por qué no me contestas? ¿Tienes miedo de que me ría de ti o qué?

–No vale la pena hablar de ello, Dana –respondió él–. Quizá te lo cuente un día de estos, cuando estemos aburridos y no tengamos nada que hacer.

Y sacándose por la cabeza la sudadera que llevaba puesta, se dirigió a su dormitorio, dejando a Dana perpleja y confundida.

Capítulo Cinco

Marcus no podía aguantar más. Había sido un día largo y pesado, encerrado en la casa, observando primero a Dana inspeccionar su ranchera, y luego a un técnico del FBI instalando micrófonos ocultos en sus teléfonos. Estaba tan aburrido que casi se puso loco de contento cuando llamó su tío Harry para invitarlo a una cena familiar en Crofthaven.

Por lo general ir de visita a casa de su padre le resultaba deprimente, pero ese día se sintió agradecido ante la idea de poder cambiar un poco de ambiente y distraerse.

El modo de proceder del FBI era demasiado lento para su gusto. Si de él dependiese, en ese momento estaría intentando averiguar dónde tenía la gente del cártel su guarida para irrumpir allí y obligarlos a confesar que habían sido ellos quienes habían urdido aquella falsa acusación contra él, pero el jefe de Dana le había dicho que hasta que organizasen la operación para capturar a Escalante, lo mejor sería que intentase seguir haciendo vida normal.

Para su sorpresa, sin embargo, aquella noche Dana claudicó y aceptó que fueran en su ranchera a Crofthaven y lo dejó conducir también. Al menos sentado al volante se sentía menos inútil de lo que se había sentido a lo largo de todo el día.

–¿Vas de visita a tu casa a menudo? –le preguntó Dana mientras iban de camino.

–¿Te refieres a Crofthaven? –contestó Marcus a su vez con otra pregunta–. La verdad es que no la considero mi casa –añadió con voz quebrada–, ni creo que lo haga tampoco ninguno de mis hermanos.

–Pero… ¿no es allí donde os criasteis?

–Teníamos habitaciones en la casa –respondió él–. Hay mucha diferencia entre eso y considerar un sitio tu hogar.

Marcus salió de la autopista y tomó un camino vecinal que serpenteaba a lo largo de la costa del Atlántico.

–Supongo que cuando era muy pequeño y mi madre y mis

abuelos todavía vivían sí pensaba en Crofthaven como un hogar, un hogar maravilloso con extensos terrenos por los que correr y jugar, y hasta una cala privada, pero todo cambió cuando mi padre regresó de Vietnam y mi madre perdió la vida en un accidente de coche.

–¿Cuántos años tenías cuando murió?

–Casi cinco.

–Debió ser muy duro para todos vosotros –murmuró Dana.

A Marcus no le pasó desapercibido el tono compasivo en su voz.

–Ya hace mucho de eso –le dijo–. Al morir ella mi padre empezó a contratar niñeras, una tras otra, y cuando fuimos teniendo edad suficiente para ir al colegio nos envió a distintos internados. Las vacaciones solíamos pasarlas en casa de nuestros tíos Harold y Miranda, y hasta hoy es el único lugar que es para mí un hogar aparte de la granja.

Cuando ya estaban llegando al lugar y se acercaban por fin a las puertas de la verja de hierro forjado que rodeaba Crofthaven, a Marcus le extrañó ver la cantidad de vehículos que había aparcados a ambos lados del camino. Cuando finalmente se percató de lo que ocurría, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

–¡Diablos! –exclamó–. Son reporteros. Y apuesto a que en su mayoría de publicaciones sensacionalistas. Dana, agáchate para que no te vean –le indicó, pisando el acelerador–. Utilizaremos la entrada de los jardineros para evitarlos, pero puede que reconozcan mi ranchera.

Dana obedeció, y al cabo de unos treinta segundos Marcus redujo la velocidad.

–¿Los hemos pasado? –preguntó Dana desde el suelo del vehículo.

–Sí, y creo que no se han fijado en nosotros –respondió él, girando a la izquierda mientras ella volvía a ocupar su asiento–. Esta entrada tiene un candado con combinación; tendré que bajarme para abrirla –añadió cuando se adentraron entre dos hileras de densos matorrales y detuvo el vehículo.

–De acuerdo, baja, pero deja el motor encendido y la puerta abierta –le dijo Dana.

Instantes después Marcus volvía a sentarse al volante y entraban por fin en la propiedad.

–Creo que no nos han visto –dijo Dana.

Marcus volvió a detener el vehículo.

–Vigila otra vez; tengo que cerrar la puerta y poner otra vez el candado.

–Espera; yo lo haré –le dijo Dana, y se bajó antes de que Marcus pudiera replicar.

Justo lo que les faltaba, pensó la joven. Nunca antes había tenido que huir de la prensa para hacer su trabajo. ¿Cómo iba a cumplir con éxito aquella misión con fotógrafos y reporteros detrás de ellos?

–¿Qué crees que busca esa gente? –le preguntó a Marcus cuando hubo subido de nuevo a la ranchera.

Él se encogió de hombros y puso el coche en movimiento de nuevo.

–Probablemente estén esperando a mi padre. Se presenta a las elecciones al senado, ¿recuerdas? –contestó mientras subían por un serpenteante camino de tierra flanqueado por árboles.

–¿Tú crees? A esa clase de medios no les suelen interesar los políticos, que yo sepa –apuntó Dana–. Siempre andan detrás de posibles escándalos.

Habrían recorrido un kilómetro escaso cuando los árboles dieron paso a arbustos y vastas extensiones de cuidadísimo césped. Dana giró la cabeza hacia atrás, y pudo ver en la distancia el camino asfaltado que partía desde la entrada principal, a cuyas puertas habían encontrado apostados a los fotógrafos. Estaba bordeado por magníficos robles, y de sus ramas colgaban lianas de musgo. Parecía una postal típica del viejo Sur.

Pasaron por delante de los cobertizos de los jardineros, y llegaron a un enorme garaje que tenía cabida para al menos diez coches, detrás de la mansión.

–Espero que no te importe que entremos por la cocina –le dijo Marcus a Dana–. No quiero arriesgarme a que nos topemos con alguno de los compañeros de partido de mi padre. Suelen reunirse en una de las salas cerca del vestíbulo a esta hora de la tarde.

–Por mí no hay problema.

La cocina resultó ser tan grande como para preparar una comida para al menos cien personas. Marcus le presentó a la cocinera, Florence, y le preguntó dónde estaban todos, pero antes de que la

buena mujer pudiera responder, las puertas de vaivén se abrieron, y entró en la cocina un hombre corpulento de unos cincuenta años.

–Ah, ya estás aquí, Marc –lo saludó sonriéndole antes de darle un abrazo y darle unas palmadas en la espalda–. ¿Cómo estás, hijo? Pareces cansado.

–Estoy bien, tío, pero me sentiré mucho mejor cuando encuentre las pruebas que demuestren mi inocencia –dijo Marcus–. Dana, deja que te presente a mi tío, Harold Danforth.

El hombre posó sus amables ojos azules sobre ella.

–Ah, sí, debe ser usted la agente del FBI que va a ayudar a nuestro Marc –dijo tomándola de la mano–. Michael nos ha hablado muy bien de usted. Gracias por lo que está haciendo por mi sobrino. Lo estamos pasando todos tan mal con esto…

–¿Dónde está mi padre, tío Harold? –le preguntó Marcus.

–Nicola, Jake, y él están en la biblioteca, celebrando una reunión de última hora para planear no sé qué estrategia para la campaña.

–¿Y por qué están todos esos reporteros ahí fuera? –inquirió Marcus, bajando la voz.

–Nicola cree que los colaboradores de John van Gelder han estado haciendo correr rumores de que tu padre dará de un momento a otro una rueda de prensa para anunciar que retira su candidatura.

–¿Qué? –inquirió Marcus perplejo–. ¿Por qué iba a hacer algo así? Apenas falta un mes para las elecciones.

Su tío Harold lo miró vacilante, como si no se atreviese a decirle lo que quería decirle.

–Creo que se supone que sería por tu arresto. Los rumores que corren por ahí aseguran que tu padre está tan avergonzado por tu arresto que no quiere que tus «delitos» manchen su buen nombre…. –respondió, finalizando con un resoplido de indignación.

–Pero, pero eso es… ridículo –balbució Marcus.

Iba a decir más, pero su tío le puso una mano en el hombro.

–Ni lo pienses, Marc. Por supuesto que es ridículo. Tu padre no tiene intención alguna de abandonar –le aseguró sonriente–. Sabe que eres inocente, y que es sólo cuestión de tiempo que esto se aclare. Todos estamos contigo, hijo, y queremos ayudarte.

La expresión de cariño que se reflejaba en los ojos de Harold

Danforth mientras hablaba con Marcus sorprendió a Dana, aun cuando ya la había visto en sus hermanos, Adam e Ian. Y, como en esas ocasiones anteriores, aquella muestra sincera de afecto volvió a hacer que sintiera una punzada en el pecho. Familia… ¡Oh, lo que ella habría dado por haber experimentado de niña algo siquiera parecido por parte de sus padres…!

De Marcus no sólo la separaban la riqueza y el estatus, sino también otras cosas que a él le había otorgado el destino y a ella se las había negado: familia, confianza, honor… Reprimiendo un suspiro, se dijo que era imposible que llegara nunca a haber nada entre ellos.

Sin duda aquellas chispas de electricidad que sentía cuando estaba con él debían ser producto de su imaginación. O quizá… quizá era sólo algo físico. Lo cierto era que nunca había deseado a ningún hombre como deseaba a Marcus. Sí, eso debía ser. Su cuerpo debía estar confundiendo amor con deseo.

–En fin, voy a buscar a tu tía –le estaba diciendo Harold a Marcus–. A ver si ha acabado de vestirse. Hemos quedado dentro de unos minutos con nuestra nueva nuera y nuestro nieto fuera, en el patio de las columnas, así que si queréis ir allí con nosotros hasta que tu padre, Nicola, y Jake acaben su reunión… Y espero que sea pronto, porque me muero de hambre. Por cierto que Jake está ansioso por poder hablar contigo, para saber si puede hacer algo para ayudarte. Bueno, nos vemos luego.

–De acuerdo. Hasta luego, tío Harold –se despidió Marcus.

Mientras salían de nuevo de la casa por donde habían entrado, Dana le preguntó:

–¿Quién es Jake?

–Es uno de mis primos, hijo de mis tíos Harold y Miranda –respondió Marcus–. Adam y él fueron quienes iniciaron el negocio de la cadena de cafeterías D&D. Jake y su esposa, Larissa, han estado ayudando a mi padre con la campaña durante los dos últimos meses. Cuando se trata de hacer de relaciones públicas o recaudar dinero, Jake es un genio.

–¡Marc! –exclamó Peter, el hijo de Jake, en cuanto lo vio aparecer en el patio.

Dejando a un lado sus juguetes, atravesó el césped corriendo hacia ellos. Marcus plantó una rodilla en tierra, y se preparó, abriendo los brazos para recibir al chiquillo. Segundos después Peter se abalanzaba sobre él entre risitas infantiles, haciéndolo caer de espaldas. Marcus se había echado a reír también, y el pequeño se puso a atacarlo como si fuese un oso.

–¡Peter! Vas a estropearle la ropa a Marc –lo reprendió su madre corriendo hacia ellos.

Sin embargo, por sus labios se estaba extendiendo una sonrisa que se notaba le estaba costando reprimir.

Finalmente Marcus logró agarrar al chiquillo y se puso de pie con él en brazos.

–Bueno, basta de juegos por hoy –dijo con una sonrisa, depositándolo en el suelo frente a Dana–. Hay alguien a quien quiero que conozcas. Esta damisela tan encantadora es la agente Dana Aldrich.

Dana se inclinó y le tendió la mano.

–Hola, Peter, ¿cómo estás?

–Tengo cuatro años –le dijo el chico.

Larissa llegó en ese momento junto a ellos sin aliento y tomando al pequeño en brazos lo reprendió de nuevo entre risas:

–Cuando alguien te pregunta cómo estás se supone que debes contestar «bien, gracias».

Marcus presentó a Dana y Larissa, y se dirigieron todos hacia la mesa de cristal en la que ya estaban dispuestos los servicios para la cena. Larissa les señaló una mesa alargada donde había bebidas y hielo y les dijo:

–¿Por qué nos os servís algo? Voy a llevar a Peter a que se lave las manos y enseguida volvemos.

Y mientras se alejaba con el chiquillo Marcus y Dana pudieron oírlo discutiendo con su madre sobre lo que debía decirse cuando a uno le presentaban a alguien.

–Qué encanto de crío –comentó Dana riéndose suavemente.

–Sí que lo es –respondió él–. Cada vez que lo veo me entran ganas de tener al menos una docena.

Dana lo miró sorprendida y luego se rió.

–Pues te deseo suerte. Te costará encontrar a una mujer dispuesta a ser la madre de semejante prole.

Marcus se rió también y le ofreció un martini, pero Dana sacudió la cabeza.

–No, gracias, prefiero mantener la mente despejada para no hacerme un lío con todos tus parientes.

Justo en ese momento apareció Jake, pero antes de que Marcus pudiese presentarle a Dana, el teléfono móvil de la joven sonó, y se disculpó con ambos, alejándose unos pasos para contestar.

–Es la agente del FBI de la que nos ha hablado Ian, ¿verdad? –le preguntó Jake a su primo.

–Sí, y es increíble. Espera a hablar con ella –respondió Marcus, que seguía con la mirada fija en la espalda de Dana mientras se alejaba.

El modo en que sus redondeadas nalgas se le marcaban bajo los vaqueros, y la manera en que se contoneaban sus caderas al caminar estaban haciendo que toda una serie de imágenes lascivas acudiesen a su mente.

Jack le dio una palmada en la espalda para recobrar su atención, y le dijo con mucha guasa:

–Bueno, desde luego no es nada difícil saber qué es lo que tú opinas de ella. Pero creo que deberías centrarte en cómo vas a salir del embrollo en el que te han metido esos canallas del cártel.

Marcus se puso serio y se volvió hacia él.

–¿Está afectando a la campaña?

Jake sacudió la cabeza.

–De momento no parece que así sea. Nicola ha planeado una serie de mítines por todo el estado para cerrar la campaña. Mañana salimos y estaremos dos semanas yendo de una ciudad a otra.

–Pero todavía vamos por delante en los sondeos, ¿verdad?

–Sí, por un margen bastante amplio –respondió Jake–. Intentamos convencer a tu padre para que hiciera una declaración pública con motivo de tu arresto para defender el derecho a la presunción de inocencia y a la intimidad para intentar parar el acoso que estamos sufriendo por parte de la prensa, pero se mostró reacio y al final no se hizo.

Marcus no imaginaba que su padre pudiese mostrarse jamás reacio a nada, cuando siempre aprovechaba cualquier oportunidad para exponer sus puntos de vista, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario al respecto, el patio se había llenado con sus

parientes.

Marcus presentó a Dana a los restantes miembros de su familia allí reunidos y a Nicola Granville, la directora de campaña de su padre.

Tras la que fue una animada cena, su tía Miranda se llevó a su nieto Peter para darle su baño, y el resto de los adultos se quedaron sentados a la mesa tomando café y hablando de la situación por la que estaba pasando Marcus.

Su padre había estado muy callado durante toda la cena, y Marcus no sabía cómo interpretar su silencio. Nunca habían tenido una relación muy estrecha; de hecho, su relación parecía más la de un oficial superior y un recluta. Marcus suponía que se debía a los muchos años que su padre había estado en la Marina, en el cuerpo de los SEAL.

–Marc –dijo de repente Abraham, sentado en la otra punta de la mesa–, háblanos de ese plan que estás preparando con el FBI.

–Bueno, creo que debería ser Dana quien lo hiciera, papá –apuntó Marcus.

Dana, que estaba sentada a su lado y había estado también bastante callada durante la cena, alzó el rostro y sonrió.

–Mi superior está ultimando los detalles. Nuestro principal objetivo es lógicamente capturar a Ernesto Escalante y vincularlo directamente con el cártel, así que…

–Discúlpeme, señorita –la interrumpió Abraham con esa voz firme tan característica–. Me parece perfecto que el FBI quiera poner entre rejas al que es uno de los capos de la droga más peligrosos de Estados Unidos, y desde luego su captura quitaría un gran peso de encima mi familia, ya que como sabe lleva meses amenazándonos, pero lo que quiero saber es qué clase de ayuda va a recibir mi hijo a cambio de su colaboración.

Dana, que había dado un respingo al ser interpelada por el cabeza de familia, se repuso sin embargo rápidamente:

–El FBI se compromete a entregar a su abogado toda la información no clasificada sobre el cártel que pudiera serle útil en su defensa.

Abraham frunció el ceño y sacudió lentamente la cabeza.

–No es suficiente –replicó–. Quiero total inmunidad para mi hijo, y que sean retirados todos los cargos contra él… o nadie de esta

familia compartirá información alguna con el FBI.

–Papá… –murmuró Marcus sorprendido.

Lo que su padre estaba pidiendo era lo justo, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea regatear con el FBI. Además, lo único que él quería era una oportunidad para probar su inocencia.

Abraham ignoró la interrupción de su hijo, y continuó hablando sin apartar la mirada de Dana:

–Y quiero que nos garanticen su seguridad. ¿Puede usted garantizarnos personalmente que tendrá la protección adecuada?

Dana se irguió en el asiento y alzó la barbilla con arrogancia.

–Puedo prometerle a su hijo, y a todos ustedes, que lo protegeré con mi vida. Sin embargo, su seguridad es también responsabilidad suya. Deberá hacer exactamente lo que le digamos, o el FBI no podrá comprometerse a mantenerlo a salvo –hizo una pausa para tomar aliento–. Respecto a concederle total inmunidad… expondré su petición por las vías que correspondan.

Abraham asintió con la cabeza.

–Confío en que así lo hará –dijo. Luego, giró la cabeza hacia Marcus–. Hijo, ¿estás dispuesto a acatar lo que disponga el FBI aun no teniendo garantías de que cumplan su parte del trato?

–Más que dispuesto –respondió Marcus con sinceridad–. Tengo que hacer algo, papá. No puedo quedarme sentado y dejar que otras personas decidan mi destino.

Su padre le sonrió, cosa que no solía hacer muy a menudo. De hecho, era tan inusual ver en su rostro otra expresión que no fuera una de firme determinación, que toda la mesa se quedó sin habla. Todos… excepto Nicola.

–Agente Aldrich, ¿podría concretarnos al menos cuáles son los planes más inmediatos del FBI respecto a Marc? Teníamos previstos varios mítines por todo el estado para poner fin a la campaña, pero quizá deberíamos permanecer en la ciudad por si pudiéramos ayudarlos de algún modo.

Los hombros de Dana se distendieron.

–Bueno, hablé con mi jefe justo antes de cenar, y piensa que lo mejor es que Marc y ustedes sigan con su rutina diaria, como si nada hubiese pasado. Cree que hay más posibilidades de que el cártel intente contactar con Marc o con Ian si les da la impresión de que hay normalidad en el ambiente. Así que Marcus deberá seguir

yendo a la oficina cada día, y yo lo acompañaré para que esté protegido en cada momento.

Se quedó callada un momento, vacilante, y luego continuó.

–Le hemos pedido a Ian que nos deje usar sus oficinas como centro de operaciones y ha accedido, pero la prensa será un problema. No he tenido aún oportunidad de hablar de esto con Marc, pero vamos a tener que encontrar una excusa convincente para explicar que esté todo el tiempo con él, y que no levante sospechas en el cártel, así que recurrir a hacerme pasar otra vez por su guardaespaldas está fuera de lugar.

–Podríamos decir que es su nueva secretaria –sugirió Jake.

–Eso no serviría –lo contradijo su esposa Larissa–. Una secretaria no está con su jefe las veinticuatro horas del día. Inmediatamente empezarían a surgir rumores y los reporteros se pasarían todo el día detrás de ellos.

–Yo creo que, como se suele decir, la mejor defensa es el ataque. Podrían fingir que tienen una relación y que están a punto de comprometerse para casarse –intervino Nicola–. La prensa lleva días intentando que Abraham se pronuncie sobre el arresto de Marc, y un buen modo de desviar la atención de ello sería que diera una rueda de prensa en la que comenzase defendiendo la presunción de inocencia de su hijo, para luego anunciar su compromiso.

Dana había temido que alguien sugiriese esa solución. Era imposible. Ni en mil años pasaría por ser la clase de mujer con la que un hombre del estatus social de Marcus se casaría.

–Pero… pero yo no creo que pueda… no tengo la ropa adecuada ni sabría cómo comportarme… No creo que fuera capaz de engañar a la prensa.

Todos sonrieron, y Larissa le dijo:

–Puedo asegurarte, por propia experiencia, que a la prensa… y sobre todo a la prensa sensacionalista… no le interesa la verdad. Lo único que les importa es que lo que cuenten sea noticia. Y, aunque no es que le guste personalmente esa clase de enfoque, Jake y yo sabemos de alguien próximo a la familia que es una experta en periodismo sensacionalista –añadió dirigiendo una mirada cómplice a su esposo.

Jake sonrió a Larissa, comprendiendo de inmediato.

–¡Pues claro! –exclamó, y girándose hacia Marcus le dijo–: Me

apuesto lo que sea a que Jasmine podría ayudarte con la prensa. Y también podríais pedirle que os deje echarle un vistazo a la información que ha recopilado durante todo este tiempo sobre el cártel. Wes dice que tiene una cantidad considerable.

Marcus se golpeó la frente con la palma de la mano.

–¡Jasmine! –exclamó–. ¿Cómo no se me había ocurrido? La llamaré esta misma noche.

–¿Quién es Jasmine? –inquirió Dana.

–Jasmine Carmody Brooks –le respondió Jake–. Se casó no hace mucho con Wesley Brooks, un antiguo compañero mío de universidad además de socio de la cadena de cafeterías D&D. Es una larga historia, pero Marc podrá ponerla al corriente.

–Y respecto a cómo se preparará para esta… «operación» –dijo Nicola mirándola divertida–, déjelo de mi cuenta. Soy asesora de imagen, así que después de la cena puedo darle algunos consejos –le ofreció. Tras estudiarla brevemente con la cabeza ladeada, se volvió hacia Jake para preguntarle–. ¿Crees que tu hermana Imogene podría venir a ayudarnos? Sabe más de ropa y maquillaje que todas las mujeres que conozco.

La cabeza le daba vueltas a Dana con todos los nombres de familiares y conocidos. Además, la idea de ser la prometida de nadie, aunque fuera sólo una ficción, la aterraba.

Pero entonces Marcus buscó su mano por debajo de la mesa, se la apretó suavemente, y todo cambió.

Capítulo Seis

En el trayecto de regreso a la granja, Marcus iba callado, y Dana parecía estar tan absorta en sus pensamientos, que su silencio no pareció molestarla en absoluto.

A la mañana siguiente, durante la rueda de prensa de Abraham, se comunicaría a los periódicos su «próximo enlace». La idea era hacer creer al cártel que le preocupaba tan poco su arresto, que había decidido que ese momento era tan bueno como cualquier otro para anunciar su compromiso. Un posible efecto de dicho anuncio podría ser que Escalante picase el anzuelo y empezase a presionar de nuevo a Ian, y otro, que no se lo creyese, pensase que era una táctica desesperada, y el cártel bajase la guardia.

Lo importante, sin embargo, era que en cualquiera de los dos supuestos el cartel estaría cometiendo un error. En esos momentos aquélla aparecía la mejor baza con que contaba, pero la idea de tener que fingir un compromiso, y con una mujer tan espectacular como Dana, lo tenía algo deprimido. Su último compromiso se había tornado en un desastre de tal calibre, que ya sólo el que alguien lo mencionase en el curso de una conversación lo avergonzaba terriblemente.

Unos minutos más tarde llegaron a la granja, y tuvieron que descargar de la ranchera la ingente cantidad de ropa y cajas de cosméticos que Imogene le había prestado a Dana.

–No sé para qué hemos tenido que cargar con todo esto –se quejó Marcus, mientras llevaba la última caja dentro de la casa, a la habitación de Dana–. A las chicas tan guapas como tú no les hace falta maquillarse. Además, ¿para qué son tantos potingues?

–Los necesito para… –comenzó a explicarle Dana, pero se paró en seco, y se quedó mirándolo–. ¿De verdad te parezco guapa?

–No me lo parece, es que lo eres –respondió Marcus al momento.

Para él era algo obvio, pero mientras la veía colgar la ropa en el armario comprendió por su pregunta que para ella no lo era. ¿De verdad no era consciente de lo preciosa que era?

–Dana, espera, ven aquí momento –le dijo tomándola de la mano para que parase de colgar ropa y lo mirase–. Tú eres una mujer muy especial. Eres fuerte, inteligente, competente en tu trabajo… pero eres mucho más que eso. También sabes ser comprensiva y amable cuando la situación lo requiere, y cuando entras en una habitación la iluminas y… y probablemente eres la mujer más sexy que he conocido en toda mi vida.

Dana no dijo nada, pero estaba mirándolo con los ojos muy abiertos, como si no pudiese dar crédito a lo que le estaba diciendo.

–Hay algo misterioso en tus ojos castaños –añadió Marcus–; tu piel es tan suave al tacto que parece de seda; y tu pelo…

Al enredar sus dedos en los oscuros bucles se le fue de la cabeza lo que estaba diciendo, y se inclinó hacia ella con los ojos fijos en su boca.

No estaba seguro de que ella quisiera lo mismo que él, pero decidiendo arriesgarse, se inclinó un poco más y tomó sus labios. Al hacerlo, ella profirió un gemido tan erótico, que Marcus sintió que una ola de calor ascendía por su cuerpo, e hizo el beso más profundo y apasionado, como si el mundo fuese a acabarse en el instante siguiente.

–Dios, Dana, no sabes cómo te deseo… –suspiró contra su boca cuando despegó sus labios de los de ella para tomar aliento.

Y entonces, de pronto, sintió un empujón en el pecho que lo hizo tambalearse hacia atrás. Aturdido, miró a Dana, que había dado un paso atrás, y estaba cruzada de brazos.

–Buen intento, abogado –le dijo con una sonrisa burlona–. Casi me convences con tu elocuencia, pero ya te dije anoche que esto de besarnos es un error. Estoy aquí para protegerte y buscar pruebas contra el cártel, no para meterme en tu cama.

Se dirigió a la puerta del dormitorio y la sostuvo abierta, indicándole que ya era hora de que se fuese.

–Es tarde, y mañana tienes que ir a la oficina –le recordó–. Deberías descansar un poco.

A regañadientes, Marcus cruzó el umbral, pero antes de que Dana cerrase la puerta, se volvió, y le dijo:

–La atracción que hay entre nosotros es real, encanto. No va a desaparecer sólo porque te incomode. Antes o después esto reventará por algún sitio, ya lo verás. No puedes hacer nada por

evitarlo. Es la naturaleza.

Dana se rió y enarcó las cejas.

–No estoy tan desesperada como para arrojarme a tus brazos, encanto –le dijo con retintín–. Y ahora vete a la cama y no te preocupes por nada. Yo estaré aquí vigilando.

Marcus apretó los labios irritado, dio un paso atrás, y Dana le sonrió antes de cerrarle la puerta en las narices. Dios, aquélla iba a ser una larga noche.

A la mañana siguiente, en las oficinas de Danforth & Co., Dana se sintió totalmente fuera de su elemento a pesar del traje de Donna Karan y los zapatos de tacón también de firma que llevaba puestos. A media tarde los pies estaban matándola, y cuando entró en la sala de reuniones que Ian les había cedido para uso del FBI y de ella, se dejó caer en uno de los sillones de cuero, se quitó los zapatos y se frotó un pie contra el otro, sintiendo deseos de matar a Marcus por tener que estar pasando esa tortura por el.

Dios, estaba deseando que acabase el día para volver a sus vaqueros y sus zapatillas de deporte. En fin, se dijo con un suspiro, ya faltaba menos. Encendió el ordenador portátil que la secretaria de Marcus había dispuesto allí para su uso, fue a la página web encubierta que tenía el FBI en Internet, introdujo su clave personal, y accedió a los archivos que habían recopilado sobre el cártel hasta la fecha.

–¿Cómo vas, Dana? –la saludó Marcus cuando entró al poco rato.

Lo acompañaba una mujer muy sofisticada de piel oscura, vestida con un traje de chaqueta-pantalón beige.

–Te presentó a Jasmine Brooks. Es la periodista de la que hablamos ayer en la cena, ¿recuerdas? Ha traído consigo la información que tiene sobre el cártel. Jasmine, ella es Dana Aldrich.

Dana se levantó y estrechó la mano que Jasmine le tendía.

–¿Cómo estás, Jasmine? Gracias por venir.

–No hay de qué –contestó la periodista–. Marcus me llamó esta mañana temprano. Me puso al corriente de vuestros planes y me dijo en qué podía ayudar. Para empezar, me encargaré de que mañana el periódico en el que trabajo publique una reseña para

anunciar su compromiso con «Dana Delacroix», la hija de un antiguo compañero de la Marina de su padre. Y también me he puesto en contacto con tu jefe en el teléfono que me dio Marcus para comunicárselo. Me ha dicho que vuestra gente se encargará de generar información falsa acorde con ese nombre en las bases de datos de las administraciones públicas, por si alguien intentase verificarlo. Oh, y en la rueda de prensa que Abraham ha dado hace un par de horas, ha hecho pública la «feliz noticia» cuando le han preguntado por el arresto de Marcus. Y según parece ha funcionado muy bien. Ha logrado desviar la atención de los medios –añadió con una sonrisa.

Marcus le ofreció un asiento, y cuando estuvieron sentados los tres, Jasmine sacó de su portafolios de cuero varias carpetas que parecían a punto de reventar, colocándolas a continuación sobre la mesa.

–Bueno, aquí está: toda la información que he reunido a lo largo de los últimos meses sobre el cártel.

–No sé cómo podremos pagártelo –le dijo Marcus–. Por cierto, Dana –añadió volviéndose hacia ella con una sonrisa malévola–, Jasmine me ha dicho que abajo hay unos cuantos reporteros que han venido corriendo después del anuncio de mi padre, con la esperanza de sacarnos una foto y conseguir unas palabras… lo digo para que te vayas preparando para cuando tengamos que irnos.

Dana contrajo el rostro.

–¿Y no podríamos darles esquinazo? –intentó disuadirlo con una sonrisa inocente–. Quizá si saliéramos por la puerta de atrás…

Marcus sonrió, pero sacudió la cabeza.

–Lo siento, Dana, pero no hay más remedio. Además, si los atendemos tendrán lo que quieren, nos dejarán tranquilos, y mañana otra persona será su objetivo.

–Está bien, de acuerdo –farfulló Dana a regañadientes–. Bueno, veamos qué tienes aquí, Jasmine –murmuró, tomando una de las carpetas y empezando a hojear su contenido.

–Empecé a recopilar información sobre los proveedores de café y el cártel en el mes de abril… –comenzó a explicarle la periodista–… justo después de que estallara aquel artefacto en los almacenes de Danforth & Co. Ian ha visto toda esta información, pero le prometí que no la publicaría mientras no se aclare este asunto de Marc.

–Y has hecho bien –le dijo Dana–. Si no han quitado de en medio a Marc es probablemente porque el cártel lo está usando para presionar a Ian. Si hubieras publicado esta información, Marc habría dejado de serles útil.

Cuando las palabras hubieron abandonado sus labios Dana se dio cuenta de lo que había dicho, y el estómago le dio un vuelco ante la idea de que pudieran matar a Marcus.

Lo miró por el rabillo del ojo para ver su expresión, pero estaba absorto hojeando otra de las carpetas.

–Éstas son fotos que tomé de la gente que entraba y salía de las oficinas de los proveedores de café relacionados con el cártel, en la calle Montgomery –le explicó Jasmine a Dana, tomando otra carpeta.

Dana fue estudiando cada fotografía para luego ir pasándoselas a Marcus.

–Pude identificar a algunos de estos tipos, pero hay otros que no se quiénes son –dijo Jasmine–. Al principio fui a ese sitio sólo para hacer unas cuantas fotos para el artículo que quería escribir, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más cuenta me daba de que de día no había mucha actividad, ni entraba ni salía nadie importante. Así que empecé a vigilar el edificio de noche. Entonces fue cuando conseguí las mejores instantáneas.

Dana se fijó en una cara borrosa en una de las fotografías nocturnas.

–¿Éste es Escalante?

–No lo sé –respondió Jasmine–. Sólo he visto su foto en Internet –añadió pasándole a Dana una lupa para que lo viera mejor–. Sea quien sea llegó acompañado de unos cuantos tipos con aspecto de matones en un coche conducido por un chófer. Quizá sea Escalante.

Marcus permaneció callado mientras veían las fotografías. El pensamiento de que estaba mirando instantáneas de los narcotraficantes que llevaban meses amenazándolos, de los hombres que tenían su vida en sus manos, le estaba revolviendo el estómago.

Miró por encima la fotografía que tenía en la mano e iba a arrojarla sobre la mesa cuando se dio cuenta de algo que había pasado por alto.

–No puedo creerlo –comentó–. Jasmine, ¿te suena este tipo? –le preguntó, mostrándole la foto y señalando a uno de los hombres

que aparecía en ella.

Dana y Jasmine miraron la fotografía.

–Bueno, sí que me suena, pero no he logrado saber de qué –contestó Jasmine–. En el último mes ha ido a ese sitio al menos dos veces justo antes del amanecer.

Marcus sintió que le hervía la sangre.

–Hijo de… –masculló–. Éste tipo es David Chastain, ayudante del fiscal federal del distrito… y es quien… qué casualidad… es quien entabló la acción judicial de mi caso. Debe estar trabajando para el cártel y haberlos ayudado para conseguir que me acusaran falsamente.

–Una teoría interesante –dijo Dana–, pero por desgracia no tenemos pruebas.

–¿Qué más pruebas necesitas? –le espetó él–. Jasmine lo ha fotografiado entrando y saliendo a horas intempestivas de un lugar que sirve de tapadera al cártel.

Dana le puso una mano en el brazo.

–Cálmate, Marc. Se lo diré a mi jefe e investigaremos si tiene antecedentes. Y luego revisaremos sus cuentas bancarias y sus líneas de crédito.

–Eso llevará demasiado tiempo –masculló Marcus irritado–. Ya oíste a Ian. Sólo tenemos un par de semanas, y si en ese tiempo no hallamos el modo de probar mi inocencia, cederá al chantaje del cártel para impedir que vaya a prisión. No puedo permitir que eso ocurra.

–Mira, Marc, las prisas son malas consejeras –le dijo ella suavemente–. Si no nos andamos con cuidado podemos arruinar la investigación, así que hay que ir paso por paso, ¿de acuerdo? Ten confianza: encontraremos las pruebas que necesitamos.

Marcus farfulló algo entre dientes, sabiendo que de nada serviría discutir con ella, pero no iba a dejar que aquel sinvergüenza se saliese con la suya.

Dana le firmó a Jasmine un cheque por las fotografías y, señalándole una fotocopiadora que había al fondo de la sala, le pidió permiso para sacar copias de parte de sus documentos y notas y poder así mostrárselos a su jefe. Jasmine accedió, y se levantaron las dos, llevándose todas las carpetas con ella. Mientras Jasmine le indicaba cuáles podían serle de interés y Dana los iba fotocopiando,

Marcus se había puesto de pie y estaba paseándose por la habitación como un león enjaulado, dándole vueltas a la cuestión y pensando qué podría hacer para desenmascarar a Chastain.

–Jasmine… –dijo Dana unos minutos después, cuando estaba ordenando las fotocopias–. Estaba pensando… ¿Desde dónde tomaste estas fotografías? ¿Estabas en un coche en la calle?

Jasmine guardó la última carpeta en el portafolios y sacudió la cabeza.

–No, esa fue mi primera idea, pero habría sido demasiado arriesgado –dijo–. Me colé en un almacén abandonado que hay justo frente a esas oficinas.

–¿Te colaste?, ¿por dónde?

–En la parte de atrás los ventanales rotos están cegados con planchas de madera, pero hay uno que tiene medio arrancados los clavos que sujetan la plancha por la parte derecha, y puede apartarse lo suficiente para entrar.

–Mmmm… ya veo –murmuró Dana–. Bueno, gracias por todo, Jasmine. Nos has sido de muchísima ayuda.

Iban a acompañarla a la puerta de la sala de juntas para despedirla, cuando Marcus se dio cuenta de lo tarde que se había hecho, y propuso que se marcharan con ella. Dana puso mala cara al recordar que eso significaba que había llegado el momento de tener que afrontar a los reporteros que los esperaban abajo, pero finalmente accedió, porque, como le dijo Marcus, los malos tragos era mejor pasarlos pronto.

Cuando bajaban en el ascensor, a Marcus no le pasó desapercibido lo nerviosa que estaba.

–No tienes que hablar si no quieres –le dijo para calmarla–. Sólo con que estés a mi lado y sonrías causarás sensación. Las cámaras van a adorar esa preciosa cara que tienes –añadió, tomando su mano y apretándola suavemente para darle fuerzas.

–Sonreír es lo que más me va a costar –respondió Dana, pero echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla con una expresión decidida.

Cuando llegaron al vestíbulo se encontraron con que en realidad sólo había un puñado de gente de la prensa, que la mayoría eran fotógrafos, y que los pocos reporteros que había no parecían muy interesados en que les dedicaran largas parrafadas.

–¿Cuándo tienen pensado casarse? –les gritó uno, en medio de los flashes y clics de las cámaras.

–Tan pronto como nos sea posible –respondió Marcus en un tono despreocupado.

–¿No les preocupa tener que acabar celebrando la boda en la cárcel? –inquirió otro.

Y, antes de que Marcus pudiera contestar, Dana se volvió hacia el hombre con una sonrisa y le dijo:

–En absoluto. En este país la gente inocente no va a la cárcel por un delito que no ha cometido.

Los reporteros y fotógrafos allí congregados prorrumpieron en risas, y de nuevo hubo una ristra de clics y flashes mientras Marcus se inclinaba y le susurraba al oído:

–Bien hecho, Dana. Gracias.

Veinte minutos después Marcus les dio las gracias a todos y salieron del edificio. Tras despedirse de Jasmine, que se dirigió a su vehículo, Marcus y Dana fueron hasta donde él había dejado aparcada la ranchera, y segundos después se alejaban de allí, observando por el espejo retrovisor cómo salía la gente de la prensa y se dispersaba poco a poco.

–Bueno, creo que con eso bastará para que nos dejen tranquilos unos días –comentó Marcus.

–Eso espero –respondió ella–. Me duele la cara de tanto sonreír… –comentó frotándose las mejillas con las manos.

–En cuanto lleguemos a casa prepararé algo de cenar, y luego te daré un masaje en la espalda para agradecerte esa brillante parada que le hiciste a ese reportero.

Dana frunció el ceño ligeramente, pero luego extendió una mano para quitarse los zapatos, y le dijo:

–Que sea un masaje de pies. Pero antes necesito que vayamos a otro sitio. Quiero entregarle estas fotocopias y las fotografías de Jasmine a mi jefe, pero tendremos que asegurarnos de que nadie nos siga.

Y así, los veinte minutos que les habría llevado llegar a la granja desde las oficinas de Danforth & Co., se convirtieron en más de una hora, tiempo que Marcus dedicó a seguir pensando en cómo podría demostrar la conexión entre Chastain y el cártel, y salvar su pellejo.

Finalmente decidió que no había otro modo más que

introducirse de noche en el despacho de Chastain y rebuscar entre sus ficheros para ver qué encontraba. Quizá con algo de suerte diese con algo que pudiese servirle para incriminarlo. Sin embargo, Dana no le permitiría hacer algo así ya que era completamente ilegal, y posiblemente peligroso, pensó mirándola de reojo. Tendría que hallar el modo de salir de la casa sin que se enterase.

Al llegar a la granja la trató como a una reina, sirviéndole un bistec regado con su mejor vino, le preparó un baño y a medianoche la tenía sentada frente a la chimenea, completamente relajada por el efecto del alcohol, confiada… justo como había planeado.

Estirando los brazos, hizo una buena imitación de un bostezo, y le dijo poniéndose de pie:

–Bueno, creo que deberíamos irnos a dormir.

–Mmm –asintió ella–. Ha sido una velada maravillosa, Marc, gracias.

Marcus la ayudó a ponerse de pie, pero se tambaleó como una muñeca de papel y acabó derrumbándose contra su pecho. El tenerla acurrucada contra él, tan suave y tan cálida, hizo que por un momento Marcus considerase el olvidarse de Chastain y llevarla a su cama, pero luego se dijo que sería poco caballeroso aprovecharse de ella en ese estado, y se recordó que Dana le había dejado muy claro que sólo estaba allí para cumplir con la misión que el FBI le había encomendado.

Tomándola en volandas, la llevó al cuarto de invitados, y la depositó sobre la cama con mucho cuidado para no despertarla pues parecía que se había quedado dormida.

–Buenas noches, Dana –le susurró–. Dulces sueños.

Y permaneció en la habitación sólo un instante para taparla y apartar un ensortijado mechón de su rostro.

Caminando de puntillas por el pasillo hasta su dormitorio, decidió que esperaría una media hora para asegurarse de que estaba bien dormida antes de intentar salir de la casa, porque aunque por suerte Laddie estaba en casa de su vecino y no podría delatarlo, Dana tenía el sueño ligero.

Encendió el televisor que tenía en su habitación. No solía ver la televisión después de acostarse, pero en medio del ruido resultaría

más difícil que Dana lo oyese salir. Apagó la luz, y se tumbó en la cama a esperar.

Cuando ya casi estaba quedándose dormido y a punto de mandar el plan al diablo, supo que era entonces o nunca. Salió al pasillo sigilosamente con los zapatos en la mano, pasó por delante de la puerta cerrada de Dana, y se dirigió a la cocina, ya que había pensado salir por la puerta trasera de la casa. Entró a oscuras, y fue hasta la puerta, pero justo cuando estaba levantando la mano hacia el panel de la alarma para desactivarla, una imagen del pasado acudió a su mente, una imagen de sí mismo de adolescente, saliendo a hurtadillas de noche del internado al que su padre lo había mandado a estudiar.

¿Qué diablos estaba haciendo? Él, un hombre hecho y derecho, saliendo furtivamente de su propia casa…

Y entonces pensó en Dana, en el disgusto que se llevaría cuando descubriese que se había ido sin ella. Por alguna razón de pronto el estar pensando en engañarla lo hizo sentirse como un canalla.

Dejando los zapatos en el suelo se dio la vuelta y encendió la luz de la cocina. No; si iba a buscar las pruebas para demostrar su inocencia, no podía irse sin ella. Volvió sobre sus pasos, encendiendo las luces, y se preparó para la oposición de Dana. No iba a dejar que lo disuadiese. Iría con o sin ella, pero tendría que escucharlo.

Sin embargo, para su sorpresa, cuando abrió la puerta de la habitación de Dana se la encontró levantada y completamente vestida.

–¿Has cambiado de idea? –le preguntó sin mirarlo, mientras comprobaba su pistola.

–¿Tú… lo sabías?

Dana emitió una risa gutural.

–Bueno, es lo que yo habría hecho en tu lugar –respondió, guardando el arma en la funda que colgaba de su hombro, y poniéndose la chaqueta–. No te habría dejado ir más allá de la puerta… pero me alegra que decidieras no irte sin mí.

Marcus se aclaró la garganta.

–¿Quieres decir que vas a venir conmigo a registrar el despacho de Chastain?

–No. Eso sería ilegal… y probablemente no nos serviría de nada.

Aun en el supuesto de que hubiera algún documento en ese despacho que pudiera servirnos para incriminarlo, estará guardado en su ordenador, con una clave de acceso, no en cualquier cajón para que alguien pueda encontrarlo. Además, creo que será mejor que dejemos que mis compañeros se ocupen de él.

–Entonces, ¿dónde vamos?

Dana sacó las llaves del sedán de su bolso y salió al pasillo.

–Al almacén abandonado de la calle Montgomery –respondió.

Tres horas y cuatro cafés más tarde, el silencio del sucio almacén estaba a punto de hacer enloquecer a Dana. Durante la última hora Marcus había estado sentado junto al ventanal, vigilando con unos prismáticos la entrada del edificio de los proveedores de café.

Hizo un par de ejercicios isométricos con los muslos y los antebrazos, y finalmente decidió romper el silencio.

–Bueno, creo que ésta debe ser la ocasión aburrida a la que te referías la otra noche. Mientras estemos atentos, no veo motivo para que no podamos hablar –dijo–. ¿Por qué no me cuentas qué fue eso que te ocurrió hace un año e hizo que renunciaras a las mujeres?

A la luz de las farolas del callejón, que entraba por los sucios ventanales, Dana lo vio contraer el rostro.

–¿Por qué quieres saberlo? –inquirió Marcus–. No descubrí que tenía una enfermedad incurable ni nada parecido, si es lo que estás pensando.

Cuando ella no dijo nada, Marcus pareció rendirse finalmente.

–Está bien. Ya que tanto te interesa, te hablaré del que fue el momento más vergonzante de mi existencia. De todos modos si no te lo cuento acabarás sabiéndolo por uno de mis hermanos o de mis primos, así que…

Sin apartar los prismáticos de sus ojos, se apoyó en la enorme y polvorienta caja de madera que tenía detrás.

–Hace algo más de un año, me creía poco menos que el amo del mundo. La vida parecía sonreírme: me había comprometido con Alicia, la novia que tenía desde la universidad e íbamos a casarnos en breve; estábamos redecorando la casa de la granja para empezar allí nuestra vida juntos; había sido nombrado asesor jurídico de la empresa de mi familia; y mi mejor amigo, con el que había

compartido habitación en la facultad, acababa de mudarse cerca de mí e iba a ayudarme a fundar una institución benéfica.

–¿Una institución benéfica?

Dana vio a Marcus asentir con la cabeza en la penumbra.

–La Fundación Danforth. Quería que nuestra familia se convirtiese en adalid de una causa importante. Incluso mi padre estaba dispuesto a apoyar mi idea; pensaba que sería bueno para su carrera política.

–¿Y qué pasó? ¿Llegasteis a fundar esa institución?

–No –respondió él de un modo abrupto. Inspiró profundamente, y Dana supo que estaba armándose de valor para decir algo que le resultaba doloroso–. Yo… era bastante orgulloso por aquel entonces. Me creía mejor que mis hermanos y mis primos, que hasta entonces no habían conseguido tener una relación estable, ni encontrar a alguien que los amase –añadió sacudiendo la cabeza tristemente–. Y entonces, el otoño pasado, un día pude escaparme de una cena de negocios a la que tenía que acudir, y llegué temprano al apartamento que compartía con Alicia. Las luces estaban apagadas cuando entré, así que pensé que ya estaría dormida. Me quité los zapatos, y fui de puntillas hasta el dormitorio.

Marcus suspiró y tardó tanto en proseguir, que Dana empezó a temer por lo que fuera a decir.

–Oí un ruido en el dormitorio, un ruido que ningún hombre enamorado debería oír jamás… –dijo finalmente, estremeciéndose– … y cuando encendí la luz me encontré a mi prometida entregada a una pasión frenética a horcajadas de Ben, mi mejor amigo.

Capítulo Siete

Dana apretó los labios para ahogar el gemido de espanto que estuvo a punto de salir de su garganta. Sabía que Marcus se molestaría si supiese que sentía lástima de él, pero, ¿cómo no sentirla? Sentía lástima, sí, pero también otras cosas, como rabia e ira.

¿Cómo podían haberle hecho algo así su prometida y su mejor amigo? Con todos los tipos detestables que había por el mundo, ¿por qué tenía que ser siempre la gente buena la que resultase herida?

–¿Y qué hiciste? ¿Los mataste? –comentó mirando al suelo incómoda–. Dudo que ningún jurado te hubiese condenado si lo hubieras hecho.

Oyó a Marcus reírse entre dientes, y se sintió aliviada de no haberle dicho cuánto lo sentía, o algo por el estilo.

–No, aunque he de admitir que en ese momento se me pasó por la cabeza el hacerlo –respondió soltando los prismáticos y tomando un sorbo de café frío–. Lo que hice fue alejarme de allí, para lamerme las heridas. Luego me mudé a la granja porque creí que me vendría bien cambiar de ambiente, distanciarme de mis recuerdos… y me volqué en el trabajo. En este último año apenas he tenido vida social, a excepción de los actos benéficos a los que he tenido que asistir en nombre de mi familia –añadió. Se quedó callado un instante, y de pronto soltó una risa amarga–. Y claro, cómo no, para colmar mi mala suerte Escalante tuvo que elegirme a mí precisamente para organizar un montaje con el que conseguir sus propósitos, y a menos que consiga las pruebas necesarias para demostrar mi inocencia acabaré en la cárcel.

Después de aquella confesión, Marcus se quedó callado, y como ella tampoco hizo intención de hablar permanecieron en silencio allí sentados mientras la noche daba lentamente paso a la aurora.

Durante esos minutos, sin embargo, Dana tomó dos decisiones: una, que aunque le llevara el resto de su vida perseguirlo hasta dar

con él, Escalante se arrepentiría de haberse metido con Marcus Danforth; la otra, que curaría el alma herida de Marcus.

No tenía ninguna experiencia en el terreno sexual, pero siempre había una primera vez para todo, y quería devolverle a Marcus su amor propio. Para un hombre que rezumaba sensualidad por todos los poros de su cuerpo, había estado demasiado tiempo guardando celibato.

La asaltó por un momento la duda de si no querría hacer aquello por razones puramente egoístas, como que ansiaba explorar la atracción que había experimentado hacia él, pero se negó a creerlo. Prefería pensar que iba a hacer aquello sólo por salvar a un alma buena y noble de la solitaria vida a la que se había condenado.

Además, era consciente de que nunca podrían tener una relación seria. De hecho, precisamente por las diferencias insalvables que había entre ellos haría las cosas más fáciles, porque él no se sentiría obligado de ningún modo hacia ella. Satisfarían la curiosidad mutua surgida de aquella atracción, y luego cada uno seguiría su camino.

–Casi ha amanecido –le dijo al cabo de un rato suavemente a Marcus–. Deberíamos salir de aquí antes de que el barrio empiece a despertar y alguien nos vea –añadió recogiendo los vasos de plástico, y doblando luego la manta que habían extendido en el suelo para sentarse.

–Y pensar que no ha aparecido nadie en toda la noche… –farfulló él con fastidio.

–Suele ocurrir –dijo Dana–. Cuando en un caso que me encargan tengo que quedarme vigilando escondida, sé que la mayoría de las veces sólo me esperan horas y horas de aburrimiento, con algún que otro minuto de pánico por la posibilidad de ser descubierta.

–¿Podríamos probar esta noche de nuevo?

Dana ladeó la cabeza.

–No creo que sea una buena idea. Le pediré a mi jefe que seleccione a un equipo que tome el relevo.

Marcus cerró los ojos irritado, e hizo un esfuerzo para no alzar la voz.

–Pero es que necesito hacer algo, Dana –siseó–. No puedo… no puedo quedarme sentado esperando a que me salven otras personas.

–Te mantendremos informado, te lo prometo –le dijo ella mientras se dirigían hacia el ventanal en el extremo opuesto por el

que habían entrado–. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Tienes hambre… sueño… quieres darte una ducha?

Marcus apartó la plancha de madera para que Dana saliera, y él salió detrás.

–No, gracias, «mamá», estoy bien –masculló.

¿Cómo podía haberse convertido su vida en un desastre tan absoluto?, se preguntó mientras seguía a Dana al lugar donde había dejado aparcado el coche. Se sentía tan impotente como años atrás, cuando había muerto su madre. Trató de pensar qué lo había ayudado a superar aquellos duros momentos. Entonces había sido sólo un niño, pero creía recordar que algo lo había aliviado. ¿Qué había sido?

Pensó en sus hermanos mayores, que habían reaccionado portándose mal para expresar el dolor y la frustración que los atenazaba por no poder aceptar la muerte de su madre. Pero, ¿y él?, ¿qué había hecho él?

Y entonces lo recordó.

–Dana, ¿has visto alguna vez el amanecer en la playa?

–¿Qué? –inquirió ella, deteniéndose a unos pasos del coche.

Marcus esbozó una sonrisa vergonzosa.

–Bueno, quizá sí lo hayas visto, pero no desde la cala de Crofthaven. Eso es lo que quiero hacer. ¿Te importaría?

–¿Cómo?

–Quiero ir a ver el amanecer en la cala privada que hay en Crofthaven. ¿Podríamos ir?

–Bueno, no sé, supongo que sí… ¿No molestaremos a nadie a estas horas?

–No hay nadie en la casa, a excepción del servicio, y mi padre está de viaje por la campaña electoral. Además, es el mejor sitio que conozco para estar tranquilo, y para pensar.

–Está bien, iremos –consintió Dana con una sonrisa–, aunque creo que lo que deberías hacer es dormir. Necesitas descansar.

Dormir era lo último en lo que podía pensar Marcus cuando una media hora después llegaban a Crofthaven y bajaban a la cala. Se sentía tan excitado como si volviera a ser aquel chiquillo de hacía años, que había considerado aquello su santuario, el lugar donde se sentía a salvo y en paz.

El cielo nocturno estaba ya casi difuminado por completo por los

colores rosados y dorados del amanecer mientras conducía a Dana a la cala por un camino rocoso que discurría entre arbustos y dunas de arena.

–¡Oh, Marc, esto es precioso! –exclamó Dana maravillada, contemplando el océano–. ¿A esta hora hay marea alta o baja?

Marcus se encogió de hombros.

–No lo sé, pero por si acaso nos sentaremos alejados de la orilla.

Dana chasqueó los dedos.

–Vaya, podíamos habernos traído la manta. Voy un momento al coche a por ella.

Marcus la observó mientras se alejaba corriendo, embelesado con sus gráciles movimientos y con el modo en que el cabello ensortijado le ondeaba sobre la espalda, agitado por el viento.

De pronto se sentía extraño. Quizá fuese porque por fin se había desahogado al relatarle a Dana la traición de su ex prometida y del que había sido su mejor amigo. Nunca antes le había contado la historia completa a nadie, y lo cierto era que al haberlo hecho le había sonado más como algo que daba risa que como algo despreciable.

De hecho, lo que no había llegado a decirle a Dana era que cuanto más recordaba el momento en que había pillado a Alicia haciéndolo con Ben, más claro veía que nunca la había amado.

No creía que pudiera perdonarla nunca, y menos a su amigo. Tardaría mucho en superar el dolor que le había causado la traición de Ben.

En menos de cinco minutos Dana había regresado. Atrajo su atención agitando la mano desde lo alto de una duna, devolviéndolo al presente, y comenzó a descender de nuevo por el camino para reunirse con él. Le recordaba a una gitana, con esos enormes ojos castaños, la piel dorada, y el cabello rizado rodeando su cabeza como un halo.

Le había resultado tan fácil hablar con ella que todavía no se lo creía, pero no se arrepentía en absoluto de haberle contado toda la historia.

Mientras la ayudaba a extender la manta sobre la arena, una sensación de profundo bienestar lo invadió. De niño su abuela le había dicho muchas veces que todo ocurría por alguna razón. Quizá entonces el destino había querido que él fue el Danforth a quien el

cártel metiera en problemas, para que su camino se cruzara con el de Dana, y quizá ella había estado destinada desde un principio a ser la agente a la que el FBI le asignara aquel caso para devolverle la tranquilidad de espíritu que había perdido.

Dana se sentó al estilo indio sobre la manta, y fijó la vista en el Este, en el sol naciente. Marcus arrojó a un lado sus zapatos y sus calcetines, se sentó junto a ella, y durante unos quince minutos permanecieron los dos en silencio, observando cómo el sol teñía la superficie del mar con tintes sonrosados.

–Quítate los zapatos y ponte cómoda –le sugirió Marcus a Dana.

El sol estaba comenzando a calentar la arena, y hundió los dedos de los pies en ella como había hecho tantas veces de niño.

–¿Estás más relajado ahora que estamos aquí? –le preguntó Dana, siguiendo su ejemplo y riéndose.

–Bueno, quizá no del todo, pero lo voy consiguiendo.

–Bien –contestó ella, sacándose la chaqueta y quitándose también la funda con la pistola–. Podrías intentar dormir un poco. Lo necesitas. Lo peor que hay para la salud es no dormir lo suficiente.

–Pues tú no duermes mucho que digamos…

–Lo que ocurre es que no necesito dormir muchas horas seguidas –replicó ella–. Supongo que es porque tengo un metabolismo rápido. Pero siempre intento echar un par de siestas cortas durante el día. Me despeja la cabeza. ¿Por qué no lo intentas?

Comprobó que estuviera puesto el seguro del arma, y la ocultó junto con la funda bajo el extremo más alejado de la manta.

–¿Seguro que no vendrá nadie aquí? –le preguntó a Marcus, remangándose el bajo de los vaqueros.

–No. Como te he dicho ésta es una cala privada.

Marcus se quitó la chaqueta y decidió que hacía bastante calor como para desprenderse también del polo que llevaba debajo. Los enrolló, y los colocó bajo su nuca, a modo de almohada.

Alzó la vista a las nubes entre blancas y grisáceas del cielo, y oyó a Dana suspirar. Sin embargo, no giró la cabeza. No se atrevía a hacerlo. Temía que su deseo fuese demasiado evidente en su mirada, y se había prometido que no iba a presionarla, así que cerró los ojos e inspiró una bocanada de aire marino.

Durante unos minutos intentó vaciar su mente de pensamientos

y trató de descansar, pero le resultaba difícil concentrarse en nada con Dana sentada tan cerca de él.

Finalmente, incapaz de resistirse, se tumbó sobre el costado, y apoyó la cabeza en la mano para poder mirarla. Ella también se había tendido de lado, enfrentada a él, pero tenía los ojos cerrados y su cabeza descansaba sobre un brazo. Era tan hermosa…

Sedosos rizos negros caían en cascada sobre su mejilla y su fino cuello. El escote en uve de su camiseta dejaba al descubierto la curva de uno de sus senos, y Marcus tuvo que inspirar profundamente para mantener las manos quietas.

Aunque hacía más de un año desde la última vez que había sentido el peso de un pecho femenino en su mano, para un hombre era imposible olvidar algo así. De hecho, mientras la miraba, su cuerpo reaccionó como era previsible, y tuvo que apretar los dientes para controlarse al notar cómo se le tensaban los músculos y cierta parte de su anatomía se endurecía.

Continuó su recorrido visual por el cuerpo de Dana, y sus ojos se detuvieron en su estrecha cintura, y luego en las redondeadas caderas que daban paso a aquellas piernas tan increíblemente largas. Una visión repentina de esas piernas rodeándolo en un estrecho abrazo hicieron que volviera a subir bruscamente la mirada al tronco, y entonces advirtió que los pezones de Dana se habían endurecido, y se marcaban bajo la tela de la camiseta. Alzó la vista a su rostro, y la encontró observándolo con los párpados casi cerrados, como si le pesaran de deseo. Dana no rehuyó su mirada, y una oleada de intenso calor invadió todo el cuerpo de Marcus.

–Yo… yo… sólo estaba…

Pero Dana le impuso silencio poniendo los dedos sobre sus labios.

–No hace falta que me expliques nada. Me gusta cuando me miras así.

Marcus sentía el corazón latiéndole salvajemente en el pecho.

–Creía que habías dicho que no querías… –balbució. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo–. Me dijiste que no…

–Sé lo que dije –murmuró Dana, sosteniéndole la mirada mientras su mano descendía vacilante a su pecho–, pero me has hecho cambiar de opinión. Llevo queriendo tocarte desde el

momento en que te vi –le confesó, dibujando círculos en su tórax con los dedos, y deteniéndose un poco más en los pezones, antes de descender hacia su estómago.

Cada una de las terminaciones nerviosas del cuerpo de Marcus parecieron despertar del largo letargo en que se habían sumido durante el último año. Alzó una mano a la mejilla de Dana para apartar un mechón y remeterlo detrás de su oreja, y no pudo reprimir la tentación de acariciar la suave piel de su rostro y trazar la línea de su mandíbula.

Marcus no sabía qué había provocado aquel repentino cambio de opinión, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Dejó que sus dedos se deleitaran un poco más en la superficie aterciopelada de su rostro, y luego los hizo descender por la garganta, para detenerse en la vena que había en la base y sentir su pulso, tan fuerte y acelerado como el suyo.

Dana cerró los ojos, temerosa de que le dejaran entrever a Marcus su vulnerabilidad, pero por el modo en que entreabrió sus labios sonrosados ligeramente y arqueó la espalda, Marcus supo que estaba excitándose tanto como él.

Con la cabeza mareada por las sensaciones que estaban invadiéndolo, rodó sobre el costado, se inclinó sobre Dana, y rozó suavemente su boca con la de ella. Aquel leve beso era lo más lejos que pretendía ir, pero el tacto satinado de sus labios y el gemido que escapó de su garganta lo hicieron estremecerse por dentro.

Tomó la barbilla de Dana con una mano, y se abandonó a la seducción de su dulce boca en un beso largo y apasionado, haciéndola incorporarse con él de modo que los dos quedaron sentados, él con las manos en su cintura, y ella con ambos brazos rodeándole el cuello.

–Déjame tocarte –susurró Marcus contra sus labios, mientras sus manos subían y bajaban por la espalda de Dana, deslizándose sobre la camiseta.

Dana se echó ligeramente hacia atrás para mirarlo.

–¿Seguro que esta playa es privada? –inquirió con la voz ronca de deseo.

–Seguro –respondió él. Sin perder un segundo, le sacó la camiseta por la cabeza, y al mirarla se quedó extasiado y gimió antes de murmurar–. Dios, eres preciosa…

Un sencillo sostén blanco de algodón cubría sus generosos senos, y a través de él se traslucían las oscuras areolas y los pezones que se habían endurecido bajo su hambrienta mirada. Marcus se quedó allí sentado, boquiabierto, admirando tan tentadora visión.

–Marc… por favor… –jadeó Dana tomando sus manos y poniéndolas sobre sus senos–. Acaríciame… –le rogó.

Marcus trazó círculos en torno a sus pezones con los pulgares, manteniendo los ojos fijos en los suyos, y observando cómo se dilataban sus pupilas. Habría querido ir despacio, saborear el rubor con que el deseo estaba tiñendo sus mejillas, pero la deseaba como no había deseado jamás a ninguna mujer y estaba intrigado. ¿Qué tenía Dana que la hacía tan distinta? ¿Por qué perdía el control sobre sí mismo cuando estaba con ella?

–¿Quieres más? –le preguntó en un susurro.

Dana asintió con la cabeza, pero no apartó sus ojos de los de él.

Marcus extendió las manos por detrás de su espalda y le desabrochó el sostén. Luego deslizó los dedos bajo los tirantes, y los atormentó a ambos bajándolos muy despacio por sus hombros, hasta que Dana finalmente bajó los brazos para dejar caer la prenda y la arrojó a un lado.

Una vez más Marcus se quedó sin aliento al admirar la belleza de su cuerpo. La observó durante tanto rato, que Dana comenzó a sentir vergüenza y subió los brazos para taparse, pero él la agarró por las muñecas y los apartó.

–Parte de la diversión consiste en mirar, Dana –le dijo–. No me ocultes tu cuerpo. Es precioso.

Tomó los senos de la joven en las palmas de sus manos, e inclinó la cabeza para tirar de un pezón con los labios, lamiéndolo luego con la lengua.

–Mirar… tocar… saborear… con todo ello experimentas placer… –añadió en un susurro contra su piel.

Sopló una bocanada de aire cálido sobre la punta de su seno, y después la mordisqueó suavemente. Dana se arqueó hacia atrás, y se revolvió mientras él comenzaba a succionar la areola de un modo insistente.

Alzando la vista hacia su rostro, Marcus vio que su respiración se había tornado agitada, que tenía de nuevo los labios entreabiertos, y que sus ojos llameaban de deseo. Dana se aferró a

sus hombros, clavándole las uñas, y Marcus sintió una nueva punzada de deseo.

La empujó con el peso de su cuerpo, haciéndola caer de espaldas sobre la manta, e introdujo un muslo entre sus piernas. Luego la besó en la garganta, abrió la boca, y comenzó a succionar su delicada piel, para después descender hacia la curva de un seno, dejando un reguero húmedo con la lengua.

Dana se arqueó hacia él, empujando las caderas, pero Marcus se incorporó un poco para seguir bajando hasta llegar a su ombligo, que también besó y lamió a placer. Cuando alcanzó la cinturilla de los vaqueros, le bajó la cremallera con decisión, y le sacó los pantalones para arrojarlos luego por encima de su hombro, dejándola vestida sólo con unas braguitas de algodón y encaje.

Cuando cubrió su monte de Venus con la boca la sintió estremecerse, pero no se detuvo, sino que descendió beso tras beso por un muslo, para luego cambiar al otro y hacer lo mismo en sentido inverso, deleitándose en sus gemidos ahogados y en la humedad que halló en el valle entre sus piernas.

Los dedos de Dana se enredaron en su cabello, tirando hacia atrás de su cabeza para besarlo con un ansia desmedida, y a Marcus lo excitó ver que la agitaba el mismo frenesí que a él. Dana, la dura agente del FBI, ardiendo de pasión por él… ¿Qué podía hacer él sino complacerla y responder a ese fuego con más fuego?

Cuando Dana buscó su cremallera con manos temblorosas, la ayudó a desvestirlo, y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, inclinándose para tomar sus senos en su boca una vez más.

Cuando empezó a tantear su rígido miembro, los ojos de Dana se abrieron como platos, y Marcus la dejó hacer encantado durante un rato, pero apartó sus manos antes de que lo hiciera perder el control. Dana volvió a rodearle el cuello con los brazos y, retorciéndose ansiosa debajo de él, le suplicó:

–Por favor, Marc… por favor…

Marcus aceptó su invitación. Le quitó las braguitas, le abrió las piernas, y la tocó en la parte más íntima de su ser, comprobando si estaba lista para él. Halló sus pliegues húmedos, calientes, tentadores…

Dana frotó las manos por su pecho, estimulando sus pezones y siguiendo cada músculo que se marcaba bajo la piel. Apoyándose en

un brazo, Marcus tomó por debajo las nalgas de Dana con la mano libre y alzó sus caderas hacia las de él… al fin… La penetró muy despacio, estremeciéndose con el intenso placer que lo invadió, pero de pronto notó que Dana se tensaba, y advirtió que algo obstaculizaba su avance.

Se detuvo, y levantó la cabeza.

–Dime que no eres virgen… no puede ser… –jadeó, intentando aclarar su mente, enturbiada por el deseo.

–Por favor, Marc, te necesito… –casi sollozó Dana.

Aquel ruego desesperado podría no haber sido suficiente para hacerle perder la razón, pero cuando la joven le rodeó la cintura con las piernas, atrayéndolo más adentro de su maravillosa calidez, no pudo resistirse.

De pronto se encontró en el ojo de un huracán de fuego y palpitante pasión con Dana retorciéndose, gimiendo, y suplicando debajo de él.

Finalmente Marcus cedió, y con una embestida certera venció su resistencia, hundiéndose en su interior. De la garganta de Dana escapó un grito salvaje, y se estremeció violentamente, clavándole las uñas con más fuerza y mordiéndolo en el cuello mientras su cuerpo se acomodaba a la invasión. Cuando la notó relajarse, Marcus volvió a moverse, y pronto ella empezó a responderle. A Marcus le encantó el modo casi animal en que empujaba sus caderas contra las de él, y la atrajo más hacia sí, embistiéndola con fuerza hasta que los dos alcanzaron la cima del placer. Luego, se dejó ir, sintiendo que el mundo y sus problemas se disolvían en esos instantes gloriosos, convirtiéndose en poco más que vagos recuerdos, como si Dana y él fueran las únicas almas sobre la faz de la Tierra.

Capítulo Ocho

«¿Qué he hecho?».

Dana se esforzó por recobrar el aliento mientras el corazón le latía todavía salvajemente en el pecho. Hacer el amor con Marcus había sido la experiencia más increíble y más hermosa de toda su vida.

Marcus depositó un beso en su cuello con tal ternura que casi le pareció que el corazón fuese a estallarle en el pecho.

Parecía haberse vuelto loco al ver que ella también lo deseaba, y tanto cuando la había visto vacilar, como cuando le había pedido más, se había mostrado más que dispuesto a complacerla en cada uno de sus deseos. Había dejado que fuese ella quien llevase la voz cantante, le había dado el control, mientras que él se había concentrado en mostrarle el placer que su cuerpo podía llegar a experimentar.

Marcus incorporó un poco el tronco apoyándose en los codos, y la miró a los ojos.

–Dana… –murmuró–. ¿Estás bien?

Ella asintió, pero tuvo la impresión de que no iba a gustarle la conversación que iban a tener. Había tintes de culpabilidad y arrepentimiento en la voz de Marcus.

–Eras virgen –le soltó de repente.

A Dana le sonó como una acusación en vez de como la simple afirmación que era.

–Tú lo has dicho; lo era –admitió–. Y ahora déjalo estar, ¿quieres? No tenemos por qué hablar de ello. No tiene importancia.

–Pues a mí sí me importa –replicó él, acariciándole con una lenta pasada de la mano el hombro y el brazo–. Eres tan hermosa, tan… sensual.

El sol del amanecer arrancaba reflejos rojizos de su cabello castaño, y en ese momento le pareció tan increíblemente guapo, tan perfecto, que los ojos se le humedecieron.

La expresión de Marcus se tornó muy seria.

–Oh, Dios, Dana… Yo… yo no pensé que fueras virgen. No eres una adolescente y… bueno, eres agente del FBI, así que creí… –balbució, tan exasperado consigo mismo que a Dana le pareció adorable–. He sido muy brusco, y encima no he usado preservativo… y para empezar no debí perder el control y dejar que esto ocurriera –se inclinó hacia delante y murmuró contra sus labios–: Por favor, perdóname.

–No hay nada que perdonar –respondió ella, y se quedó callada un instante antes de continuar, escogiendo cuidadosamente sus palabras–. En el barrio donde crecí, en los suburbios, si una chica se ganaba la reputación de «fácil» podía acabar siendo violada por una banda –le explicó sin mirarlo–, así que me juré a mí misma que no cedería ante ningún chico que intentase convencerme para tener relaciones sexuales con él, y también que aprendería a defenderme para que nunca pudiesen forzarme –entonces alzó la vista y buscó sus ojos–. Y luego, cuando ingresé en Quantico, para recibir el entrenamiento profesional que necesitaba para entrar en el FBI, la idea de seguir siendo virgen a mi edad me daba tanta vergüenza, que no me atreví a salir con ningún compañero por temor a que se supiese. Siempre decía que tenía un novio que vivía fuera de la ciudad, y pasaba sola los días libres y las vacaciones –tragó saliva antes de continuar–. Pero hoy… supe que quería que mi primera vez fuera contigo, cuando te vi esa… desesperación y ese deseo en tus ojos –acarició el puente de la nariz recta de Marcus, y trazó después el contorno de sus labios con el índice–. Y me alegro de haber esperado; ha merecido la pena.

–Dana… –murmuró Marcus emocionado. Tomó el dedo de la joven en su boca, succionándolo suavemente, y se apretó contra ella, haciendo que su pecho se frotase contra los senos de ella–. Creí que nunca volvería a hacerle el amor a una mujer. La sola idea me había parecido totalmente imposible después de lo que ocurrió el año pasado, pero… de pronto… apareciste tú y perdí la razón…

La besó con una fiereza que la hizo estremecer, como si sus labios fuesen agua y él no hubiese probado gota en días y días.

–Creía que mi ansia de ti se saciaría cuando al fin te hiciera mía, pero no ha sido así. Quiero aún más… quiero hacerte el amor una y otra vez… –jadeó contra sus labios.

Se inclinó, y Dana dio un respingo cuando sintió nuevas

descargas de placer que se extendían por todo su cuerpo desde el punto donde su erección estaba enterrada, en su interior. Había creído que le llevaría más tiempo recuperarse, pero de pronto Marcus estaba moviéndose otra vez, empujando sus caderas contra las de ella, y provocando con cada embestida ráfagas de placer que llegaban a cada terminación nerviosa de su ser.

Esa vez sus movimientos fueron más lentos, más lánguidos, y Dana tuvo la impresión de que estuviese abrasándola por dentro. Mientras reavivaba las llamas del deseo en ella, Marcus comenzó a besar uno de sus senos al tiempo que estimulaba el pezón del otro tirando suavemente de él con dos dedos, y Dana sintió como si todo su cuerpo se volviera líquido, ardiente lava.

Aquella vez la explosión final fue aún más intensa y le sobrevino con tal rapidez que la dejó completamente aturdida, y por unos instantes tuvo la impresión de haber abandonado su cuerpo, pero los brazos de Marcus la estrecharon con fuerza, devolviéndola a la realidad, y rodó con ella hacia un lado para que no tuviera que soportar su peso.

Yacieron largo rato así, abrazos el uno al otro sobre la manta, embriagados por el placer que se habían dado, con los primeros rayos del sol calentando sus cuerpos desnudos y la brisa del océano despeinándoles el cabello. Marcus cerró los ojos, concentrándose en la cálida sensación de Dana, acurrucada contra su cuerpo, y ella se quedó escuchando cómo su respiración se iba normalizando de nuevo hasta que cayó en los brazos de Morfeo.

La joven permaneció echada, allí a su lado, observándolo mientras dormía. Debería sentirse feliz, pero un sentimiento de ansiedad estaba anidando en su pecho.

Nunca en su vida había experimentado nada parecido a lo que acababa de experimentar con Marcus, ni nunca nadie la había hecho arder de deseo como lo había hecho él.

Aquello no podía ser nada bueno. Que un hombre la afectara de esa manera podía acabar haciéndola vulnerable, dependiente. Y que fuera un hombre como Marcus Danforth quien la afectara así sólo podía acabar en catástrofe, porque una relación entre ellos era del todo imposible.

Había cometido un grave error al entregarse a él. Tenía que hacer que las cosas volviesen a ser como antes entre ellos, volver al

trato meramente amistoso y a ser la agente seria y profesional del FBI que pretendía ayudarlo a demostrar su inocencia.

Un leve cosquilleo en la piel arrancó a Marcus del profundo sueño en el que se había sumido. Cuando abrió los ojos, se encontró a Dana acuclillada junto a él, completamente vestida, vertiendo arena lentamente sobre su pierna derecha.

–Buenas tardes –le dijo quedamente–. Me daba pena despertarte, pero se estaba haciendo tarde y el cielo se estaba oscureciendo tanto que temía que terminase lloviendo.

Marcus sonrió, y extendió una mano hacia ella para atraerla hacia sí y besarla, pero Dana se incorporó y dio un paso atrás. El corazón le dio un vuelco, y la sonrisa se borró de sus labios, llevándose consigo el sentimiento de dicha con que se había despertado, que fue reemplazado por uno de temor.

–Será mejor que te vistas –le dijo Dana en un tono frío–. Se está haciendo tarde –repitió apartando la mirada de él mientras frotaba una mano contra la otra para quitarse la arena.

–Dana… ¿qué es lo que pasa? –le preguntó Marcus, con el corazón latiéndole de tal modo que parecía que fuese a salírsele del pecho–. Háblame, Dana, maldita sea.

–No pasa nada –contestó ella sacudiendo la cabeza y alejándose otro paso de él–. Parece que va a llover, y si queremos conseguir esas pruebas, creo que no deberíamos perder más tiempo. Tenemos que planificar en serio cómo vamos a proceder, y se me han ocurrido unas cuantas ideas que quiero discutir contigo.

–¿Qué? Espera un momento –dijo Marcus entre irritado e incrédulo.

Estiró el brazo para recoger sus pantalones antes de ponerse de pie, se los metió apresuradamente, y fue hasta donde estaba Dana, que se había vuelto de espaldas y estaba observando el camino por el que habían bajado a la cala. La agarró por el hombro, y la hizo volverse hacia él.

–Dana… –le dijo con voz quebrada por las emociones que lo agitaban–. Por favor, háblame. ¿Te arrepientes de lo que hemos hecho? ¿Estabas mintiendo cuando me dijiste que querías que tu primera vez fuera conmigo?

Cuando Dana lo miró a los ojos, Marcus volvió a vislumbrar en los de ella aquel atisbo de vulnerabilidad que había visto otras veces, pero con la misma rapidez su mirada se tornó dura como el acero.

–No, Marc, no te mentí, y tampoco me arrepiento. De hecho, has sido tan paciente conmigo que has hecho que la experiencia haya sido muy placentera.

¿Una experiencia placentera? ¿Era eso todo lo que había sido para ella? Si lo hubiera golpeado con un ladrillo en la cabeza se habría quedado menos aturdido que al oír esas palabras. Resultaba irónico que una palabra con connotaciones positivas pudiese haber hecho surgir en él una ira tan grande como la que lo estaba sacudiendo por dentro en ese momento.

–¿Qué…? –comenzó, pero la voz se le quebró y tuvo que tragar saliva antes de volver a hablar–. ¿Qué estás tratando de decirme, Dana?

–No estoy tratando de decirte nada –contestó ella, echándose bruscamente hacia atrás para soltarse, pues aún la tenía agarrada por el hombro–. Ha estado bien, hemos pasado un buen rato, pero no creo que debamos permitir que esto nos distraiga de nuestro objetivo: encontrar esas pruebas con las que demostrar tu inocencia.

Marcus maldijo para sus adentros. Lo que Dana decía era razonable, y no podía acusarla de nada cuando le había dejado claro que estaba allí para cumplir con su deber, no para satisfacer sus apetitos, pero, ¿por qué entonces se sentía tan dolido?

No podía creer que hubiera vuelto a pasarle. Por segunda vez se había comportado como un ingenuo con una mujer, y por segunda vez había salido escaldado. ¿Se podía ser más estúpido?

A partir de ese momento endurecería su corazón cuando estuviese cerca de ella o de cualquier otra mujer que tuviera la clase de influencia que ella ejercía sobre él. Se aprovecharía de sus conocimientos y su experiencia para salir del atolladero en que se encontraba, pero nunca volvería a poner en riesgo su corazón.

–Por mí perfecto –contestó finalmente entre dientes, mientras recogía la manta y le sacudía la arena–. Cuanto antes me vea libre de este embrollo, mejor.

En los días siguientes Marcus se volcó en su trabajo. No había otra cosa que hacer, ya que sólo podían esperar a que el cártel moviese pieza.

La frustración que sentía era cada vez mayor, y tenía la sensación de que si no ocurría algo pronto explotaría. Y la situación entre Dana y él no ayudaba demasiado. Pensando que quizá se había sentido abrumada, se había propuesto no presionarla y dejarle su espacio, y en todos esos días ni siquiera la había rozado, pero cuanto más tiempo pasaban juntos, más confuso se sentía respecto a ella.

En cambio, respecto a Escalante y a Chastain no se sentía confuso en lo más mínimo. Lo que sentía eran deseos de estrangularlos con sus propias manos. A pesar del anuncio de su falso compromiso, Escalante seguía sin dar señales de vida, y Chastain, el muy canalla, había aprovechado cada ocasión en que lo habían abordado las cámaras a la salida de los juzgados, para hablar de su caso y de la «necesidad de revocar su fianza».

Si nadie le paraba los pies a Chastain, en unos días estaría tras los barrotes de una celda.

–¿Nadie de vuestra gente ha visto a Chastain entrar o salir de las oficinas de los proveedores de café últimamente? –le preguntó a Dana una mañana, mientras esperaban a Ian en su despacho, pues los había convocado allí para una reunión.

–No –respondió ella–, y mi jefe me ha dicho que están teniendo problemas para conseguir una orden judicial para registrar los archivos del ordenador de Chastain.

–¿Qué? ¿Por qué? –exclamó Marcus desesperado.

Habían pasado varios días desde que Dana le dijese que el FBI se encargaría, y su única salvación era que entre los documentos de Chastain se encontrase algo que sirviese para demostrar su inocencia.

Dana sacudió la cabeza.

–Es algo complicado. Normalmente es el fiscal federal quien presenta esas peticiones a un juez en nombre del FBI, pero en este caso evidentemente no puede hacerse así, porque mi jefe no quiere que Chastain se huela que sospechamos de él. Si no pondrá a Escalante sobre aviso.

El pánico invadió a Marcus.

–¡Pero tenemos que hacer algo! –insistió–. ¡Sólo nos quedan unos días antes de que a Ian se le acabe el plazo del cártel! No puedo dejar que mi familia o la compañía sufran por salvar mi pellejo. Al final esto acabará siendo la ruina de todos nosotros. Tenemos que hacer algo, y cuanto antes.

–No podría estar más de acuerdo contigo, Marc –intervino Ian, entrando en ese momento y dirigiéndose a su sillón–, pero me temo que el jefe de la agente Aldrich y yo disentimos en lo que se refiere a cuál debería ser nuestro próximo movimiento.

–¿Quieres decir que hay un plan? –inquirió Marcus, deslizándose hacia el borde de su silla–. ¿Por qué no se nos ha dicho nada? Dana y yo tenemos derecho a estar informados. Somos nosotros quienes estamos en medio de todo el…

Pero no acabó la frase. Mientras hablaba, sus ojos se habían posado por pura casualidad en el rostro de Dana, y al no ver en él sorpresa comprendió que ella también estaba enterada de aquel plan. Según parecía él era el único que permanecía en la ignorancia.

Olvidándose de su hermano, Marcus se giró hacia Dana.

–Está bien, Dana, ¿vas a decirme qué plan es ese y por qué me habéis excluido de él?

–Yo… –balbució ella.

Tuvo la cortesía de sonrojarse, pero no se atrevió a mirarlo a la cara.

–Marc, ella está de nuestra parte –lo reprendió Ian en un tono brusco–, pero su jefe insistió en que era mejor que discutiesen el plan conmigo antes de exponértelo a ti. Es a mí a quien el cártel ha estado amenazando hasta ahora, pero el FBI quiere que seas tú quien… –incapaz de acabar la frase, sacudió la cabeza.

–¿Qué? Vamos, Ian, dímelo.

–Mi jefe quiere que seas tú quien se ponga en contacto con el cártel –intervino Dana–. Quiere que finjas que te has enfrentado con tu familia, y que estás dispuesto a hacer negocios con ellos a sus espaldas. Tendrías que decirles que no quieres ir a prisión ahora que vas a casarte, que tampoco te importaría aumentar tu fortuna por la vía fácil, y pedirles que os encontréis en algún sitio para discutir un acuerdo.

–Estupendo; parece un buen plan –dijo Marcus al instante.

–No es tan simple, Marc –le dijo Ian en un tono impaciente–. El

FBI quiere que insistas en tratar con Escalante en persona, y Escalante siempre se cubre las espaldas enviando a intermediarios. Lo más probable es que te mientan, diciendo que hablarás con Escalante, y que te maten o te secuestren cuando se den cuenta de que los citaste para tenderles una trampa.

Dana, que había estado observando a Marcus mientras Ian hablaba, creyó que no podría seguir soportando ni un minuto más el ver cómo intentaba controlar sus emociones. Llevaba días queriendo consolarlo. Sabía lo frustrado y angustiado que se sentía por no haber podido encontrar aún nada que los ayudase a demostrar su inocencia y salvar a su familia del cártel.

Alargando una mano tomó la suya, y aunque la sorprendió la sensación electrizante que provocó en ella aquel contacto, trató rápidamente de ocultarle a Marcus su reacción.

–No aceptes, Marc, es muy peligroso –le rogó–. Dame uno o dos días más y conseguiré encontrar la información que necesitamos para que te absuelvan.

Marcus soltó su mano y se puso de pie.

–El objetivo principal del FBI en todo esto es capturar a Escalante, ¿no es así?

Dana asintió con la cabeza, preguntándose inquieta adónde quería llegar con aquello.

–Y si les ayudo a conseguirlo, ¿mi familia quedará libre del hostigamiento del cártel? ¿Se comprometerían tus superiores a proporcionar protección a mi familia en caso de que el cártel intentase vengarse?

–Sí, pero…

–Entonces lo haré. Llama a tu jefe y dile que ultime los detalles de ese plan, pero que lo haga pronto, porque estoy harto de Escalante, del cártel… y del FBI.

A Dana no le pasó desapercibido que el énfasis que había hecho en las últimas palabras había estado en realidad dirigido a ella. No era ningún secreto que estaba deseando que saliese de su vida, se dijo, pensando en lo tirantes que habían estado el uno con el otro desde el día en la cala.

Había creído que hacer el amor con él lo ayudaría a superar el dolor que le había causado la traición de la que había sido su prometida, pero en vez de eso parecía que no había sino

contribuido a incrementarlo.

Sin embargo, no sabía por qué estaba tan molesto con ella, ni qué podría hacer para que volvieran a ser amigos.

Apretando la mandíbula, finalmente claudicó.

–Está bien, Marc –le dijo–. Hablaré con mi jefe y lo preparemos todo para mañana.

–Pero es una locura… –intervino Ian.

Aunque pensaba lo mismo, Dana levantó una mano para acallar sus objeciones.

–Haremos todo lo posible para protegerlo, y yo estaré a su lado en todo momento. Si tenemos suerte pasado mañana todo habrá terminado.

No dejaría que nada le ocurriese a Marcus mientras estuviese a su cargo, pero no estaba tan segura de si su propio corazón seguiría de una pieza una vez aquel caso hubiese concluido.

Marcus dio gracias a Dios en silencio por que Dana, que había ido a reunirse con su jefe para ultimar los detalles del plan, lo hubiera dejado a solas unas horas por la tarde en la oficina.

Estaba seguro de que si hubiera tenido que aguantar sólo unos minutos más con ella a su lado, sin poder tocarla, habría acabado tirándose por una ventana.

Sacudió la cabeza irritado y frunció el ceño. ¿Acaso no había aprendido nada después de la traición de Alicia? Sí, diablos; había aprendido que no podía confiar en nadie más que en su familia y en sí mismo.

Estaba repasando sin ningún interés los mensajes que su secretaria le había dejado sobre la mesa, cuando de pronto uno llamó su atención. Era de Lea, su recién descubierta hermanastra, que había llamado para decirle que contase con ella si podía ayudarlo en algo. Lea… ¿por qué no se le había ocurrido antes? Lea era un genio de la informática y conocía todos los secretos de Internet.

Tomó el teléfono inalámbrico, y marcó su número.

–Lea, necesito que me hagas un favor… si crees que puedes hacerlo.

–¿Un favor? –repitió ella al otro lado de la línea–. Lo haré

encantada, Marc. Dime de qué se trata.

–Necesitaría cierta información que quizá podrías conseguir de Internet… aunque estoy bastante seguro de que es algo ilegal. ¿Supondría eso un problema para ti?

Lea se rió.

–Explícame de qué se trata y yo decidiré eso –respondió–. Además, si me pillaran me defenderías en el juicio, ¿verdad? –añadió en un tono que indicó que estaba sonriendo.

–Bueno, si no consigo la información que necesito me temo que no estaré en posición de defender a nadie.

Lo había dicho para hacerla reír, pero lo cierto era que, aunque el FBI lograse probar que era inocente, si no se demostrara también que Chastain había participado en aquella maquinación contra él, su reputación quedaría arruinada, y probablemente le impedirían volver a ejercer como abogado.

Capítulo Nueve

Marcus decidió no decirle nada a Dana sobre el favor que le había pedido a Lea respecto a buscar en Internet información referente a David Chastain que pudiese servir para incriminarlo. Estaba seguro de que no lo aprobaría, y de que seguramente intentaría detenerlos.

Unas horas más tarde Dana volvió a las oficinas de Danforth & Co. para recogerlo, y le dijo que el plan había sido concretado. Esa noche su jefe los llamaría para avisarlos cuando hubiese llegado el momento de telefonear a Sonny Hernández y decirle que quería tener una entrevista con Escalante.

Regresaron a la granja a esperar esa llamada, pero antes pararon a comprar una par de pizzas medianas y un pack de seis cervezas para llevar. Marcus, temiendo que aquélla pudiese ser su última comida, había pedido su favorita, pizza hawaiana, con jamón y piña, mientras que Dana pidió una con todos los ingredientes y extra de anchoas.

–Vaya una mezcla –comentó Marcus con cara de asco cuando Dana destapó la suya, ya en casa.

–Además, es la que tomo siempre antes de una operación importante –respondió ella–. Es algo así como una tradición.

Cuando hubieron terminado de comer, Marcus le preguntó si no le importaba que fuesen a casa de su vecino a ver a Laddie, y Dana no mostró objeción alguna. De hecho, agradeció el pequeño paseo hasta la granja de su vecino. Estar a solas con Marcus estaba empezando a crisparle los nervios.

Cuando los vio aparecer, Laddie empezó a tirar como un loco de la cadena con que el granjero lo había atado a la valla, pero en cuanto llegaron a su lado se convirtió en un perfecto caballero, y se frotó contra la pierna de Dana, y buscó su mano con el alargado hocico, gimiendo como para decirles que los había echado de menos.

Dana sintió deseos de hundir el rostro en su suave pelaje,

contarle sus cuitas y desahogarse llorando. ¿Llorando? ¿Acaso se había vuelto loca? Una agente del FBI hecha y derecha no hablaba con perros, y mucho menos lloraba.

Irguiéndose, inspiró profundamente, y se apartó para que su dueño lo saludara. Marcus le quitó la cadena, y empezó a jugar con él, tirándole un palo para que fuese tras él y se lo llevase, pero no habrían pasado más de quince minutos cuando sonó el teléfono móvil de Dana.

Lo contestó, y tras colgar se volvió hacia Marcus para comunicarle que había llegado el momento de llamar a Sonny Hernández.

Minutos más tarde la hora y el lugar habían sido concretados. Sonny Hernández había insistido en que, si quería ver a Escalante, tendría que ser esa misma noche, a la hora y en el lugar que ellos le proponían: las cuatro de la mañana, junto a un edificio de oficinas en las afueras de Savannah, y Marcus no tuvo más remedio que claudicar. Sin embargo, con un poco de suerte, pensó Dana, Escalante no imaginaría que era una trampa que le estaba tendiendo el FBI.

Esa madrugada Marcus arriesgaría su vida para que pudieran capturar al infame capo de la droga y ella estaría agazapada en la sombra, protegiéndolo. Su tiempo juntos casi había tocado a su fin.

Siseando a través del walkie-talkie que estaba en posición, Dana se ocultó detrás de un contenedor de basura desde donde podría ver a Marcus cuando llegara en su ranchera. Escalante había sido muy listo al escoger el lugar, pero su jefe había dispuesto que se apostaran francotiradores en las azoteas de edificios próximos, que unos cuantos hombres se ocultaran tras árboles cercanos, y que se colocaran micrófonos ocultos dentro y fuera del edificio de oficinas para poder escuchar y grabar lo que dijera Escalante.

Dana se acuclilló tras el contenedor rogando por que nadie pudiese oír los fuertes latidos de su corazón, y notó cómo se le revolvía el estómago, quizá por los nervios, o quizá por el olor a basura.

Al cabo de unos pocos minutos un sedán negro apareció al final de la calle, se detuvo casi frente al edificio, y de él se bajó un

hombre vestido con ropa oscura. Al ver que iba solo Dana dedujo que no podía tratarse de Escalante, que nunca iba a ningún sitio sin varios matones.

El tipo comprobó el arma que llevaba antes de investigar el perímetro del edificio iluminándolo con una linterna, y faltó poco para que la descubriera. Finalmente se dirigió a las puertas del edificio, introdujo una llave en la cerradura, y entró. Gracias al auricular que llevaba, Dana pudo oírlo pasando de una sala a otra.

Veinte minutos después Marcus aparecía al volante de su ranchera, doblando la esquina. Aparcó delante del sedán negro, se apeó, y miró disimuladamente en derredor, como intentando localizar a los francotiradores que sabía estaban allí para protegerlo.

Dana tragó saliva al verlo echar los hombros hacia atrás y dirigirse al edificio. Había que admitir que era valiente para haber estado dispuesto a ir desarmado a una cita que bien podía ser una emboscada.

Comprobó el cargador de su pistola, pegó la espalda a la pared, y aprovechando las sombras se deslizó sigilosamente un poco más cerca de la entrada del edificio. Con sólo un hombre de Escalante dentro no temía por la vida de Marcus, pero sí la preocupaba la posibilidad de que aquel hombre del capo intentase convencer a Marcus para que fuesen a otro sitio. Aquello podría poner en peligro el plan.

Marcus había sido advertido de que aquello podía ocurrir, y Dana rogó para que recordara las instrucciones que le habían dado.

En ese momento Marcus había llegado a la entrada e iba a extender la mano para abrir la puerta cuando ésta se abrió y salió el tipo que había entrado, apuntándolo con su arma y le ordenó que mantuviera las manos donde pudiera verlas.

Dana, al estar sólo a unos metros de ellos, podía oír todo lo que estaban diciendo.

–Ponga las manos más altas y dese la vuelta, Danforth –le dijo el hombre, con un marcado acento latino en su voz.

Cacheó a Marcus para asegurarse de que no llevaba armas, y Dana dio gracias a Dios por que su jefe hubiese decidido finalmente no ponerle un micrófono oculto. Podría haberle costado la vida a Marcus.

–¿Dónde está Escalante? –le preguntó Marcus ásperamente al tipo cuando le hizo girarse de nuevo hacia él, todavía apuntándole con su arma–. Le dije a Hernández que no trataría con subordinados.

El hombre levantó la barbilla y sonrió burlón.

–Y tendrá lo que pidió, gringo.

–Una furgoneta negra está girando por el norte hacia el solar del punto de encuentro– escuchó decir Dana por el auricular a uno de los hombres que tenían apostados como vigías.

–Una limusina se acerca a la posición por el sur –informó una segunda voz.

A Dana se le erizó el vello de la nuca. Diablos. Aquello estaba empezando a tener toda la pinta de una emboscada.

Los dos vehículos aparecieron cada uno por una esquina al mismo tiempo. Dana contuvo el aliento y se preparó para entrar en acción.

La furgoneta se detuvo delante de Marcus, bloqueando la línea de visión de los francotiradores. Mientras se abrían sus puertas traseras, la limusina paró justo frente a la ranchera de Marcus, dejándolo encajonado.

En un abrir y cerrar de ojos el aparcamiento se llenó de hombres de tez morena armados con ametralladoras, y todas apuntadas hacia Marcus. Dana sintió un retortijón en el estómago y tragó saliva.

Un hombre desarmado, al que reconoció por una de las fotografías de Jasmine como Sonny Hernández, la mano derecha de Escalante, se bajó en ese momento de la limusina y se dirigió hacia Marcus.

–Me alegra ver que ha seguido nuestras instrucciones, señor Danforth: nada de armas, ni de policía. Quizá después de todo el señor Escalante sí esté dispuesto a hacer tratos con usted.

–¿Dónde está? –exigió saber Marcus–. Se suponía que debía estar aquí. Dejé muy claro que sólo hablaría con él.

Sonny Hernández dejó escapar una risa gutural.

–Mi jefe es un hombre muy ocupado… además de precavido. Ahora mismo lo llevaré con él –le dijo señalando con la palma de la mano la puerta abierta de la limusina negra–. Suba.

Marcus sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

–No iré a ninguna parte. El acuerdo era que la reunión sería

aquí, y con Escalante en persona.

Aprovechando que todas las miradas estaban fijas en Marcus, Dana avanzó encorvada con el mayor sigilo posible fuera de la sombra y se movió a través del aparcamiento iluminado para detenerse a algo más de un metro del lugar donde estaba Marcus con hombres armados delante y detrás de él.

–No tiene elección, Danforth. Ni su familia ni usted la han tenido nunca –dijo Sonny Hernández. Sacó una pistola del bolsillo de su abrigo, y apretó el cañón contra la frente de Marcus–. Y ahora suba.

Marcus, que había visto a Dana por el rabillo del ojo, moviéndose bajo la luz de las farolas, deseó para sus adentros que hubiese permanecido oculta en la oscuridad. Estaba arriesgándose demasiado.

Pero no más que él. Convencido de que sólo necesitaba unos minutos más para conseguir que Sonny Hernández admitiera que habían organizado un montaje contra él, no cedió.

–Ni hablar –le dijo sacudiendo la cabeza–. Puede que Escalante haya conseguido que me acusen falsamente, pero no habrá trato a menos que pueda negociar con él en persona. Ésas son mis condiciones.

Sonny Hernández se rió, se encogió de hombros, y amartilló su pistola.

–Estúpido… No lo necesitamos. Ni necesitamos hacer tratos con usted.

Oh-oh…

Todo ocurrió muy rápido. De pronto alguien disparó, y Marcus se agachó. Detrás de él oyó un fuerte golpe y un gruñido, pero estaba demasiado ocupado intentando ponerse a cubierto como para pararse a ver qué había ocurrido. Se dirigió al último sitio donde había visto a Dana, y entonces la vio, de pie a unos metros detrás de él, disparando a uno de los matones con ametralladoras.

–¡Agáchate! –le gritó Dana.

Marcus obedeció, y en el aparcamiento resonó la voz de un hombre hablando por una bocina:

–¡Están rodeados! ¡FBI! ¡Tiren las armas!

Sin embargo, nadie obedeció. Algunos hombres del cártel se volvieron sobresaltados, mirando en derredor y hacia arriba, y otros

echaron a correr. Explosiones que parecían provenir de distintos sitios ensordecieron a Marcus, y el humo de la pólvora inundó el aire, impidiéndole la visión.

Con el olor a azufre quemándole las fosas nasales, una bala pasó silbando a escasos centímetros de su mejilla, y escuchó un gemido de dolor que le pareció de una mujer. ¿Dana?

Giró la cabeza pero no podía verla; no podía ver nada excepto humo. «Oh, Dios, por favor, que no le haya pasado nada a Dana, por favor…», rogó en silencio.

Tanteando, encontró la pared del edificio y la siguió, yendo en la dirección en la que la había visto por última vez. Imágenes de ella inundaron su mente, provocándole sentimientos encontrados.

Al principio, nada más conocerla, su fuerte carácter lo había intrigado, y aquella expresión vulnerable que había visto en sus ojos le había hecho querer protegerla y saber más de ella. Luego, sin embargo, la frialdad con que lo había despachado después de lo que habían compartido en la cala le había dolido como una puñalada por la espalda, hasta el punto de que, despechado, había querido desterrarla para siempre de su corazón.

Y, aun así, ninguno de esos sentimientos era comparable al pánico que estaba experimentando en ese momento por el temor de que le hubiese pasado algo.

Esforzándose por sobreponerse a la angustia que lo atenazaba, la llamó en medio del incesante tiroteo y los gritos de los matones del cártel y la gente del FBI:

–¡Dana! ¡Dana!, ¿dónde estás?

A través del humo la vio avanzando hacia él. Con la mano derecha, en la que aún llevaba el arma, tenía agarrado el brazo izquierdo, y Marcus vio que tenía una herida que sangraba abundantemente.

–¡Dios mío, te han alcanzado! –exclamó acortando en un par de zancadas la poca distancia que los separaba.

–Es sólo un rasguño –replicó ella con voz ronca–. Ponte detrás de mí.

Pero Marcus estaba lo suficientemente cerca de ella como para oír su respiración jadeante y para ver el sudor que bañaba su rostro.

–No, Dana, mírame –le dijo agarrándola, y haciéndola volverse hacia él.

Estaba lívida. De pronto los ojos se le pusieron en blanco, y dejando escapar un gemido, como si le flaqueasen las rodillas, comenzó a escurrirse entre las manos de Marcus, que se arrodilló sobre el duro pavimento, recogiéndola antes de que se desplomara, y se abrazó a ella para proteger su cuerpo inconsciente con el suyo.

Dana tenía que sobrevivir, tenía que sobrevivir… No podría vivir sabiendo que había muerto intentando demostrar su inocencia, pensó tragando saliva, y en ese momento supo de pronto que preferiría morir él también a vivir en un mundo sin ella.

Estrechándola fuertemente contra sí, y rogando a Dios por que no se la llevase, pensó en lo mucho que había llegado a significar para él en tan poco tiempo y en cómo, de algún modo, se había convertido en parte de él… quizá la mejor parte.

Y entonces, antes de que pudiese siquiera considerar las implicaciones de lo que estaba pensando, sintió un dolor sordo en el hombro. Cerró los ojos y depositó un beso en la suave frente de Dana, deseando que hubiesen tenido un poco más de tiempo.

–No necesito que me hagan ninguna prueba –protestó Dana irritada–. Estoy bien.

El hombre con el que estaba hablando, un enfermero del pabellón de urgencias del hospital Saint Joseph, le señaló una fila de incómodas sillas de plástico pegadas a la pared, y le insistió:

–Haga el favor de ser razonable y sentarse allí, con los otros pacientes, señorita Aldrich. El doctor la examinará enseguida.

A regañadientes, Dana fue a sentarse junto a una mujer joven con un bebé dormido en sus brazos. Ya le habían limpiado y vendado la herida, y ni siquiera habían tenido que darle puntos porque como había pensado había sido poco más que un rasguño, así que no entendía por qué el médico había insistido en que tenía que esperar para que le hicieran un análisis de sangre y unas placas de rayos X.

La herida de Marcus, en cambio, si había requerido sutura y rayos X, porque, a pesar de que la bala había entrado y salido limpiamente, le había dejado un agujero considerable. Iba a dolerle lo suyo durante un día o dos, pero al menos estaba vivo y no tenía nada roto.

Tragó saliva en un intento por deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta al pensar que había arriesgado su vida para salvarla. Era la primera vez que alguien había hecho algo así por ella, y la sola idea hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Se sentía emocionada, pero también confundida.

–¿Qué le ocurre a usted, querida? –le preguntó la mujer que estaba a su lado, y que llevaba un rato observándola–. ¿Por qué está aquí?

Dana se giró hacia ella y vaciló un instante.

–Eh… pues me he desmayado y el médico quiere hacerme un análisis de sangre y unas placas de rayos X, pero no tengo tiempo para esas tonterías.

–¿Y cómo se siente ahora? –inquirió la mujer, acunando al bebé, cuando empezó a revolverse intranquilo en su sueño.

–Estoy bien.

–Pues a mí no me lo parece. Está muy pálida.

Dana sintió que se le revolvía el estómago, como le había pasado un par de horas antes, mientras aguardaba agazapada tras el contenedor de basura, y luego un fuerte calambre que hizo que un sudor frío le perlase la frente.

–Bueno, la verdad es que me noto el estómago un poco raro –contestó, sintiendo náuseas de repente.

La mujer la observó un momento.

–No necesita que ningún médico le haga pruebas para decirle lo que tiene. A mí me ocurrió igual durante los primeros meses. Una mañana me caí redonda en la iglesia. Me asusté bastante, la verdad, pero luego me imaginé de qué se trataba.

–¿Y de qué se trataba? –le preguntó Dana, apretando luego los labios y preguntándose dónde estaría el cuarto de baño más cercano.

–Pues de que estaba embarazada, por su puesto. ¿Es su primer hijo?

Dana la miró espantada, con los ojos abiertos como platos. ¿Embarazada? Pero… era imposible… ¿O no lo era? Al fin y al cabo Marcus y ella lo habían hecho sin utilizar ningún tipo de anticonceptivo. Oh, Dios…

Cuando sintió que le sobrevenían de nuevo las náuseas, se apresuró a taparse la boca con la mano, y echó a correr hacia el

vestíbulo para salir al aparcamiento antes de vomitar allí en medio.

–Tengo algo que decirte –soltó Dana de repente.

Marcus estaba sentado en el borde de la cama del hospital, intentando averiguar cómo iba a atarse los cordones de los zapatos con una sola mano. El día anterior había tenido que permanecer ingresado, pero esa misma mañana el médico le había dicho que podía irse a casa.

Dobló el tronco, extendiendo el brazo sano hacia sus pies, pero sin darse cuenta movió el brazo herido, y sintió un fuerte dolor.

–Eh… –comenzó, girándose hacia Dana y señalando sus pies–. ¿Podrías ayudarme con esto?

–Oh, sí, por supuesto –se apresuró a contestar ella.

Se arrodilló en el suelo, frente a él, y mientras le ataba los cordones Marcus la miró pensativo. Su jefe le había dicho que la herida de bala que Dana había recibido no era grave, y esa mañana, cuando había entrado por la puerta y le había preguntado cómo se encontraba, ella le había respondido que bien, pero a él no le daba la impresión de que estuviese bien en absoluto.

No le había dicho nada, pero se había fijado en que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y que tenía ojeras, como si no hubiese pegado ojo. Y, además, hacía sólo unos instantes aquella expresión vulnerable había vuelto a su mirada.

Aquella expresión hacía que quisiera cuidar de ella, protegerla, y lo detestaba. Era ridículo; Dana era una agente del FBI, y sabía arreglárselas muy bien sola. Además, se recordó amargamente, le había dejado muy claro que no quería tener nada con él.

–Creo que sé de que quieres hablarme –le dijo en un tono quedo.

Dana, que había acabado en ese momento de hacerle una lazada en el otro zapato, alzó el rostro sorprendida.

–¿Lo sabes? –inquirió, pero no hizo ademán de levantarse.

–Sí. Tu jefe vino a verme anoche y me dijo que nuestro plan fracasó –respondió Marcus–, que es obvio que Escalante nunca tuvo intención de presentarse a la cita… y que Sonny Hernández, que podría habernos conducido a él, o al menos haber confesado que fueron ellos quienes organizaron este montaje contra mí, resultó tan malherido en el tiroteo que es probable que nunca salga del coma

en el que está.

–Sí, es cierto –asintió ella, bajando la vista–. Lo siento, Marc. Pero no nos rendiremos. Aún nos quedan unos días para demostrar tu inocencia.

Marcus sintió deseos de besarla, de estrecharla entre sus brazos para consolarla, fuese lo que fuese lo que la tenía tan triste, pero no se atrevió. ¡Menudo cobarde estaba hecho!, pensó. Tenía miedo de volver a arriesgar su corazón, de que lo rechazase de nuevo y se rompiese en mil pedazos.

Dana exhaló un pesado suspiro y se puso de pie.

–Eso era parte, pero hay algo más que debo decirte.

–¿Cómo es de malo? –inquirió Marcus escamado.

–Bueno… no… no creo que sea necesariamente «malo» –balbució ella–. De hecho, creo que es algo bueno. Espero. Confío.

Impaciente, Marcus extendió una mano y la tomó del brazo.

–Dana, ¿vas a decirme qué es?

Ella bajó la vista a su mano, y luego volvió a mirarlo a los ojos, echando los hombros hacia atrás y levantando la barbilla.

–He estado sintiéndome mal estos dos últimos días, y aquel desmayo que tuve durante el tiroteo… bueno, nunca antes había perdido el conocimiento –respondió, apretando los labios unos segundos cuando terminó la frase–. Todavía no me he hecho ninguna prueba, pero… creo que estoy embarazada.

Marcus le soltó el brazo, y se quedó tan aturdido, que durante un buen rato fue incapaz de articular palabra.

–Pero yo… yo no… –balbució. Iba a decir que no podía ser el padre, pero, ¿quién si no podría serlo?–. ¿Piensas… piensas tenerlo?

Dana le lanzó una mirada dolida.

–Por supuesto que sí. En fin, supongo que eso me dice lo que sientes tú al respecto, ¿no es así? –farfulló, dando un paso atrás–. No te preocupes, Marc. No voy a exigirte ninguna responsabilidad. Cuando encontremos las pruebas que demuestren tu inocencia y se hayan desestimado los cargos contra ti desapareceré de tu vida, y tú podrás contarle a la prensa la excusa que quieras, anunciando la ruptura de nuestro falso compromiso. Saldré del estado y no volverás a saber más de mí.

–¿Qué? –exclamó Marcus, quedándose boquiabierto y con el ceño fruncido–. ¡Espera un momento!

Capítulo Diez

Dana había esperado que la noticia sorprendiese a Marcus, pero nada la había preparado para la expresión de absoluta repulsión que se reflejó en su rostro, como dándole a entender que no consentiría que nada ni nadie lo forzase a una relación con alguien tan por debajo de su estatus.

–Escucha, yo no te obligué a tener relaciones conmigo, ni tampoco te engañé para que lo hiciéramos sin tomar precauciones –comenzó.

La ira se estaba apoderando lentamente de ella, pero se esforzó por mantener la calma y dejar sus sentimientos fuera de la conversación. No tenía sentido convertir a Marcus en su enemigo cuando tenían que seguir trabajando juntos para evitar que fuese a la cárcel.

–No vamos a echarnos culpas ahora el uno al otro –comentó Marcus–. Da igual cómo haya ocurrido. Estamos en esto juntos, nos guste o no.

«Juntos»… Aquél era un concepto tan ajeno a ella, que ni siquiera podía imaginarse compartiendo algo con otra persona, aunque fuera una responsabilidad que atañera a las dos partes

–No, cuando hayamos demostrado tu inocencia no estaremos juntos en nada, así que no te preocupes por…

–¿Que no me preocupe? –repitió él, poniéndose de pie–. ¿Cómo no voy a preocuparme? Voy a ser padre; y la madre de mi hijo está diciéndome que va a desaparecer, llevándose a mi hijo Dios sabe dónde.

¿Y ahora estaba enfadado? «Se acabó», pensó Dana. No necesitaba nada de él, y no tenía por qué aguantar que la tratase como si le debiese algo.

–Mira, Dana –insistió Marcus–, a mí me parece que si nos…

–No hay ningún «nos» –le espetó ella, interrumpiéndolo–. Te lo he dicho; no quiero nada de ti. Mi hijo y yo nos las apañaremos perfectamente sin tu ayuda.

–También es hijo mío, no lo olvides –recalcó él, dando un paso hacia ella–. Al menos tendrás que permitirme que te pase una pensión alimenticia, y también negociaremos la custodia del niño y las visitas –añadió. Entornó los ojos y apretó la mandíbula–. Vete haciendo a la idea: el niño que llevas en tu vientre es un Danforth, y no voy a permitir que te lo lleves lejos de mi familia y de mí.

Lo había puesto furioso; justo lo contrario de lo que pretendía. Quizá si intentase hacerle entrar en razón, hacerle ver que aquello sólo podía acabar haciéndole daño al niño…

–A mi padre también le preocupaba mantener las apariencias –le dijo, tratando de hablar con calma para apelar a su sentido común–. Nunca me dio nada excepto problemas, y eso incluye su apellido. Era un hombre casado, Marc; así que soy hija ilegítima. No creo que tu familia quiera admitir a nadie que suponga una mancha en su árbol genealógico.

Marcus estaba escuchándola muy serio.

–¿Qué clase de problemas te dio?

Dana se rió con amargura.

–¿Qué importa eso ahora?

–A mí me importa –insistió él–. Quiero saberlo.

Dana apartó la mirada y se rodeó el cuerpo con los brazos.

–Sólo se sentía alguien cuando había bebido de más, y le gustaba demostrarlo con los puños. Tuve que llamar tantas veces a la policía para salvar a mi madre de las palizas que le daba, que la comisaría del distrito acabó convirtiéndose en mi segundo hogar. Así sería como decidiría que quería ingresar en la policía o el FBI.

Marcus se quedó callado un buen rato, mirando el suelo con el entrecejo fruncido, como escogiendo con cuidado cuáles iban a ser sus próximas palabras.

–Creo que los dos necesitamos pensar en esto con más calma –dijo finalmente–. La vida de un niño no es algo sobre lo que se deba decidir apresuradamente, o dejándose llevar por el enfado.

La ira que había impregnado el aire durante la discusión se disipó al instante. Marcus tenía razón, habría mucho tiempo cuando su misión hubiese acabado, pero no para discutirlo, añadió Dana obstinadamente para sus adentros, sino para hacerle entrar en razón, para hacerle comprender que sería mejor que continuaran cada uno con su vida.

–Es una buena idea –respondió–. Lo dejaremos estar hasta que hayamos conseguido las pruebas que necesitamos para demostrar tu inocencia. ¿Estás listo para que nos vayamos?

–Casi –respondió Marcus–. Tienen que traerme los papeles del alta para que los firme.

–Si te parece iré bajando y acercaré el coche a la entrada para que no tengas que andar mucho –le propuso Dana.

Marcus asintió, y Dana abandonó la habitación. Nunca se había sentido tan aliviada de salir de un sintió, pensó mientras tomaba el ascensor, que milagrosamente iba vacío. Una vez que las puertas se hubieron cerrado, se dejó caer contra la pared y permitió que las lágrimas, que llevaba rato conteniendo, rodaran por sus mejillas.

¿Por qué había sido tan tonta como para hacerse ilusiones? La razón por la que le había dicho que podría estar embarazada había sido la esperanza de que él hubiese insistido en que debían casarse, y que quizá, con el tiempo, habría llegado a quererla. Sentía ganas de abofetearse por haber sido tan ingenua. ¿Acaso no le había enseñado la vida que los sueños no eran más que eso; sueños? Y, si era así, ¿por qué entonces se sentía tan deprimida?

Dana sólo estaba asustada, pensó Marcus atando cabos en su mente, mientras miraba por la ventana de su despacho. Después de haberle dado muchas vueltas durante las últimas veinticuatro horas, finalmente había llegado a la conclusión de que Dana tenía miedo de confiar en nadie, de arriesgar su corazón, igual que él. Si como le había contado había crecido sin saber lo que era el cariño, sin saber lo que era ser querida, no era difícil imaginar por qué.

Cuando le había dicho que creía que estaba embarazada y le había dicho que no quería nada de él y que iba a criarlo sola, se había puesto furioso. Había reaccionado como el típico «macho dominante», queriendo controlar la situación, queriendo tener control sobre ella, y aquello no lo hacía mucho mejor que a su padre, que había intentado controlar a su madre mediante la fuerza.

¡No!, ¡él era distinto!, protestó una voz en su mente. Si había reaccionado así había sido porque había temido perderla a ella y perder a su hijo.

Aquella revelación lo dejó aturdido, pero la siguió otra: quería

tener ese bebé con Dana… y lo quería porque ansiaba una razón para hacerla permanecer a su lado el resto de su vida, porque… porque la amaba.

Sí, la amaba, se repitió, admitiendo por fin la verdad. La amaba tanto como para perdonarla por haberle hecho daño; la amaba tanto que, si no quería estar con él, la dejaría ir.

–¿Señor Danforth?

La voz de su secretaria lo devolvió a la tierra.

–¿Se encuentra bien?

–He estado mejor –admitió Marcus, contrayendo el rostro al encoger el hombro y sentir una punzada–. ¿Qué me decía?

–Que cuando estaba hablando por teléfono con el señor Granger llamó Lea Whittaker –respondió su secretaria–. Me dijo que tiene cierta información para usted pero que no intentase ponerse en contacto hoy con ella porque iba a estar fuera, que la llame mañana por la mañana.

Lea… Casi se había olvidado del favor que le había pedido. No tenía muchas esperanzas de poder incriminar a Chastain a esas alturas, pero estaba decidido a vengarse de él aunque tuviera que hacerlo desde la cárcel.

–Y también llamó su primo Jacob para recordarle que esta noche es la fiesta benéfica que organiza la Comisión Interurbana para el Bienestar de la Infancia –añadió su secretaria–, y que su padre espera que asista con su prometida para representar a la familia.

Marcus gimió para sus adentros. Se había olvidado por completo. La C.I.B.I. realizaba una gran labor social, y era una de las asociaciones benéficas que había estado planeando incluir entre las que recibirían ayudas de la Fundación Danforth, la institución que quería crear.

Cuando su secretaria se hubo retirado, recordó sus últimas palabras: «su padre espera que asista con su prometida para representar a la familia». Con todo lo que había ocurrido en los últimos días también se había olvidado de que le habían dicho a la prensa que Dana y él se habían comprometido.

¿Estaría Dana dispuesta a ir a la fiesta con él? Probablemente sí, se dijo, pero sólo porque lo consideraría como parte de su trabajo como agente en una misión encubierta. Claro que, quizá… quizá también pudiera ser una oportunidad para congraciarse con ella,

pensó de repente. La C.I.B.I. acogía a aquellos niños que habían sufrido malos tratos o abandono por parte de sus padres, y se les daba no sólo una atención individualizada, sino también el calor humano que no habían recibido en sus hogares. Dana, igual que ellos, tampoco lo había tenido. Verdaderamente él había sido muy afortunado por haber crecido arropado por el cariño de sus hermanos, tíos, y primos.

Dana llevaba en su vientre un hijo suyo, pero él estaba a punto de ir a la cárcel, y de ninguna manera podía pedirle que se casase con él cuando lo más probable era que fuese a pasar los próximos diez años entre rejas. Y seguramente tampoco lograría convencerla de que la dejase ayudarla económicamente. Pero tenía que hacer algo…

Y entonces se le ocurrió algo. Miró su reloj de pulsera. Aquella mañana, al dejarlo en el trabajo, Dana le había dicho que volvería a la hora de comer. Todavía tenía un par de horas. Tomó el teléfono, y marcó el número de un amigo abogado.

¿Quién lo habría dicho? Dana giró frente al espejo para verse mejor. El vestido que Nicola le había ayudado a escoger le sentaba como un guante. Hasta entonces ni siquiera había sabido que tenía curvas, pero el espejo no mentía: allí estaban. Parecía una estrella de cine.

Cuando Marcus le había pedido que lo acompañara a la fiesta benéfica en un principio había dudado porque nunca había asistido a esa clase de eventos, y no estaba segura de que fuera a estar a la altura, pero viéndose en ese momento con aquel vestido largo plateado de gasa, aquellos zapatos de tacón de aguja, y el cabello en un elegante recogido, se sintió más segura de sí misma.

Al final su supuesto embarazo había resultado no ser tal. ¿Habría alguien más tonta que ella sobre la faz de la tierra? Una visita al médico aquella mañana le había hecho ver que si hubiese esperado a los resultados de las pruebas antes de abrir su enorme bocaza, se habría ahorrado la vergüenza que iba a pasar cuando le dijese a Marcus que había sido un error. Sólo una idiota como ella podía haber confundido una gastroenteritis con estar embarazada. Debió haber sido aquella pizza que tomó la noche de la operación

trampa contra el cártel. Estaba segura de que con sólo pensar en la palabra «anchoa» bastaría para que le entrasen ganas de vomitar durante el resto de su vida.

Sin embargo, si para algo le había servido aquella experiencia, había sido para hacerle ver que Marcus y ella no estaban hechos el uno para el otro. A pesar de que ella lo amaba con todo su corazón y toda su alma, el primer pensamiento de Marcus cuando le había dicho que creía que estaba embarazada había sido salvar el buen nombre de su familia, no pedirle que se casara con él.

En fin, en represalia esperaría un poco antes de decirle la verdad. Aunque no habían vuelto a hablar del asunto desde entonces, se había mostrado tan solícito con ella desde que le había dicho que iba a tener un hijo suyo, que aprovecharía para disfrutar de sus atenciones durante las horas o días que le quedasen de estar con él.

Si, como parecía lo más probable, no se volvieran a ver cuando aquello terminase, quería al menos que sus últimos momentos fuesen agradables… o mejor: memorables. Sí, haría que Marcus Danforth lamentase, al recodarla en los años venideros, lo que se había perdido.

Ella desde luego estaba segura de que no podría olvidarlo, de que nunca encontraría a otro amante tan tierno y tan entregado. Por eso había pensado que no estaría mal tener una última noche de pasión con él. De hecho estaba convencida de que estaría bien… mejor que bien.

Sólo había algo que la tenía preocupada: había llamado a todas las puertas, recurrido a toda la gente que le debía favores… lo había intentado todo para conseguir que fueran retirados los cargos contra Marcus, pero no lo había conseguido.

Y, aunque su jefe le había prometido a Marcus que negociarían un acuerdo con la fiscalía si participaba en la operación para cazar a Escalante, el fiscal federal que llevaba su caso, que no era otro que Chastain, se había negado a considerarlo. Si pudiera hallar aunque sólo fuera una única prueba para incriminar a Chastain, y demostrar que tenía tratos con el cártel… Pero el FBI estaba atado de pies y manos.

Sin embargo, estaba decidida a no abandonar. Le costase lo que le costase, y le llevase el tiempo que le llevase, conseguiría ponerlo

entre rejas, igual que a Escalante.

Ian había dicho que le daría a los traficantes de droga lo que querían antes de permitir que Marcus fuese a la cárcel, pero éste le había pedido que no cediese al chantaje del cártel, y le había asegurado que prefería ir a la cárcel a dejar que sacrificara la empresa por él y que la familia se viera envuelta en más problemas.

La nobleza de ambos hermanos la había conmovido, pero Chastain prácticamente había convencido al juez para que revocara la fianza de Marcus, diciendo que estaba convencido de que usaría las influencias de su padre y su dinero para abandonar el país. Y no sólo eso; también había aportado nuevas «pruebas» de que Marcus había sido visto recientemente en compañía de un capo de la droga.

Pero había algo aún peor; su jefe no hacía más que insistir en que quizá fuese mejor que ingresase en prisión por su propia seguridad, ya que el FBI pensaba que correría menos peligro en el confinamiento de una celda que bajo su custodia.

–Dana… ¿te falta mucho? –preguntó Marcus, asomando la cabeza por la puerta entreabierta del su dormitorio–. ¡Madre mía! Estás increíble –le dijo con un silbido.

Como si él no estuviese impresionante con ese esmoquin, pensó ella. Dio un giro, e hizo una pequeña reverencia, rogando por que no advirtiese el rubor que había teñido sus mejillas.

Marcus estaba mirándola con tal embeleso, que tardó un buen rato en darse cuenta de que se había quedado embobado, y tuvo que aclararse la garganta antes de volver a hablar.

–No estoy muy seguro de querer llevarte a la fiesta así de bonita –le dijo–. Vas a ser el centro de todas las miradas.

Dana sonrió, pero no se le ocurrió ninguna de sus respuestas mordaces. La verdad era que sí se sentía bonita… por primera vez en su vida quizá, pero no estaba muy cómoda con aquella imagen tan sofisticada.

–Eh… voy a por una cosa. Espérame en la puerta, ¿quieres? –le pidió Marcus guiñándole un ojo antes de salir de la habitación.

Dana tomó el chal y el bolso de mano y se dirigió al vestíbulo. El bolso era tan pequeño que no le cabía el arma, así que había tenido que optar por una pistola pequeña del calibre treinta y ocho y colocársela en la pierna.

–Dana –la llamó Marcus, que había reaparecido en ese instante–.

¿Me harías un favor? –le pidió con una mano tras la espalda, como si llevase algo escondido.

–Sí, claro –contestó ella–. ¿De qué se trata?

–¿Querrías… llevar puesto esto esta noche? –inquirió él, sacando la mano de detrás de la espalda y abriéndola para mostrarle unos pendientes de diamantes preciosos.

Dana se llevó una mano al pecho pero dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

–Yo no… no puedo, Marc. Deben ser carísimos.

–Bueno, ¿quién mejor que una agente armada para llevarlos? Porque vas armada, ¿verdad? –le preguntó Marcus, con una sonrisa adorable.

–Sí –contestó con una sonrisa pícara–. ¿Por qué? ¿Acaso te excita que vaya armada?

Marcus dio un paso hacia ella y le dirigió una mirada tan intensa que Dana se sintió estremecer.

–El sólo tenerte cerca ya hace que me excite –le respondió.

Tomó su mano, y Dana sintió el ya habitual cosquilleo eléctrico extenderse por sus dedos y subirle por el brazo.

–Por favor, póntelos –le pidió de nuevo Marcus–. Mi madre me los dejó para que yo se los diera… a la madre de mis hijos.

Dios… ¿Por qué había tenido que decir algo así?, pensó Dana, sintiéndose ruin.

–Marc, hay algo que tengo que contarte…

–Cuéntamelo luego; ya vamos tarde –la interrumpió él–. Pero, por favor, acepta los pendientes de mi madre. Me harás muy feliz si lo haces. Quiero que los tengas tú –le dijo tomándola de la barbilla.

«No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar…», repitió Dana como una letanía para sus adentros, pues los ojos se le habían humedecido de la emoción.

Tomando su silencio por un sí, Marcus le quitó los que tenía puestos, y los reemplazó por los de su madre, dando luego un paso atrás para admirar el conjunto.

–Dios, ésta va a ser una noche muy larga –murmuró.

Y, tomándola del brazo, la condujo a toda prisa fuera de la casa.

Una vez estuvieron dentro de la ranchera Dana se sacó los

zapatos y se recostó en el asiento para relajarse. Había sido una larga noche, pero también maravillosa… y especial. Se lo había pasado tan bien que ni siquiera le importaba el dolor de pies que tenía.

–¿Te has divertido? –le preguntó Marcus con una sonrisa sin apartar la vista de la carretera.

–Pues sí… –murmuró ella–, aunque tengo un lío tremendo en la cabeza con los nombres de toda esa gente.

Marcus se había mostrado muy atento con ella durante toda la noche, presentándole prácticamente a todas las personas que habían asistido a la fiesta y no dejándola sola en ningún momento.

–¿Sabes? –le dijo de repente–, me ha sorprendido que, de todas las personas con las que he charlado, muchas dedican parte de su tiempo a colaborar con esa asociación benéfica. Quiero decir que no sólo hacen donaciones.

–¿Esa indirecta va por mí? –inquirió Marcus con una sonrisa divertida–, porque si es así déjeme decirle, señorita Aldrich, que le interesará saber que colaboro en uno de sus centros de acogida siempre que tengo oportunidad.

–Oh, no, no iba por ti –replicó ella al momento–. Uno de los psicólogos de la asociación me ha contado que sin ti no existiría, que ha sido gracias al tiempo y el dinero que has invertido en ello como han logrado despegar.

La admiración con que lo estaba mirando le hizo sentirse como un gigante, o quizá como un santo, y aunque no pudo evitar sonrojarse, tuvo que admitir para sus adentros que se sentía halagado.

–Bueno, el mérito no fue todo mío ni mucho menos –murmuró–. Y me temo que tal como están las cosas les irá mejor sin mí. No les seré de mucha ayuda desde una celda en la cárcel.

Dana no dijo nada, pero su mirada se había ensombrecido, y se había girado hacia la ventanilla, como incómoda. Diablos, ¿por qué habría tenido que hacer ese comentario? Se suponía que aquella era una noche para celebrar, no para recordar que se le estaba agotando el tiempo.

Habían llegado a la granja. Marcus aparcó la ranchera en el establo y mientras se dirigían a la casa se dijo que tenía que hallar el modo de revertir su estado de ánimo antes de darle la noticia. No

quería que pensara que había hecho aquello a modo de disculpa, sino por amor.

Cuando estaba marcando el código de seguridad en el panel junto a la puerta, sin embargo, el rostro de Dana se iluminó de pronto y se volvió hacia él.

–¿Sabes qué estoy pensando? Aun en el caso de que vayas a la cárcel –le dijo intentando animarlo–, podría colaborar yo en tu lugar con la asociación hasta que encontremos las pruebas para demostrar tu inocencia. Iría a visitarte y tú me darías instrucciones sobre lo que hubiera que hacer.

Marcus se detuvo, y la tomó de la barbilla para mirarla a los ojos.

–¿Irías a visitarme a la cárcel?

Dana bajó la vista y parpadeó.

–Bueno, sólo hasta que encontráramos las pruebas para poder sacarte, claro –matizó.

Marcus bajó la mano.

–Oh. Ya veo –murmuró decepcionado–. Pero, ¿y tu trabajo? –inquirió–. Quizá para entonces te hayan encargado otra misión.

–Hablaré con mi jefe –dijo Dana–. O pediré un permiso si es necesario para poder seguir dedicándome a tu caso. No pienso dejar que Chastain y Escalante salgan impunes de esto.

Había tal determinación en su rostro, que Marcus sintió deseos de besarla hasta dejarla sin aliento.

Aquel era el momento perfecto para decírselo, pensó. Y luego… luego tenía la esperanza de poder pasar el resto de la noche demostrándole lo mucho que había llegado a significar para él.

Marcus se cuidó de preparar el ambiente, encendiendo un buen fuego y haciendo chocolate caliente, y cuando estaban los dos sentados con sus tazas frente a la chimenea, murmuró:

–Dana, yo…. hay algo que quiero decirte.

De pronto, como había sucedido en el coche, sus facciones se ensombrecieron.

–Espera, Marc, por favor –le rogó–. Antes de que digas nada… yo también tengo algo que decirte; algo importante que intenté decirte antes y no pude, así que… creo que será mejor que lo haga ahora y no espere a que pase más tiempo.

Marcus ya había tenido suficientes malas noticias y no quería oír

más.

–No, por favor –susurró poniéndole un dedo en los labios–. Las buenas noticias primero. Luego podrás decir lo que me tienes que decir.

Dana intentó hablar de nuevo, pero él sacudió la cabeza e insistió:

–Luego.

Dana suspiró y bajó la cabeza, como claudicando.

–Bien –dijo Marcus.

Se volvió, y alargó el brazo para tomar de la mesita del salón una carpeta llena de papeles que le habían llegado por mensajero justo minutos antes de salir para la fiesta.

–Creí que a mi amigo no le iba a dar tiempo a hacer esto en un día, pero el secretario del registro civil del condado me debía un favor, y al final hemos conseguido que nos lo firmaran y nos los sellaran.

–Marc, ¿de qué estás hablando?

Marcus no pudo reprimir la sonrisa que se dibujó en sus labios.

–He puesto la granja a tu nombre. Ahora la casa y toda la propiedad es tuya. No me pareció que fuera a servirme de mucho a donde voy a ir, así que pensé…

Dana lo estaba mirando horrorizada.

–¿Que has hecho qué? ¿Cómo has podido? –le espetó, poniéndose de pie y derramándose el chocolate sobre su bonito vestido.

Confundido y contrariado por su reacción, Marcus se puso de pie también y le dijo intentando mantener la calma:

–Pensaba que te gustaba este sitio. No quería que tuvieras que preocuparte por dónde ibas a vivir cuando yo fuera a la cárcel. Quería que tuvieras un lugar donde te sintieras segura…

Marcus no podía creer que aquello estuviese ocurriendo. Había pensado que se alegraría, que estaría encantada.

–¿Es por los animales? –le preguntó desesperado–. No tendrás que preocuparte por cuidar de ellos; ya se los he vendido a mi vecino –tragó saliva y añadió–… excepto a Laddie. Tenía la esperanza de que quisieras quedarte con él, pero si crees que no tendrás tiempo para él estoy seguro de que a mi vecino no le importaría…

–¡No es por el perro!

Dana se giró bruscamente sobre los talones y se dirigió a la cocina con él detrás de ella. Una vez allí, arrancó unos cuantos trozos del rollo de papel de cocina, y agarró la bayeta que había sobre el fregadero.

–¿Por qué, Marc?, ¿por qué? –exigió saber irritada, mientras se giraba de nuevo sobre los talones y volvía a salón–. ¿Cómo has podido hacer algo así? –le espetó por encima del hombro.

Marcus quería decirle que lo había hecho porque no había nada más que pudiera hacer por ella, porque la amaba, porque aquélla era su manera de demostrarle cuánto, pero no creía que quisiese oír esas cosas de un hombre que no podía pedirle que esperara por él, no cuando probablemente iría a la cárcel.

–Tampoco te estoy pidiendo que te quedes aquí –le gritó, yendo tras ella–. Eres libre de hacer lo que quieras: quedarte a vivir aquí o alquilar la casa… O venderla, si lo prefieres. Es tuya. Sin condiciones.

Cuando la alcanzó, Dana estaba limpiando frenética las manchas que habían caído en el sofá.

–No la quiero.

Marcus oyó el tono quebrado en su voz y sintió que se le encogía el corazón.

–Dana, no te preocupes por el sillón ahora –le dijo tomándola suavemente por los hombros y volviéndola hacia él–. Por favor, háblame; dime qué es lo que ocurre.

–Vas a darme la granja porque voy a tener un hijo tuyo, ¿no es cierto?

Marcus supo por la expresión vacilante que había en su rostro y la mirada recelosa en sus ojos que aquella pregunta era algún tipo de prueba, pero no sabía cuál era la respuesta que quería que le diese.

Tenía la impresión de que si decía algo equivocado la perdería para siempre.

–Eh…

–Oh, olvídalo –lo cortó ella exasperada–. No puedes negarlo; sé que es ése el motivo por el que los has hecho –le espetó apartándose de él–. Pues escúchame bien, Marcus: no voy a tener un hijo tuyo, y no estoy embarazada. Soy la tonta más grande del mundo, tan tonta

que no supe distinguir una gastroenteritis de un embarazo. No voy a ser madre.

Un torbellino de emociones contrarias se desató en la mente y el corazón de Marcus.

–Lo siento, Dana –balbució–. Creo que te conozco lo bastante como para saber que te sentías feliz con la idea de tener un bebé, y estoy seguro de que querías haberle dado todo el amor y el apoyo que tú nunca tuviste.

De pronto los ojos de Dana se llenaron de lágrimas. Marcus no podía soportar verla así.

–Dana, por favor, no llores. Yo no pretendía… –comenzó, dando un paso vacilante hacia ella.

–No, Marc –dijo ella, extendiendo un brazo como para pedirle que no se acercara–. Los dos tenemos muchas cosas en que pensar. Me voy a la cama. Mañana tendremos la cabeza más despejada para poder hablar.

Y, dicho eso, lo dejó allí de pie, con el corazón pendiendo de un hilo.

Capítulo Once

–¡Sí! ¡Esto es perfecto! –exclamó Dana mientras hojeaba aquellos papeles, cada vez más atónita por la cantidad de información útil para el caso que contenían.

En vez de haber tenido la conversación que le había dicho a Marcus que tendrían a la mañana siguiente, a las cinco y media de la mañana una llamada de Lea, la hermanastra de Marcus, los había despertado, y quince minutos después se había presentado muy excitada en la granja con varias carpetas llena a rebosar de papeles, diciéndoles que tenían que ver lo que les traía.

–Perdón por venir a estas horas intempestivas –les dijo–, pero es que hoy tengo muchas cosas que hacer y creí que querríais ver esto cuanto antes.

–No te preocupes por la hora, te agradecemos mucho que hayas venido –replicó Marcus, todavía en pijama, reuniéndose con Dana y ella en el salón tras cerrar la puerta y reactivar la alarma.

Dana, que también estaba en pijama exclamó entusiasmada desde el sofá:

–¿Te das cuenta de lo que Lea ha conseguido, Marc?

Él se acercó y miró los papeles por encima del hombro de Dana, todavía con los ojos pegados por el sueño.

–Esto es la clave de todo, Marc –le dijo Dana casi sin aliento–. Es la llave que abrirá la puerta de tu celda y nos servirá para que Chastain se pudra en un calabozo durante el resto de sus días.

Lea había sacado por impresora transacciones dirigidas y procedentes de cuentas en paraísos fiscales que demostraban que Chastain había estado recibiendo dinero del cártel. También había recibos de su tarjeta de crédito que reflejaban sus gastos en viajes que había hecho a Colombia, pero lo mejor de todo era una copia de una petición formal dirigida a un comité de estudio en la que se pedía fondos para financiar la candidatura de Chastain para ser elegido como miembro de la Cámara de Representantes del Congreso, y entre las firmas del comité de directivos estaba ni más

ni menos que la de Jaime «Sonny» Hernández, el mismo Sonny Hernández que estaba en coma en el hospital de una prisión en esos momentos por las heridas recibidas en la operación para cazar a Escalante.

–Esto es estupendo, Lea, de verdad –le dijo Marcus a su hermanastra. Sin embargo, su tono no era de alegría–. Pero por desgracia ningún tribunal admitirá estas pruebas porque han sido obtenidas ilegalmente –le dijo a Dana.

–Lo sé –replicó ella sin perder la sonrisa–, pero esto es todo lo que necesitamos para conseguir que un juez nos de una orden de registro e incautación para poder obtener esta misma información a través de los equipos de inteligencia del FBI, y mi jefe podrá hacerle una visita al fiscal federal del distrito, el superior de Chastain, y, o mucho me equivoco, o al final del día se habrán retirado todos los cargos contra ti.

Marcus inspiró profundamente, sus hombros se relajaron, y bajó la cabeza incrédulo a los papeles, pero no sin que Dana advirtiera que sus ojos se habían humedecido.

–Gracias a Dios –murmuró, yendo junto a Lea para abrazarla con fuerza–. Lea, ¿cómo podré pagártelo?

Su hermanastra se echó hacia atrás y sonrió. Durante unos segundos observó la expresión de inmenso alivio en el rostro de Marcus, y luego miró brevemente a Dana antes de volver a posar la vista en él.

–Siendo feliz –le dijo.

Luego se despidió de ambos y los dejó de nuevo a solas. Marcus y Dana se miraron. Había tanto que decir… Y, sin embargo, la emoción los había embargado a los dos de tal modo, que ninguno podía pronunciar palabra.

–Llamaré a mi jefe –le dijo Dana, casi sin aliento.

–De acuerdo. Yo voy a darme una ducha.

Veinte minutos después el jefe de Dana se presentaba en la granja para recoger los documentos que les había llevado Lea.

–Esto pondrá contra las cuerdas a Chastain –le dijo a Dana–, y tengo la esperanza de que será también el principio del fin del cártel de Escalante. Pero Marcus todavía corre peligro. Cabe la posibilidad de que Escalante intente deshacerse de él para que Ian sepa que va en serio y forzarlo a hacer negocios con él

amenazándolo con matar luego a otros miembros de la familia.

Dana asintió con la cabeza.

–Y necesitaremos al menos un par de días para conseguir las citaciones judiciales y las órdenes de arresto –añadió su jefe.

En ese momento apareció Marcus, que ya había acabado de ducharse. El jefe de Dana le estrechó la mano felicitándolo por las pruebas que habían conseguido. Charlaron un par de minutos, y luego, justo antes de salir por la puerta, le dijo a Dana:

–Quedaos aquí y no contestéis el teléfono hasta que me ponga en contacto contigo por el móvil. Escalante y el cártel son ahora más peligrosos que nunca, y os necesito vivos a los dos para que podáis testificar.

Cuando se hubo marchado, Dana cerró la puerta, y volvió a conectar la alarma.

–Estaremos seguros aquí –le dijo a Marcus para romper el incómodo silencio que se hizo–. Puede que sea un poco aburrido tener que quedarnos encerrados, pero estaremos más seguros que en otro sitio –añadió, dándose cuenta de que se estaba repitiendo.

Marcus no dijo nada, sino que se quedó mirándola en silencio, recorriendo su cuerpo con esa mirada tan intensa que siempre la hacía estremecer.

Había olvidado lo sexy que estaba con el pelo mojado, cuando salía de la ducha. Además, se había puesto unos vaqueros gastados, pero iba descalzo y no se había abrochado la camisa, y de pronto la visión de su pecho desnudo hizo que una ola de calor invadiera su vientre.

–Eh… será mejor que vaya a ducharme y vestirme yo también antes de que se haga más tarde –balbució azorada.

Marcus asintió.

–De acuerdo. Yo iré a ver qué tenemos por ahí para el desayuno.

Bajo la ducha, Dana intentó aprovechar esos momentos a solas para recapitular los últimos acontecimientos en su mente y ordenar sus pensamientos.

En su subconsciente sabía que algo de lo que Marcus le había dicho era importante, pero no podía recordar qué había sido. Pensó en la conversación que habían tenido sobre la granja y el bebé, e

intentó recordar lo que habían dicho el uno y el otro.

Marcus le había entregado la granja… Todavía no podía creer que hubiese hecho algo así. Tenía que asegurarse de que volviera a ponerla a su nombre antes de que saliese de su vida y no volviesen a verse.

Dios, aquello le parecía tan increíble… ¿Cómo podía haberse desprendido de algo a lo que le tenía tanto aprecio? Era un gesto demasiado generoso, incluso para un hombre que había creído que iba a ir a la cárcel y que quería saber que a ese hijo suyo que había creído que iba a tener no le faltaría nada.

¿Qué era exactamente lo que le había dicho?, se preguntó, intentando recordar sus palabras exactas. Le había dicho que quería que tuviese un lugar donde vivir, donde se sintiese segura. No había mencionado para nada al supuesto bebé.

De repente las rodillas le flaquearon, y la esponja se escurrió entre sus manos, cayendo al plato de la ducha. Marcus no le había dado la granja porque creyese que iba a tener un hijo suyo… se la había dado a ella.

La cerebral agente del FBI que había en ella quiso inmediatamente buscar motivos ocultos para algo así, pero los únicos que se le ocurrieron por los cuales un hombre podría querer que una mujer se sintiese segura eran, o bien pura amistad, o porque fuera alguien de su familia, …o por amor.

¿Podría haberlo hecho por eso, por amor? Dana salió de la ducha y se envolvió en la toalla con manos temblorosas. Sabía que lo habían herido en el pasado, y que volver a confiar en una mujer tenía que resultarle muy difícil, pero para haber hecho lo que había hecho, tenía que significar algo para él, porque si no, ¿cómo iba a haber hecho algo así?

¿Podría ser amor? ¿O sería simplemente por un sentimiento de afecto, surgido de la estrecha amistad que había nacido entre ellos?

Finalmente decidió que sólo había un modo de averiguarlo: llevando a cabo el «plan» que había trazado la noche de la fiesta. Si lo amaba y sería capaz de dar su vida por él, ¿no merecía la pena arriesgarse y tragarse su orgullo?

Con una espumadera, Marcus sacó el beicon de la sartén y lo

colocó en un plato sobre el que había puesto un trozo de papel de cocina. ¿Cómo iba a resistir uno o dos días más encerrado con Dana en la casa, y resistir la tentación de besarla y acariciarla?

Se había pasado toda la noche intentando pensar qué podría decirle para que dejase a un lado sus miedos y aprendiese a confiar en él, pero no se le había ocurrido ninguna idea. Dana había tenido una infancia difícil, en la que las personas que se suponía debían haberle dado su cariño no habían hecho sino herirla. ¿Cómo podía esperar que superase todo aquello de la noche a la mañana y aceptase arriesgar su corazón?

Y lo último que haría sería recurrir al sexo para convencerla de que le diera una oportunidad. Por mucho que la deseara, no sería justo.

No, intentaría relajarse y hacer que Dana disfrutase esos últimos días con él, sin presionarla. La única presión sería sin duda la que sentiría él, intentando mantener conversaciones con ella como si no estuviera desesperado por saber si volvería o no a verla, e intentando no influir en su decisión cuando lo que en realidad quería hacer era besarla hasta dejarla sin sentido y demostrarle con tiernas caricias lo que sentía por ella.

Cascó un par de huevos en la sartén y estaba revolviéndolos cuando oyó a Dana entrar en la cocina y aclararse la garganta detrás de él. Lo lógico hubiera sido que se hubiera dado la vuelta para mirarla, pero sus pensamientos habían tenido ciertos efectos en una zona de la parte inferior de su cuerpo, y temía que ella lo advirtiese si se giraba.

–¿Te hace falta que te ayude en algo? –le preguntó Dana.

–No, gracias –farfulló él, aún de espaldas a ella–. Ponte una taza de café y siéntate. Esto estará enseguida –murmuró revolviendo los huevos con una mano mientras con la otra metía un par de rebanadas en la tostadora.

–¿Marc?

–¿Mmm?

La oyó dirigirse hacia la mesa.

–¿Cuándo tienes pensado cancelar la cesión que me has hecho de la granja?

–No voy a cancelarla –replicó él, girando apenas la cabeza para responderle–. Ahora todo esto te pertenece, Dana. No he cambiado

de opinión sólo porque al final no vaya a ir a la cárcel. Tan pronto como tu jefe nos diga que podemos salir de aquí, me iré de alquiler a un apartamento en la ciudad y podrás traer tus cosas.

Las tostadas saltaron en ese momento, y metió otras dos.

–Supongo que no tendrás suficientes muebles para llenar esta casa, así que estaba pensando dejártelo todo tal y como está. Ya me compraré yo unos muebles para el sitio donde me mude.

Dividió los huevos revueltos entre dos platos, y se quedó esperando algún comentario mordaz por su parte, pero no oyó nada excepto el tic-tac del reloj de la cocina.

–Claro que si hay algún mueble que no te guste me encargaré de llevármelos –murmuró dándose la vuelta para poner los platos en la mesa–. Sólo tienes que decírme…

La visión que tenía frente a sí lo había dejado de piedra. Dana estaba de pie junto a una silla, y estaba vestida con una bata corta casi transparente que no le había visto nunca. El cabello, todavía mojado por la ducha que acababa de darse, le caía en suaves tirabuzones sobre los delgados hombros, y sus pies estaban calzados con la clase de zapatos que sabía detestaba, de tacón de aguja, pero hacían que sus piernas pareciesen aún más largas y sensuales… la clase de zapatos que casi lo habían hecho derretirse la noche de la fiesta.

Sus pezones estaban erectos, y se marcaban bajo la fina tela de la bata. Marcus cerró la boca y, sintiendo que una ráfaga de deseo estaba empezando a animar cierta parte de su cuerpo, dejó los platos sobre la mesa. Sólo entonces alzó la vista a los ojos de Dana, y no pudo creer lo que vio. Estaban llenos de lágrimas, que en ese mismo momento comenzaron a rodar por sus mejillas.

–¿Dana? –la llamó vacilante. Y en un par de zancadas estaba a su lado, estrechándola entre sus brazos–. Dana, no… no llores –le rogó en un susurro quebrado contra su cabello–. Dime qué he hecho mal y haré lo que sea por arreglarlo. Por favor, dímelo.

–Cederme la granja –sollozó ella.

Confundido y dolido Marcus contuvo las lágrimas que acudieron también a sus ojos.

–Sí, y te daría el mundo entero si pudiera. Pero no lo hice para molestarte. Preferiría morir antes que causarte ningún daño; ¿acaso no lo sabes?

–Yo también moriría por ti, Marc –balbució ella–, pero no quiero vivir aquí sin ti. Te amo –le dijo pasándole los brazos alrededor del cuello y abrazándose a él con fuerza.

Un gemido de alivio escapó de los labios de Marcus y, haciendo un esfuerzo por controlar su emoción para que su voz no sonara temblorosa, le dijo:

–Pues es una feliz coincidencia, agente Aldrich… porque yo también la amo.

Y mientras hablaba una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

–¿Me… me amas? –inquirió ella en un hilo de voz, como si no pudiera dar crédito a sus palabras.

La expresión en los ojos de Dana casi hizo a Marcus caer de rodillas. En ellos podía leer todos sus miedos, pero también un intenso anhelo, como si le estuviera pidiendo que los alejara con su amor y su confianza. Era el regalo más hermoso que nadie le había ofrecido jamás, y una vez más se sintió como un gigante.

–Sí, Dana, te amo –le repitió besándola suavemente.

Nuevas lágrimas rodaron por las mejillas de la joven.

–Yo… yo creí que era imposible, que estabas demasiado herido por la traición de tu prometida y tu mejor amigo. Tú mismo me dijiste que después de aquello te habías jurado no volver a…

–Shhh –la calló él, riéndose suavemente–. Lo sé, sé que he dicho muchas idioteces, pero sólo porque pensaba que no tenía ninguna posibilidad contigo.

Dana frunció el entrecejo ligeramente.

–Yo creía que no sentías nada por mí cuando te dije que estaba embarazada porque no me pediste que me casara contigo. Luego me dije que probablemente tenías miedo de que volvieran a hacerte daño.

–Tenía miedo –asintió Marcus–, pero sólo de pensar que pudiera ir a la cárcel antes de poder hacerte ver que quería ocuparme del bebé y de ti.

Dana lo miró con timidez.

–¿Te sientes muy mal por lo del bebé… por que al final no vayamos a tener uno?

Marcus apoyó su frente en la de ella y le respondió:

–Sólo si decidieras que no quieres que volvamos a intentarlo.

Dana echó la cabeza hacia atrás y le regaló una radiante sonrisa.

–Intentarlo es la mejor parte.

Marcus se echó a reír, sintiendo deseos al mismo tiempo de llorar de dicha.

–Cásate conmigo Dana. Hoy, o tan pronto como tu jefe te deje unos días libres y podamos reunir a la familia.

–¿Casarnos? ¿Lo dices en serio? –bromeó ella, frunciendo los labios y fingiéndose pensativa.

–Di que sí, Dana, por amor de Dios –le dijo él riéndose, antes de bajar la cabeza y besarla de nuevo.

Fue un beso intenso y apasionado, con el que quería transmitirle todo el amor que sentía, y sus esperanzas de pasar junto a ella el resto de sus días.

Cuando finalmente despegó sus labios de los de ella, Dana sonrió, ladeó la cabeza y pestañeando con coquetería le preguntó:

–Mm… ¿Te importaría que hiciéramos otro de esos intentos para tener un bebé antes de darte una respuesta?

Marcus la alzó en volandas y mientras la llevaba a su dormitorio le dijo:

–Como deseéis, madame.

–¿Y no vamos a desayunar? –protestó ella para picarlo.

–No te preocupes, creo que lo que tengo en mente te saciará –le aseguró Marcus, con la voz ronca de deseo.

Cuando llegaron a la habitación, se sentó en la cama, y a ella de espaldas sobre su regazo.

–Está bien; si esto es una prueba… –murmuró, recorriendo a Dana con la mirada mientras decidía cuáles iban a ser sus próximos movimientos–… veamos qué puedo hacer para pasarla.

La expectación y el deseo iluminaron el rostro de Dana cuando la mano de Marcus comenzó a acariciarle el muslo derecho. Luego sus dedos se deslizaron por debajo del elástico de la media, y fue bajándola muy despacio, para finalmente sacársela junto con el zapato.

–¿Cómo es que llevas estos zapatos de tacón que tanto odias? –inquirió, mientras repetía la operación con la otra media.

Dana cerró los ojos, y frotó el trasero contra su creciente erección, y Marcus supo que estaba excitándose tanto como él.

–Porque… –respondió Dana casi sin aliento, abriendo los ojos–… porque me preguntaba si lo que sentías por mí era amor o sólo

deseo, y pensé que si pudiera seducirte…

–¿Qué? –la interrumpió él, riéndose divertido–, ¿que si no era amor al menos podríamos darnos un revolcón amistoso?

Le bajó un poco la bata, y plantó un suave beso en uno de sus sedosos hombros.

–Oh, cariño… –murmuró contra su piel–. Querría ir despacio, ser tierno contigo y demostrarte con eso cuánto te quiero, pero no creo que pueda resistir mucho tiempo…

–La próxima vez entonces –respondió ella quedamente.

Se levantó para sentarse a horcajadas sobre Marcus, y tomó su cabeza entre ambas manos para acercar su boca a uno de sus pezones, indicándole que ella tampoco podía esperar.

Marcus le bajó la bata hasta la cintura, y también los tirantes del sujetador al tiempo que lamía en círculos un pezón a través de la tela. Luego, comenzó a succionar la areola y a lamerla, deleitándose en los jadeos de Dana y cuando hubo dedicado la misma atención al otro seno, buscó el hueco cálido entre sus muslos.

Cuando no sólo halló calidez sino también humedad, apretó la palma de su mano contra ella, moviéndola en círculos sobre el lugar más sensible, y Dana se arqueó y se abrió de piernas para él, facilitándole el acceso.

Sin embargo, de pronto sus caderas se sacudieron, y se echó hacia delante como una tigresa, arrancándole la camisa.

–Llevamos demasiada ropa… –murmuró.

Y bajándose de su regazo acabó de sacarse la bata, después se quitó el sostén, y cuando fue a extender las manos hacia la bragueta de Marcus, él se puso de pie para ponérselo más fácil.

–Tienes razón –jadeó.

Mientras Dana se ocupaba de sus vaqueros, él terminó de quitarse la camisa, y luego la atrajo hacia sí, besándola ardorosamente.

Cuando finalmente despegaron sus labios, Dana le sonrió soñadora. Comenzó a acariciarle el pecho, y sus dedos fueron descendiendo poco a poco.

Cuando alcanzaron el estómago, Marcus notó cómo se le contraían los músculos del vientre, y tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para continuar quieto, y dejar que siguiera tocándolo.

Vacilante, Dana hizo que su mano continuara bajando, y acarició su erección, para luego cerrar la palma de la mano en torno a ella y comenzar a frotarla arriba y abajo.

–Ya no puedo aguantar más… –jadeó Marcus agarrándole la muñeca para detenerla–. La… próxima vez… quizá.

Con los pies aún plantados en el suelo, Marcus se dejó caer sobre el colchón, arrastrándola con él, y Dana emitió una risa gutural.

–Ahora te tengo justo donde quería –le dijo con una sonrisa traviesa.

–Es justo donde yo te quería también a ti –respondió Marcus.

Le levantó las caderas, y cuando Dana descendió lentamente sobre él el placer que experimentó al hundirse en su interior lo dejó sin aliento.

Subieron más y más alto, hasta que de pronto Dana alcanzó la cima, Marcus escasos segundos después, y Dana se derrumbó sobre su tórax jadeando y gimiendo su nombre. Pero no había acabado todavía con ella.

Cuando hubo recobrado el aliento, le pasó las manos por detrás de la espalda y se incorporó con ella sobre el colchón, quedando los dos sentados. Todavía unidos íntimamente, hizo que Dana le rodeara la cintura con las piernas.

–¿Marc? –lo llamó ella insegura.

–¿Qué ocurre, cariño? ¿No te habrás cansado ya?

–No es eso… –replicó ella, suspirando cuando Marcus le acarició un pezón con la yema del pulgar–. Es que…

–Di que te casaras conmigo, amor mío –la instó.

La respiración de Dana se había tornado jadeante de nuevo, y parecía que le pesaran los párpados.

–Di que sí, Dana… di que sí… –murmuró Marcus, sintiendo que su miembro estaba volviendo a ponerse en erección mientras cubría de besos su garganta.

–Sí, me casaré contigo. ¡Oh… sí…! –gritó Dana.

«Al fin», pensó Marcus con un suspiro de alivio y satisfacción.

Epílogo

–La ceremonia ha sido preciosa; y la novia no podía estar más guapa –le dijo Imogene a Dana, guiñándole un ojo antes de darle un abrazo.

–Gracias a Nicola y a ti, te lo aseguro –respondió Dana cambiando el peso de un pie a otro para aliviar el dolor de sus pobres pies–. Nunca podré agradeceros lo bastante que me ayudarais con el vestido y todo lo demás. Esta boda no habría sido posible sin vosotras.

El sol de mediodía entraba a raudales a través de las ventanas emplomadas del amplio salón de la casa de Harold y Miranda Danforth. La ceremonia nupcial había tenido lugar hacía poco más de una hora en el jardín, pero Dana estaba ansiosa por que el pequeño convite terminase y Marcus y ella pudiesen irse a casa y estar al fin a solas los dos.

–¿Dónde está tu flamante esposo? –inquirió Imogene.

Dana señaló la ventana, a través de la cual se veía a Marcus, que se había quitado la chaqueta del traje y se había doblado hacia arriba las mangas de la camisa para jugar al fútbol con otro hombre y dos chiquillos bajo un enorme magnolio. Un efectivo de seguridad los observaba desde su puesto, cerca del alto muro que rodeaba el jardín. Habían contratado un equipo de seguridad para vigilar el perímetro porque no podían confiarse, y era posible que el cártel intentase vengarse. David Chastain se había dado a la fuga después de que fuera acusado de haber participado en el montaje contra Marcus, pero ya se había dado orden de busca y captura.

–Es como un niño grande –comentó Dana poniendo los brazos en jarras.

Imogene se rió y saludó con la mano a Marcus, que miró en su dirección en ese momento.

–¿Me acompañas? –le preguntó a Dana–. Voy a salir a despedirme de él. No puedo quedarme más tiempo.

Mientras avanzaban hacia ellos a través del cuidado césped, le

confió a Dana:

–Siempre se le han dado bien los niños. Muchas veces he pensado que, de todos los Danforth, sería el mejor padre. ¿Habéis pensado en tener hijos pronto?

–La verdad es que ya lo estamos intentando –contestó Dana con una sonrisa vergonzosa.

Marcus llegó corriendo junto a ellas en ese momento y le pasó un brazo por la cintura.

–Me marcho ya, Marc –le dijo Imogene–, pero no quería irme sin felicitarte. No podrías haber elegido una esposa mejor –añadió antes de besarlo en la mejilla.

–Lo sé –respondió él, mirando amorosamente a Dana–. Me siento el hombre más afortunado del mundo –dijo depositando un suave beso en sus labios. Luego, volvió el rostro de nuevo hacia su prima–. Y es estupendo que hayamos podido tener a casi toda la familia con nosotros en este día. Ojalá Toby hubiera podido venir.

De pronto las facciones de Imogene se habían ensombrecido, y Marcus comprendió lo que estaba pensando.

–Lo sé, Genie –le susurró, poniéndole una mano en el hombro y apretándoselo suavemente–. A mí también me gustaría que Tory estuviese aquí. Nada parece lo mismo desde que desapareció.

Dana recordó lo que Marcus le había contado acerca de su prima Victoria, que había desaparecido cinco años atrás. Nunca había trabajado en el departamento de personas desaparecidas del FBI, pero se dijo que le gustaría poder ayudar a la que ya era su familia también a averiguar qué había sido de ella. Quizás si hiciera algunas llamadas podría conseguir algo.

–Ya hace mucho de eso –le estaba respondiendo Imogene a Marcus mientras sacudía la cabeza con una sonrisa triste–. No dejes que la pena estropee este día tan bonito –le dijo acariciándole la mejilla–. Por cierto –añadió volviéndose hacia Dana–: ¿es verdad que vas a dejar tu trabajo? ¿Qué piensas hacer ahora?

Dana sonrió.

–Bueno, primero Marc y yo tenemos intención de librar a los Danforth del cártel y de Ernesto Escalante de una vez por todas, y luego… bueno, Marc me ha pedido que le ayude con el que es su gran proyecto: la Fundación Danforth.

Una gran sonrisa se dibujó en los labios de Imogene.

–Me ha hablado de ello en alguna ocasión –dijo–. Estoy segura de que será todo un éxito, y que ayudaréis a un montón de gente. En fin, me encantaría quedarme más tiempo, pero me es imposible.

–Tranquila. Estamos encantados de que Raf y tú hayáis podido venir –replicó Marcus.

–Nosotros también –le aseguró Imogene–. Que seáis muy felices –les deseó.

Se abrazaron y se besaron, y cuando su prima se hubo alejado, Marcus se volvió hacia su bonita esposa.

–¿Falta mucho para la hora de la cena? –le preguntó.

Dana se rió.

–¿Por qué?, ¿tienes hambre?

Marcus rozó su nariz con la de ella y la besó en los labios.

–Mmm, pero no de comida.

Dana sintió que los pezones se le endurecían bajo el vestido, y se encontró deseando de nuevo que pudieran escaparse e ir a casa.

–No sé si te convencí cuando me pusiste a prueba antes de decirme que sí –murmuró Marcus–, y me gustaría que me dieras otra oportunidad –le dijo atrayéndola hacia sí y subiendo y bajando las manos por su espalda de un modo muy sugerente.

Dana buscó los ojos del hombre al que había jurado ante Dios amar durante el resto de sus días, y sonrió.

–Ya tienes el aprobado asegurado… papá.

–¿Qué? –inquirió él, abriendo los ojos como platos y no atreviéndose a creer que hubiera oído bien.

Dana sonrió aún más.

–Ayer fui al médico, y esta vez no hay duda: vamos a tener un hijo –le dijo rodeándole el cuello con los brazos.

Y poniéndose de puntillas selló sus labios con un beso que le dijo sin necesidad de palabras todo lo que sentía, un beso tierno y sensual a la vez que era la prueba fehaciente de su pasión.